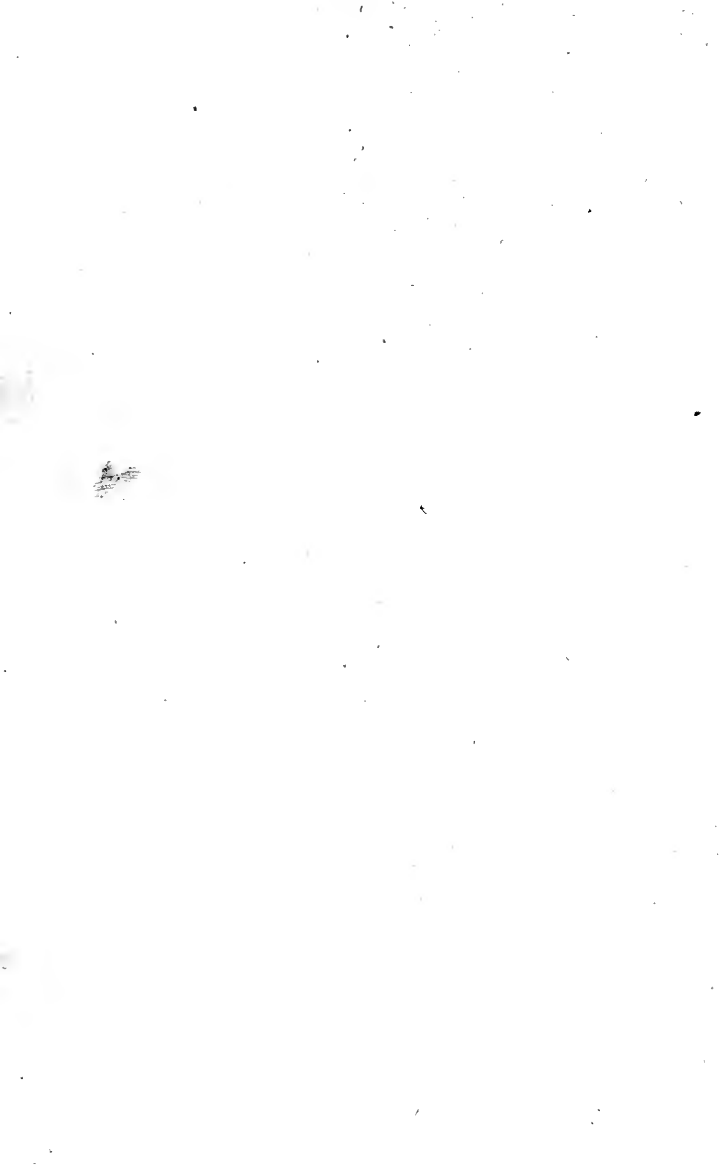
EL LUJO.



Lola Larrosa de Ansaldo.

EL LUJO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

BUENOS AIRES
Imprenta de Juàn A. Alsina, México 1422.
1889.

DEDICATORIA

Á MI BONDADOSA AMIGA

LA RESPETABLE SEÑORA

AURELINA GALLEGOS DE QUADRI

EN TESTIMONIO

DE CARIÑO Y GRATITUD.

LA AUTORA.

EL LUJO.

I.

¡Rosalía! ¡Rosalía! — gritó una bellísima joven, de dieciocho primaveras, saliendo del ancho portal de una casa humilde y corriendo en direccion de una huerta, que, á la izquierda y á corta distancia, se extendía.

—¿Qué me quieres? — respondió una voz fresca, saliendo al encuentro de la primera. Era otra joven, igualmente hermosa, y casi de la misma edad.

—¿Sabes que nos casamos? — repuso aquélla, sonriente y encendido el rostro,

y colocando sus manos cariñosamente sobre los hombros de su interlocutora.

—¡Que nos casamos...! Vaya, Catalina, tú estás hoy de bromas.

—No, hermana mía! Hablo muy en serio. Nuestra buena madre y don Francisco, después de una larga y sesuda conferencia, han resuelto casarnos. Á tí con Bernardo,—es claro—y á mí con Antolin,—por supuesto.

Rosalía encogióse de hombros, en señal de indiferencia, y se dispuso á continuar su interrumpido paseo por entre las hortalizas y legumbres de la huerta.

Catalina miró, asombrada, á su hermana, y luego, enlazándose á su brazo, prosiguió:

—¿Y bien? ¿Nada tienes que decirme...? ¿No te alegra la noticia...?

—¿Qué noticia?—replicó Rosalía, como despertando de un sueño.

—¡La de nuestras próximas bodas! Tú estás en babia! ¿Sabes que tiene gracia tu extrañeza?

—¿Y tú estás contenta?—añadió Rosalía, cojiendo las manos de su hermana y sonriéndose cariñosamente.

—¿Que si estoy contenta? ¡Pues ya lo creo que sí! Antolin y yo nos queremos bien. Tú sabes que él trabaja en el molino, y que en la casa no hay más mujer que Marieta, la vieja criada, que les ha servido de madre á Bernardo y Antolin. La pobre mujer ya está muy anciana. Pues bien. Yo iré á vivir allá, y tú y Bernardo vivireis con nuestra madre...

¡Pero...qué! ¿No te alegras, muchacha? ¿Acaso no amas á Bernardo...? ¡Pobrecillo! Es tan bueno, tan honrado, y luego te quiere tanto el infeliz!

—¡Pero si no te he dicho que no le quiero!

—¡Ya! Pero, como te estás ahí tan mustia y cabizbaja... ¡Cualquiera diría que he venido á noticiarte que debemos asistir á un entierro!

—Bien conoces tú mi carácter, hermana mía!

—Si, ya sé que aún cuando solo me llevas dos años, éres tan formal y tan circunspecta como si me llevases diez. Pero dime con franqueza, hermanita mía: ¿Te desagrada el casamiento con Bernardo?

—¡No, querida Catalina! Quiero mucho á Bernardo; pero...

—¡Ah! ¡vamos! ¿Hay un pero?...

—Sí; y es, que casándome con él, como es pobre y siempre será obrero de la fábrica de don José, yo tengo que perder forzosamente la esperanza de salir algún día de este pueblucho.

Una súbita tristeza cubrió el bello semblante de Catalina, y visiblemente impresionada, contestó:

—Luego... tú quisieras abandonar estos lugares, para siempre...

—¡Perdóname, hermana, perdóname!—interrumpió Rosalía, abrazándola con ternura infinita, y enjugando el llanto que bañaba sus mejillas—Yo...¿á que negártelo? desearía vivir en las grandes ciu-

dades, para luego volver á vuestros brazos queridos contenta y feliz.

—¡Dios mio! ¿No te basta la serena placidez del pueblo en que viste la luz primera, y quieres lanzarte á otros mundos, que no te ofrecerán ciertamente la ventura envidiable de este ignorado rincon?

—¡Bien! ¡No hablemos más de esto!—exclamó Rosalía, sellando con un beso dulcísimo los lábios de su hermana.—Ya ves que voy á casarme con Bernardo, y tú con Antolin. Me conformo y estoy contenta. Pero... ¿No ha de tener una sus gustos propios?

—Sí; pero nuestra madre nos ha criado tan santamente con sus consejos y sus ejemplos, que me asusta, y no me lo explico, ver en tí ideas tan distintas de las de ella y de las mias.

—Dime—preguntó Rosalía sin oirla.—¿Qué ambicionas tú? ¿Cuáles son tus aspiraciones? ¡Dímelo, hermana, dímelo!

—¡Dios mio! ¡Cuáles son mis aspiraciones!....Pues, vivir para mi esposo

amado y mi madre bendita, haciéndoles la vida fácil y risueña; llevar una existencia modestísima y engalanarme con las flores naturales de nuestras montañas....

—¡Oh! ¡Cuán vulgares son tus anhelos! Yo quisiera deslumbrarme con las riquezas y oropeles que el mundo ofrece, y, sin dejar de amar á mi madre y á mi esposo, cubrirme de sedas y de encajes y ataviarme con piedras preciosas...¿Dejarías tú de ser buena por esto?

—No lo sé... Pero...¿tanto te cautivan á tí las galas suntuosas?—preguntó Catalina, mirando con visible tristeza á su hermana.

—¡Oh! ¡sí! Y no solamente las sedas y las joyas, si que tambien me agradaría vivir en un palacio con aposentos muy grandes y jardines frondosos, con fuentes y saltadores y estátuas, y mucha servidumbre.

—¿Y dónde has visto todo eso?—preguntó asombrada Catalina.

—Lo he leído, y lo que no he leído se lo ha forjado mi mente soñadora.

—¡Dios mio!—murmuró Catalina, echando su mirada por la huerta, rebosante de hortalizas y legumbres, y posándola luego en un pequeño y desvencijado corral, que albergaba las gallinas, patos y gansos, propiedad de la casa—¡Qué vulgar y qué prosáico, te parecerá á tí todo esto, todo esto que para mis ojos está revestido de naturales encantos!

Rosalía inclinó la frente, y un sollozo profundo se escapó de su pecho contrariado.

Pero, lector amigo, tiempo es ya de que te demos á conocer los personajes de esta historieta, para que, familiarizados con las tendencias de sus sentimientos y las condiciones de sus caractéres respectivos, sigámosles sus pasos cautelosamente, sin perderles la pista.

Amparo llamábase la madre de Catalina y Rosalía.

Era una señora de baja estatura, bien dotada de carnes, lijera y activa para las faenas de la casa; muy hacendosa, y

honrada á carta cabal, con el alma llena de bondades, que reflejábanse en su rostro placentero, fresco aún, á pesar de sus cuarenta y cinco otoños. Tenía ya el cabello casi todo blanco, y acostumbraba á peinarlo en una trenza, que formaba rodete atras, dejando despejada su frente ancha y graciosa. Toda ella respiraba pulcritud, dulzura y complacencia.

Amaba á sus hijas con entrañable cariño. Y habiendo quedado viuda, de algunos años atras, y no teniendo más patrimonio, ni más bienes de fortuna, que la modesta casita de donde vimos salir á Catalina, y el pobre huerto y el corral, la buena madre habíase desvivido por educar á sus hijas de acuerdo con los sanos principios que ella recibiera de sus honrados padres.

Era su bello ideal que su Catalina y su Rosalía fueran dos mujeres de bien, y que cualquiera persona se sintiera feliz con solo mirarlas; pues eran hacendosas y trabajadoras, amables y buenas cristianas. Y para conseguir las más santas aspira-

ciones del amor materno, desvelábase la buena de doña Amparo, y era de ver el gozo que irradiaba su semblante cuando contemplaba á Catalina, diligente, recogiendo las hortalizas de la huerta para preparar la comida, después de haber aseado las modestas habitaciones.

Y antes que todo, al dejar el lecho con la luz del alba, Catalina habíase alisado sus hermosos cabellos castaños, sujetándolos con una cinta color de cielo, y luego, ataviándose con un vestido de percal, tambien celeste, sujetaba á su cintura un delantal negro, que cubría hasta el ruedo del vestido. Y así, risueña, derramando gracia de sus lábios frescos y encarnados, y dulcísimas miradas de sus brillantes ojos negros, y con los mejillas lijeramente bañadas de rosa, entregábase á las labores domésticas, alegre y bulliciosa, como pajarillo que escapa del nido y se lanza á la selva revoloteando, loco de alegría.

Seguíale Rosalía. Pero doña Amparo, con harto dolor de su alma, había ya no-

tado en su hija mayor mal disimulada indolencia, que hacíale temer mucho malo para lo porvenir. Inútilmente esforzábase la buena madre, con toda la delicada ternura de que es susceptible el amor materno, en alentar á su hija y en avivar en su alma el deseo por los quehaceres y dulzuras del hogar.

Rosalía abandonaba el lecho mucho después que su hermana. No porque voluntariamente quisiera dejar á ésta todas las faenas de la casa; sino porque su apatía, ó su invencible repugnancia por todo lo que fuese labor de baja estofa, la retraía, sin ella darse cuenta clara del daño que ocasionaba á su santa madre y á su bondadosa hermana con su aparente negligencia.

Levantábase, y en el tocado de su persona, lejos de emplear un cuarto de hora, como Catalina, invertía una hora entera y larga. Su vestido tenía siempre volantes y sobrefaldas, y sus delantales, adornados de encajes, apenas cubrían la mitad de la falda.

Su cabello retorcido y ondulado sobre la frente, formaba graciosas vueltas, dando á su cabeza el aire de una elegante señorita. Y era abundoso y casi negro; haciendo resaltar la blancura de su bello rostro, un si es no es altivo, pero atrayente. Su paso no era lijero, como el de Catalina; era más reposado y en ocasiones tardío. Cuando ayudaba á su hermana, quedábase muchas veces quieta, abstraída. Y al ser llamada por ésta, acudía presurosamente con las mejillas teñidas de grana, cual si la hubieran sorprendido en sus vagos ensueños, ó en sus secretos pensamientos.

Y Rosalía era buena. No podía ver ni oír una desgracia, sin que sus hermosos ojos se arrasaran en lágrimas. Amaba muchísimo á su madre y á su hermana; *pero*. . .

Sí, lector, había un *pero*, y este *pero* era, que Rosalía soñaba con algo mejor que levantarse con la luz del alba, preparar la comida, arreglar la casa, cuidar

de la huerta y del corral, y luego hacer encaje.

Porque las dos hijas de doña Amparo, siendo ésta pobre y no pudiendo costearse la subsistencia sin trabajar, hacían primorosísimos encajes, que luego vendían á una mujer, que comerciaba en este ramo, revendiendo con ganancia cierta en la ciudad, lo que en el pueblo adquiria por poco más ó ménos.

De una criada que habia servido en la capital, Rosalía adquirió várias novelas, que aquella le vendió de buen grado. Estos libros, que en mala hora cayeron en manos de la visionaria Rosalia, acabáron de exaltar su imaginacion y dieron rienda suelta á su mente fantaseadora.

Los malos libros son como los malos amigos; dan consejos perniciosos y ofrecen á la mirada impresionable de la juventud mentidos cuadros de venturas, que esconden el veneno que mata las ilusiones todas, turba la conciencia, y ahuyenta

del alma todo sentimiento casto, apacible y virtuoso.

Las madres de familia creen vivir tranquilas respecto de la suerte de sus hijas, con solo alejarlas de las malas compañías, del contacto del mundanal bullicio. Y es porque no piensan en que, á veces, bajo la forma seductora del libro, se introduce en el seno del hogar el enemigo malo, que ha de trastornar la existencia inocente y sosegada de la inexperta niña. Así como después de una lectura sensata, de pensamientos levantados y nobilísimos, de fondo edificante, desearía identificarse el lector en tal ó cual personaje, que el autor ha revestido con todos los atributos de la virtud, presentándolo como el tipo perfecto de la belleza moral, con cuyo ejemplo el alma, movida por la noble emulacion, se dispone á ser buena, á conquistarse afectos, á derramar bienes en torno suyo. . . De igual manera que se desea imitar lo bueno, el corazon juvenil,

fácil de aceptar todo lo que le impresiona fuertemente, se inclina al mal, engañado por venturas ficticias y mentidos goces, que muy luego hacen presa de todas las facultades del alma, sin que poder alguno logre atajar el daño en su curso destruyente.

La imaginación—*la loca de la casa*, como álguien gráficamente dijo—cuando se exalta, produce estragos, á veces, de tristes y lamentables consecuencias.

Rosalía, lejos de hallar en las páginas de aquellos libros benéfica enseñanza moral para su espíritu inculto, encontró el incentivo de sus pasiones, y la comezon del lujo se agrandó en su alma con todo el creciente y devorador ahinco con que se despierta el creciente amor á lo bello y la atraccion irresistible de lo desconocido en el sér que, viviendo en la soledad, desea lanzarse á ese laberinto aturdidor, que se llama mundo, y que, á la distancia, fórjaselo la fantasía con mágicos colores de panorama.

Doña Amparo no pudo precaver el mal. Mujer sencilla y de sanas y austeras costumbres, no sospechó en la malevolencia de aquellos libros, que su hija leía con avidez. Cuando notó el achaque moral de Rosalía, ya el daño habíase deslizado hasta en lo más íntimo del pecho de la joven. Doña Amparo indagó la causa de tan lamentables efectos, y quemó los libros. Pero la imaginación esencialmente meridional de Rosalía, forjose más completos, más ideales, los cuadros esplendorosos que el mundo ofrecía á los halagados por la suerte.

Desde ese momento fatal, Rosalía miró con hastío las sencillas y sedentarias costumbres del pueblo. Mezclábase en las faenas de la casa, porque era buena, y no quería dejar todo el peso del trabajo á su noble hermana y á su santa madre. Pero, por más que ella se afanase, nada de provecho hacía; porque su mente vagaba errante por los mundos pintados en las consabidas novelas, muy distintos,

diametralmente opuestos, al en que ella vivía. De ahí que la comida se le quemase cuando estaba á ella encomendada; que las gallinas se le escapáran del corral, y que distraidamente cruzara por sobre las legumbres de la huerta, hollando con sus pies las hortalizas, que nada malo hacían con ofrecer sus frutos alimenticios.

Viendo doña Amparo que nada servíale de emulación, y que ni el ejemplo edificante de Catalina, ni sus consejos amorosos, ni el dictámen de su razon, lograban disipar la negra pesadumbre de Rosalía, decidió, de comun acuerdo con don Francisco, casar á las dos jóvenes, buscando así remedio heróico, segun ella, para curar los achaques de ánimo de su amada Rosalía.

Don Francisco era un excelente hombre de bien. Había sido amigo íntimo del difunto esposo de doña Amparo. Y á la muerte de éste, continuó siéndolo de la viuda, que muy de veras le apreciaba.

Era dueño de un molino, situado á una milla de la casa de doña Amparo. Pasábalo el buen señor muy bien, puesto que el molino dábale para vivir holgadamente, y á este bienestar uníase la satisfaccion de tener bajo su techo á uno de sus hijos, Antonio, llamado por todos *Antolin*, derivado cariñoso, que servíale de verdadero nombre. Tenía don Francisco otro hijo, Bernardo, que trabajaba en una fábrica de loza de un pueblecillo cercano.

Don Francisco era un anciano simpático, de rostro bondadoso y grave. Quedóse viudo cuando sus hijos contaban pocos años de edad, y desde entónces, la casa quedó al cuidado de Marieta, anciana hoy tambien, y que había servido de madre á Bernardo y á Antolin.

Bernardo contaba á la sazon treinta y cinco años, y Antolin frisaba en los treinta. Y si ámbos amaban y respetaban á su padre, no querían ménos á la buena Marieta, que les cuidaba con todo esmero,

y adivinaba sus gustos, y nunca estaba perezosa cuando había de complacerles en algo que deseáran.

El santo afecto de la familia unía á todos estos séres con dulcísimo lazo de ternura, y los hijos de don Francisco, imitando la austeridad y la intachable honradez de su padre, proponíanse rodear de ventura los últimos dias del anciano mostrándose siempre firmes en la senda del deber.

Antolin era moreno, alto, de bizarro continente, y su rostro, de varonil belleza, tenía el sello de la bondad. En cuanto á su carácter, era franco, apacible y condescendiente.

Bernardo, más grave, más retraído que su hermano, era tambien afable en el trato íntimo, y nunca asomaba á sus labios una palabra dura, ni un acento agrio. Era de estatura más baja que su hermano, pero de igual modo atrayente.

Presentados así, á la lijera, nuestros dos personajes, diremos algunas palabras más

referentes á sus respectivas relaciones amorosas con las hijas de doña Amparo.

Siendo íntimos amigos sus padres respectivos, los hijos de don Francisco y las hijas de doña Amparo, por fuerza habían de verse con frecuencia. Resultó, pues, que los muchachos simpatizáron mutuamente, y que los padres vieron con agrado aquel principio de cariño, que les prometía hermoso lazo de flores para el dia de mañana, flores transformadas luego en nietecillos, que harían menos penosa la cuesta de la vejez.

Llegó el momento de fijar plazo para la celebración de las bodas, y doña Amparo y don Francisco determináron que fuese de allí á un mes.

Catalina saltaba de júbilo. Habíase acostumbrado á mirar á Antolin como á su prometido esposo, y queríalo con toda la pureza de su alma virginal.

Cuando por las tardes, á la caída del sol, y después del trabajo del molino, venía Antolin á la casita del huerto, doña

Amparo miraba á Catalina sonreir con alegría tan íntima, que parecía que los sonrosados colores de lá aurora reflejábanse en el rostro de la joven: tanta era la animacion y la vida que le trasmitía la presencia de su amante.

Por la noche era cuando Bernardo acudía á ver á su querida Rosalía. El pobre no hallaba en su prometida las impaciencias que deseara su alma enamorada; pero contentábase con la dulce aparente sonrisa con que Rosalía le recibía, y luego cuando él le hablaba de la próxima dicha que les esperaba, ella le mirada con cariño, si bien en sus ojos no asomaba la alegría que irradiaba en los de Catalina cuando Antolín murmuraba á su oído sencillas frases de amor.

Marieta, la vieja criada de don Francisco, decíale á éste, entre una y otra pausa:

—Catalina y Antolin harán buena pareja; pero.... Bernardo y Rosalía.... ¡Madre de los Dolores!... Esa chica tiene unos rumbos, que ya!...

—No lo creas—le interrumpía don Francisco—Rosalía es así, callada, prudente....

—Pues no lo crea V. Discurre ella más en silencio, que la otra hablando!

—Doña Amparo es muy buena, y sus hijas tienen que ser buenas tambien.

—Doña Amparo es una bendita; pero á mí que no me digan ¡Rosalía no está en su sitio!

—¿Cómo que no está en su sitio?

—Sí; que ella quiere otra cosa.

—Vamos, mujer, no te entiendo!

—Pues está muy claro. ¿Vd. no ha observado cómo se viste Rosalía? ¿Cómo se arregla el cabello? ¿Y cómo se aprieta el corsé? Pues vea Vd. á Catalina, lisa y suelta, como una palomilla.

—Eso quiere decir que Rosalía se compone más que su hermana y que es más presumida....

—¡Yaaa! Pero por eso no ha de estar siempre distraída. Mientras los demás ríen,

ella mira al cielo, y.... ¡Dios me perdone...! si no suspira tambien.

—Piensas mal de esa niña, Ya verás tú cómo hace la felicidad de mi Bernardo.

—¡Ay!... ¡Dios lo quiera, y tambien su Santísima Madre!

II.

Era una mañana hermosísima de Setiembre.

Los primeros rayos solares coloreaban el alto campanario de la iglesia de Marvel *, pequeño pueblecillo, perteneciente á uno de los Departamentos de la República Oriental del Uruguay, situado en uno de sus más apartados rincones.

Marvel tiene á su izquierda espesos

* Dámosle un nombre supuesto al mencionado pueblo, porque figuran en nuestra historieta tipos verdaderamente históricos.

montes y cerros, extendiéndose por el costado opuesto una riente campiña, pintoresca, accidentada por collados cubiertos de fresca verdura.

La vegetación rica por el jugo que la nutría, desparramaba la vitalidad de sus fuerzas, ofreciendo esa atracción irresistible y seductora, peculiar de los campos uruguayos, en donde la mano de Dios parece haber prodigado todos sus preciosos dones.

El pueblo, aunque pequeñito, tenía su iglesia muy bien atendida, la circuía un jardinillo cultivado por el bueno de don Roque, cura párroco de aquellos contornos.

Á la primera luz del sol saliente habíanse despertado ya los habitantes de Marvel, y era de ver el delicioso cuadro que ofrecía aquel apartado rinconcito, tan humilde, tan sencillo y tan poético.

Humeaban las chimeneas de los hogares. Los chicuelos bulliciosos y en alegre algazara, se lanzaban fuera de sus viviendas. Los hombres, disponiéndose los unos

á las labores de la labranza, y los otros á las faenas del plantío, abandonaban sus casas, llevando al hombro sus instrumentos agrícolas, y entonando alegres cantares; mientras las mujeres, sujetando á la cintura el indispensable delantal, preparábanse al arreglo interior de sus viviendas, diligentes y contentas, bendiciendo al cielo, porque les había dado un dia tan hermoso, y bendiciéndole tambien, porque tenían un marido muy trabajador, honrado y bueno, y unos hijos muy sanos y muy hermosotes.

Á la salida del pueblo, teniendo á un costado un monte de manzanos y el murmurante rio, cercado de sauces, á pocos pasos, situábase el molino de don Francisco. Una hilera espesa de guindos sombreaba la anchurosa entrada, y á la izquierda, rodeando las habitaciones destinadas á la familia, destacábanse caprichosos grupos de nogales y limoneros. Otra puerta veíase sobre el huerto. Este, rodeado de naranjales, caía sobre una vere-

dilla de corto trecho, que conducía al corral.

Tras los naranjales, doble hilera de acacias, que, formando semicírculo, iban á agruparse á los costados de la puerta de la casa, que daba sobre el huerto.

Por esta puerta apareció Catalina, llevando el delantal cogido por los extremos. Cruzó la veredilla que conduce al corral, y penetrando en él, soltó su delantal, del que cayó grande cantidad de grano, que se desparramó por el suelo.

Un enjambre de gallinas, polluelos, gansos y patos, rodearon á la recien llegada, y ésta, palmoteando de alegría, con mimoso acento comenzó á gritar:

—¡Ah! mis polluelos, qué preciosísimos son!

É iba á lanzarse á cojer uno cualquiera, cuando una mano la detuvo y una voz cariñosa exclamó:

—Muy buenos dias, hermana!

Volvióse Catalina vivamente, y se halló en los brazos de Rosalía.

Catalina había adquirido una belleza más lozana aún de cuando la vimos cuatro meses atrás. Estaba arrogantísima. Llevaba, como su hermana, cinco meses de casada, y la dicha sonreía en sus ojos negros, en su boca movible, fresca y encarnada. Su vestido de muselina blanca, rameada de pequeñas florecillas moradas, bastante corto para poder lucir sus pies pequeñuelos, calzados con zapatitos de cordoban con hebillas de reluciente acero. El cabello liso, echado hácia atrás, su jetábalo una peineta de concha, y su frente, alta, graciosa, despejada, proyectaba toda la belleza de su perfil purísimo.

Catalina, al verse sorprendida agradablemente por su hermana, rió como una bendita, y enlazando su brazo al de Rosalía, emprendieron la vuelta á la casa, mientras aquélla decía:

—¡Vamos! ¿Qué noticias me traes de nuestra querida madre? ¡Desde ayer que no la veo!

—Sigue bien.

—¿Y tú?... ¿También estás buena?

—Sí.... ya lo ves....

—¡Oh! mi querida Rosalía! Si voy á juzgar por lo que veo, tú no estás tan buena como dices. A tí te pasa algo, que me alarma. ¿Quieres decírmelo?

Con efecto. En Rosalía habíase operado un cambio muy notable: había adelgazado, y sus ojos, rodeados de un círculo oscuro muy pronunciado, parecían como querer revelar secretas torturas del alma. Lo único que no había sufrido alteración era su atavío, ó mejor dicho, notábasele alguna variación: su prendido era casi elegante, y podría decirse hasta casi lujoso. La tela de su vestido era de *satin* y *faille*, color flor de romero, y su confección de un corte complicado; cubría su cabeza un gracioso sombrerillo, adornado con profusión de esas preciosas flores que llevan el nombre de *myosothis*.

Catalina había echado una mirada sobre el atavío de su hermana, y con curiosidad visible, preguntóle:

—¿Quién te ha hecho ese vestido tan majo?

—Las de Monviel,—contestó Rosalía ruborizándose.

—¡Yaa! ¿Y esas señoras han de permanecer de huéspedas por mucho tiempo en casa de nuestra madre?

—No sé.... Creo haber oído decir que se marchan á Montevideo dentro de tres dias, y de allí pasan á Buenos Aires, donde residen.

Pero Laura ¿sabes? la soltera, quiere detener á su hermana Beatriz, la viuda, aunque manifiesta vivos deseos de regresar á la ciudad. ¡Se divierten tanto allí!

Catalina se paró al oir esto, y Rosalía miró á su hermana con mal disimulada turbacion.

—¡Hermana mia! ¡Esa gente no me gusta. Ten cuidado!

—¡Dios mio! ¿Por qué dices eso, Catalina? Laura y Beatriz son muy buenas, muy cariñosas y muy honradas.

—Las señoras de Monviel serán todo lo

dignas que tú quieras. Pero á mí no me engaña el corazón. Su trato no te conviene. Créelo, hermana mia!

—La prevision estremada de tu cariño hácia mí, á veces, te hace ver peligros puramente imaginarios.

—Bien puede ser así. No te lo niego. ¿Recuerdas, sin embargo, los antecedentes que han mediado para que nuestra madre haya tenido contacto con esas señoras? Nunca fueron de su devocion. Ya sabes tú que nuestro padre quiso comprar las dos vacas que vendía don José, y quiso la casualidad que las señoras de Monviel, que habían venido al pueblo por quince dias, quisieran tambien comprar las referidas vacas. No sé yo qué sentimiento las encaminó. Pero el caso fué que las dos señoras se apresuraron en ver á nuestra madre, diciéndole, que, sabiendo la necesidad que tenía nuestro padre de la posesión de las vacas, se las cedian de buen grado. Nuestros padres agradecieron aquella atención espontánea. Y aquí habria terminado todo, si las señoras

de Monviel no hubieran vuelto una y más veces á visitar á nuestra madre.

—Si, y mamá las recibia siempre....

—¡Pues ya lo creo! Pero las recibia contrariada. Tienen esas señoras un aire tan desenvuelto, y un modo de expresarse tan frívolo y tan ligero, y luego, ese lujo que gastan.... ¡Jesús! ¡Si cada joya que llevan ha de valer un Potosi! Á nuestra madre siempre le ha fatigado el verlas, porque, como nosotras somos pobres y humildes, esas amistades no nos convienen. Cada cual en su puesto, hija mia.

—Pero si ellas son buenas y son....

—¡Buenas.... buenas! ¿Qué sabemos nosotras lo que son?...

—¡Oh! Deben de ser unas grandes señoras. El boato que despliegan, las piedras valiosas que ostentan, y ese aire altanero de reinas absolutas.... Todo induce á creer que....

—¡Calla! calla! Déjalas que sean lo que quieran ser. Tú no te preocupes de ellas, que no han de ser ellas las portadoras

de tu felicidad. Hablemos ahora de nosotras mismas, que demasiado nos hemos ocupado de lo ageno.

—Como quieras; pero....

—¡Mira, mira! ya viene Marieta en mi busca.

Las dos hermanas habian penetrado en la huerta, y siguiendo por la veredilla que conducia á la casa, hallábanse ya junto á ella.

—¡Padre mio!—exclamó Catalina, corriendo al lado de don Francisco, que, sentado junto á una rústica mesilla, parecia esperarla.

El buen anciano estampó un beso sobre la frente de Catalina, y volviéndose á Rosalía, la estrechó entre sus brazos, mientras balbuceaba:

—¡Mis hijas queridas!

Marieta, á cierta distancia, contemplaba el grupo, y en sus ojos agitábanse sensaciones diversas al fijarse, ora en la alegre Catalina, ora en la melancólica Rosalía.

La buena servidora habia cumplido ya

los sesenta inviernos. Habia envejecido en la casa, y por esto, y por sus sentimientos bondadosos, y por su honradez intachable, sus amos la querian como á individuo de la propia familia.

Marieta vestía siempre con pulcritud. La arruinada trenza de sus cabellos blancos, siempre alisada; y su rugosa faz y sus picarescos ojillos grises, siempre vivos; su andar acelerado, á pesar de sus años avanzados, obligaban á que se la mirase con agrado, adivinándose tras aquella actividad senil las prerogativas de la vida.

—¡Mi buena Marieta!—exclamó Catalina, con cariñosísimo acento.—Me buscabas..... ¿No es verdad?

—Es muy cierto. Si desde que en buen hora entró V. por las puertas de esta casa, no puede una pasar sin V.; ¡Es imposible acostumbrarse á no verla! Cuando yo pienso en dar de comer á las gallinas, ya el hada bienhechora ha discurrido por el corral. Si quiero recoger hortalizas ¡vaya! ya la cesta hállase colmada Y no

digo de la hora del desayuno.... Ya el señor Antolin está trabajando con un buen tazon de rico café con leche en el cuerpo. ¿Y para mi señor don Francisco?...

¡Lo que es hoy no ordeña V. la vaca negra, no, señora! ¡Pués no faltaba más sinó que V. lo hiciera todo, cuando yo ardo en deseos de servirla de rodillas!

—¡Mi querida Marieta!—exclamó Catalina, sin ocultar dos lágrimas de gratitud que le arrancaron las sentidas protestas de cariño de la buena anciana—Tú ya has trabajado mucho, mi viejecita! Yo soy jóven y fuerte, y es muy dulce afanarse por los séres que nos aman. Si yo no pudiera ayudarte en los quehaceres de la casa, me apenaría muchísimo.

—¡Bien! bien! Es Vd. buena como un ángel! Vd. es la alegría de la casa y la providencia de todos!

Y la viejecita, enjugándose los ojos con el delantal, prosiguió:

—Pues yo, ahora que dispongo de tantas horas, he querido emplearlas en bien

de Vd. y.... ¡Vea, vea la sorpresa que le reservo—y llevando á Catalina junto á las tápias de la huerta, le hizo mirar por encima.

Catalina lanzó un grito de alegría, y estrechó entre sus brazos á Marieta, que lloraba de júbilo.

La anciana había formado, de aquel lado de la casa, un precioso jardincito, en donde habia plantado rosales, ya crecidos, alelíes, azucenas y otras vistosísimas y olorosas flores, que ostentaban ufanas su frescura, su belleza y su lozanía.

Catalina manifestaba su gratitud á la buena Marieta, en términos los más expresivos, cuando oyó pronunciar su nombre. Alzó la cabeza y vió á su marido en lo alto del molino, que la contemplaba sonriendo.

Catalina se ruborizó de placer, y su esposo le envió un beso, miéntras que ella con el alma estremecida de gozo, parecióle que la bendicion de Dios descendía sobre su frente envuelta en aquella caricia.

Antolin desapareció, y Catalina, volviendo en sí de aquel paroxismo de santo deleite, miró hácia donde estaba Marieta. Pero ésta habia desaparecido tambien.

Tornó la jóven junto á su hermana y su padre, y allí encontró á la anciana, que ya habia extendido un blanco mantel sobre la pequeña mesa, que estaba delante de don Francisco, y depositaba sobre ella un vaso rebosante de espumosa leche, corriendo luego á traer un plato con bollos tiernos y tostaditos.

Desde el principio de la escena habida entre Catalina y Marieta, Rosalía habíase dejado caer sobre un banco rústico, miéntras don Francisco sonreia de felicidad, oyendo la sabrosa plática de su hija y Marieta. Y más de una vez miró á Rosalía, y notó que ésta prestaba religiosa atencion á las palabras de la anciana, y que sus ojos adquirian cierto brillo y ligero tinte de animacion su rostro pálido.

Cuando Marieta y su ama desaparecie-

ron, don Francisco hizo aproximar á Rosalía, y con cariño díjole:

—Ya estarás contenta de que Bernardo trabaje ahora en el molino, junto con su hermano. La fábrica de loza quizá fuera más productiva, pero el pobre muchacho pasaba muchos sinsabores para ir con la luz del alba al próximo pueblecillo, y volver ya entrada la noche.

—¡Sí, señor! — respondió Rosalia, lanzando un suspiro.—Eso era muy penoso para él. Muchas veces he pensado que en la ciudad podría Bernardo obtener trabajo más ventajoso y más lucrativo, que le permitiera cimentar una fortunita.

—¿Qué estás ahí charlando? ¿Qué más fortuna que vivir aquí, tranquilos, lejos de la barahunda de las ciudades, trabajando para sí propios. Sí señor, para sí mismos exclusivamente, sin enfadosa dependencia de nadie.

Mañana me muero yo, y todo cuanto poseo quedará para mis hijos queridos, que seguirán mi buen ejemplo y mis

huellas honradas. Aquí, hija mia, todo es dicha y bienestar. Hasta los pájaros son nuestros amigos. Y si por suerte teneis hijos, ya los vereis corriendo por esas campiñas, y dará gusto verlos crecer gordos y alegres, sanos de cuerpo y de alma.

—Aparte de todo eso, que es muy bueno, no me negareis que es muy triste morir en este rincon, sin haber visto otros horizontes, ni haber gozado de los placeres que ofrecen las grandes ciudades.

—¡Muchacha! muchacha! ¿Qué estás diciendo?

—Bernardo es trabajador y activo. En la ciudad podria ganar mucho, ¡oh! sí mucho! Y una vez poseedor de una fortuna, nos vendriamos aquí al pueblo, junto á ustedes, á compartir el fruto de sus afanes.

Don Francisco movió la cabeza triste y negativamente, exclamando luego:

—¡No, hija mia! No volvereis; porque

si ahora te abruma todo cuanto aquí te rodea, ¿qué no sería entonces, acostumbrada á otro género de vida, y á otros hábitos más en armonia con tus gustos y aficiones irreflexivas?

Tú crees que allí encontrarias la felicidad y la ventura á esportadas. Te engañas, hija mia, lastimosamente! Allí quedaria sepultada toda la dicha que hoy desprecias, y que en vano querrás recuperar mañana.

—Segun sus teorías, todos los que viven en las grandes ciudades son desgraciados forzosamente.

—Los que nacen alli, ya están acostumbrados á esa vida inquieta y bulliciosa. Y aún así, cree, hija mia, que muchas buscan el retiro, despues de haberse fatigado el espíritu con placeres estériles.

Pero respecto de todo esto puedes oir la opinion autorizada de don Roque, nuestro buen cura, con su palabra evangélica.

Él si que conoce los úsos y las costum-

bres de esos mundos, que á ti tanto te desvelan y te cautivan Como que ha pasado casi toda su vida en las ciudades. Ya ves si él podrá aleccionarte y precaverte...

—¿De veras? ¿Don Roque podrá imponerme detalladamente de todo?...

—¡Oh! si, si—apresuróse á decir don Francisco, esperanzado en que el bueno del sacerdote curaria aquella cabeza, enferma de tanto divagar, desterrando torcidos pensamientos á favor de sus consejos santos.

—Él ha vivido en el gran mundo—continuó el anciano,—y aun se asegura que ha sido muy rico.

Rosalia ya nada más dijo; pero agitóse en su pecho vivísimo deseo de hablar al señor cura. Y firme en esta idea, decidióse á marchar, pero la presencia inopinada de Catalina le obligó á mudar de pensamiento.

—¿Te vas, hermana?—le preguntó,

echándole cariñosamente sus brazos al cuello.

—Si... tengo precision...

—Y ya no debe tardar el señor cura—dijo don Francisco intencionalmente.

Al buen señor no se le iba el santo al cielo, pues que adivinaba los pensamientos de su hija.

—¡Ah! si—repuso Catalina, agena á la intencion de su padre—Don Roque nos visita todas las mañanas. Y ya sabe él que yo le espero con un vaso de rica leche.

—¡Bien! Me quedo—exclamó resueltamente Rosalia.

Catalina fijóse entónces en el semblante de su hermana, y mirando alternativamente la expresion del rostro de don Francisco, se dió cuenta rápida de que allí habia ocurrido algo; pero, prudente y discreta, guardó silencio, internándose en la casa.

Poco tiempo tuvo que esperar la impaciente Rosalia.

Don Roque apareció por la puerta junto á la cual discurrian nuestros personajes.

Á juzgar por la satisfaccion que rebosaba su semblante, ya habia apurado el sabroso vaso de leche que la diligente y previsora Catalina le ofreciera todas las mañanas.

—¡Felices dias!—exclamó don Roque. ¡Ah! qué buena es Catalina!

—¿Ha tomado V. la leche, señor cura? —preguntó don Francisco, acercándose al recien venido y tendiéndole la mano afectuosamente.

—¡Pues, ya lo creo! Catalina no descansa por complacer á todo el mundo. ¡Dios se lo pague y la bendiga! Pero.... calle! Hállase aqui nuestra querida Rosalia ¿Qué tal? ¿Cómo van esas fuerzas?

—Si me lo permitis, me retiro,—se apresuró á decir don Francisco.—Tengo algo que hacer por allá dentro.

Y pensó para si, al echar una mirada furtiva sobre Rosalia:

¿Habrá dicho la verdad Marieta respecto de esta chica? ¡Tendría que ver!...

El cura, sonriendo bondadosamente, exclamó:

—Si, si, id con Dios, don Francisco.

Rosalia habiase aproximado á don Roque, y le saludaba con visibles señales de turbacion, brindándole el asiento que ántes acupaba su suegro.

Don Roque era un tipo fuertemente simpático.

Frisaba en los sesenta y cinco años, y sus cabellos eran totalmente blancos. Su estatura más bien alta que baja. Algo agobiado por el peso de su edad. La tez era pálida; la frente anchurosa, y la mirada de sus ojos pardos, aunque algo tibia, en momentos dados, adquiria todo el brillo de la animacion y del entusiasmo.

Sus hábitos sacerdotales eran muy limpios, pero muy pobres. El manteo, raido por muchas partes, denotaba su falta de recursos pecuniarios. Veíasele siempre

apoyado en un báculo, si bien su paso aún no era tardío é inseguro.

En el pueblo todos le querian. Era bondadosísimo. Su vida, austera, virtuosa, ejemplar. Todo cuanto llegaba á sus manos lo repartía entre los menesterosos. Y esta era la causa ostensible de su pobreza.

Cuando alguno de sus feligreses ricos dábale dinero para el culto de su parroquia y para sus propias necesidades, deciale aquél con extrañeza:

—¡Pero Vd., don Roque ¿por qué no piensa alguna vez en su persona? Ese manteo ya tiene precision de sustituto.

—¡Oh! ¡oh!—exclamaba riendo el venerable anciano.—El Divino Redentor daba todo á los pobres, y Él era pobre tambien, y sin embargo es el Rey del Mundo.

Nosotros, sus humildes ministros en la tierra, ¿hemos de usar el lujo contra el cual Él predicó? Sería arrebatar al necesitado el pan que le destina la caridad. ¡No, señor! !Ni pensarlo! El

sacerdote que tiene íntima conciencia de sus deberes, no tiene nada suyo, ni el pedazo de pan de cada dia que lleva á la boca; todo les pertenece á los desheredados de la fortuna; porque, á imitacion de Jesus, el sacerdote cristiano debe ser el padre amantísimo de todos los que sufren.

La fisonomía moral de don Roque, quedó revelada en este rasgo de su evangélico discurso. En una palabra: todo lo sacrificaba á la práctica de su piedad profesional.

Habia sido rico; pero su munificencia nunca le permitió guardar cosa alguna. Y su placer más grande, más inefable, era prodigar todo el bien posible en obsequio de sus semejantes.

¿Conocería ya de antemano el religioso la dolencia moral de Rosalía? ¿Habíale dicho algo á su respecto Catalina?

No se sabe. Pero el caso fué que don Roque miró á Rosalía con todo el apesadumbrado efecto con que se mira á la ovejilla extraviada, tierna é indefensa,

que pierde el camino que la conduce al redil.

—¡Y bien, hija mía! ¿Por qué noto tristeza en tí? ¿Por qué no luce tu rostro los colores sonrosados de la dicha? ¿Estás acaso enferma, por desgracia? Dímelo! dime la causa de tan tristes efectos, sin sonrojo, cual si te interrogara tu propio padre.

—¿Enferma? ¡No señor! Nada me duele; pero tengo angustias en el alma, y he perdido el apetito, y tengo pensamientos fijos, que me imposibilitan entregarme al reposo del sueño.

—¡Vamos! vamos! Y todo eso no dejará de alarmar á tu buen marido, y á tu santa madre, y á todos los que bien te quieren. Pero dime la causa secreta de tu malestar, que yo trataré de remediarlo, si no logro que desaparezca. ¿Acaso Bernardo?...

—¡No, no, señor! —dijo vivamente Ro salía. — Bernardo es muy bueno. Mi alma le está grata por sus finezas. Él se afa-

na por adivinar mis gustos. Por donde quiera que eche la mirada en mi aposento, veo su generoso ahinco por agradarme, transformado en muebles muy bonitos y en objetos preciosos de adorno con los que me ha obsequiado; siempre me trae flores; pero...

—¡Vamos! ¿Qué más deseas? ¿Qué cosa buscas y no la encuentras? Dímelo.

Rosalía lanzó un suspiro, y por sus mejillas rodó una lágrima.

—Tienes el amor de tu esposo, que siempre trata de hacer tu gusto en todo.... Tienes el cariño santo de tu madre que te idolatra!...

—Dígame Vd., don Roque,—interrogó Rosalía, reaccionando súbitamente.—¿Ha estado Vd. en ciudades alguna vez?

—Sí, hija mia, sí,—contestó, disimulando la extrañeza que le causara el cambio brusco de conversacion y lo imprevisto de la pregunta de la jóven.—He pasado en ellas todos mis años, hasta hace cinco que me destinaron á este pueblo.

—Y.... ¡qué hermoso debe ser todo aquello! ¿Verdad?

—La belleza, hija mia,—repuso don Roque con sentencioso acento—reside en todas partes, cuando el corazon está contento de su suerte y el espíritu está limpio del pecado.

—Habrá hermosos palacios y espléndidos paseos,—dijo Rosalía, haciendo caso omiso de los razonamientos de su interlocutor.

—Sí; hay edificios soberbios, tan grandes y laberínticos, que da frio con solo penetrar en ellos; parece que dentro de esos palacios se siente el alma más aislada que en los confines de un desierto. Y será porque en las casas pequeñas la familia vive más agrupada, se ve y se habla á cada instante, y no tiene el uno que ir en busca del otro, como sucede en esas grandes moradas. Allí casi nunca penetra el sol ¡Qué tristeza! Y la mirada se detiene en los muros sombríos. ¡Qué diferencia de lo de aqui, donde los

ojos se recrean con todos los atractivos y todas las maravillas de la naturaleza, y cada choza y cada casita blanca es un asilo amoroso, lleno de luz, de aròmas y de venturas!

—Pero.... ¿son desgraciados todos los que viven en las ciudades?

—¡Ah! no, no, hija mia! Alli, como aqui, hay dichas y desdichas.

—Pues si hay tambien dichas, deben ser más grandes que las de aqui. ¡Qué felices serán esas señoras que gastan tanto lujo! Se levantarán tarde, tendrán muchos criados; no se privarán de nada. Sus maridos las querrán mucho y estarán siempre regaladas y muy bien vestidas. Sus habitaciones serán muy cómodas, con butacas, espejos y alfombras, en donde se hundirán los piés. ¡Y qué hermosos jarrones, qué cortinas y qué cuadros! Cuánto adorno! cuántos colores! cuántas luces! Y cuánta dicha en medio de todo! Irán al teatro, harán visitas, siempre en carruaje, ó las recibirán todo el

dia; tendrán convidados á su mesa, y asistirán á bailes. Y en medio de todo esto, llamando siempre la atencion por su boato y su elegancia, por su fausto, sus joyas y por su esplendor deslumbrante.

Rosalía terminó su discurso con las mejillas encendidas, los ojos chispeantes, cual si tuviera fiebre, y los lábios temblorosos, como si aún palpitarán en ellos las frases ardientes de entusiasmo por aquellos mundanos goces, que acababa de bosquejarle el mágico pincel de su mente soñadora.

El sacerdote reprimió su asombro, y comprendió al punto que el malestar de la jóven era mucho más temible de lo que pensaba. Dispúsose, pues, á hablarle directamente á el alma.

—Es muy cierto, querida niña, que la vida de la generalidad de esas damas del gran mundo se asemeja mucho á lo que tú dices, por lo que respecta á la ostentacion. Pero, debo observarte para bien tuyo, que yo he conocido la esposa

de un ministro, que, merced á la gerarquia de su esposo, habitaba lujosísimo palacio en una de las más céntricas calles de Buenos Aires. La señora de mi cuento verídico era hermosa y jóven, tendría entonces á lo sumo tu misma edad. Hallábase rodeada de fastuosas comodidades. Tenia muchos criados á su servicio. Y su esposo se desvivia por cubrirla de valiosas joyas y de ricos encajes. Dadas su posicion social y su rango ¿qué te imaginas tú que hacia la buena señora?

—¡Ah! disfrutar constantemente de la fortuna y de los placeres que la rodeaban

—Sí que la disfrutaba, pero tan discretamente y con tal tino y tal acierto, que lejos de aminorarla, aumentaba cada dia el tesoro de sus riquezas.

—¡Seria avara!

—¡Ni por asomo! En vez de dejarse estar en el lecho, levantábase con la primera luz, inundado el rostro de alegrias, porque su espíritu reposaba, en la tranquilidad de su conciencia, cubriase con

un peinador blanco, y asi, diligente, ufana, como hada bienhechora para el hogar, recorria todas las habitaciones, y, con dulcísima sonrisa, echaba una mirada sobre las dispuestas faenas del dia anterior para los criados....

—Pero una señora no debe mezclarse en esas cosas. Yo siempre he visto en los libros que he leido, que esa es incumbencia exclusiva de los domésticos.

—¡No, hija mia, no! La mujer que no vigila constantemente su casa, y todo lo deja á merced de la buena ó mala voluntad de los criados, esa mujer no cumple estrictamente con su deber de buena ama de casa y de esposa fiel. La señora debe velar incesantemente por todo para que su casa marche con órden. No diré que debe estar constantemente en acecho de los sirvientes, porque esta vigilancia extrema acabaria por ser contraproducente. Y con los criados, hija mia, si bien hay que estar sobre aviso, no se debe, sin embargo, ofenderles con hirientes re-

prensiones, denuestos ó improperios; porque entonces el ama concluye por perder para con ellos toda la fuerza moral y su propia dignidad. Las reprensiones deben hacerse en tono suave, apacible, para captarse el amor de los criados, siendo para con ellos bondadosa al corregirlos, pero con firmeza y dignidad. Y entónces sus deseos se convierten en órdenes, y se afanan por complacerla. El rigor y el despotismo solo engendran ódios en el corazon de los oprimidos. En cambio, la indulgencia y la tolerancia conquístanse siempre los sentimientos más profundos de gratitud.

Pero como pudiera darse con criados de mala índole, ingratos é insolentes, que lo son en su generalidad, *enemigos pagados*, como álguien dijo, entónces no queda más recurso que, pagarles la soldada ara que se váyan, y.... Dios los ampare!

Pero volvamos á la esposa del ministro.

Debido á su discrecion extremada, todo marchaba á las mil maravillas. La casa

estaba siempre ordenada. A las horas de costumbre, nunca se hacia esperar la comida. Los criados tenian todas las habitaciones siempre limpias y arregladas convenientemente, y nunca llegó la tarde sorprendiendo un solo aposento en desórden. Terminado el almuerzo, y ya vestida la joven y juiciosa señora con un trage sencillo, disponíase á bordar, ó bien confeccionaba un adorno cualquiera para sí misma; porque gustábale hacerse sus propias cosas. Jamás hubiera permitido que otra mano, que no fuera la suya, peinase sus cabellos, ni tampoco la vistiese. Hay muchas señoras del gran mundo que hacen lo contrario, cual si fueran simples maniquíes. Y ella decía, con sobrada razon, que la mejor manera de estar á su gusto, era arreglando su tocado ella misma, y no sujeta á caprichos extraños. Visitábanla muchas gentes de todas categorías, y ella bondadosa, á todo el mundo recibia, sin que en sus conversaciones se ocupara de los defectos, ni de la vida agena de nadie,

si bien tenia que prestarse complaciente á oir las murmuraciones de las demás; pero las oia en silencio. Nunca á sus labios asomaba un monosílabo malsonante. Respetaba la opinion de todos, y jamás imponia la suya propia, ni ménos mortificaba el amor propio de nadie, pretendiendo recordarle sus deberes, y esto le valió siempre simpatías á montones. El ejemplo edificante de sus cualidades morales imponíase sin ella pretenderlo.

Siempre jovial y cariñosa para con todos, lo era esencialmente para con su esposo feliz, aprisionándolo con dulces lazos de flores.

Cuando él proponíale ir á un espectáculo honesto cualquiera, invariablemente aceptaba gustosa, y su continente digno y noble, y su atavio sencillo y elegante, llamaban la atencion de todos y arrancaban frases de respetuoso elogio. Si por acaso iba á un baile, cuya asistencia exigíaselo su elevada posicion social, nunca estaba más de dos horas, y al volver á su casa parecíale

venir del purgatorio para entrar en la gloria.

Repartia muchas limosnas; pero eran llevadas por ella misma á las casas de los pobres; y para ésto no usaba nunca coche —como debe practicarse la verdadera caridad— y sus dádivas iban siempre acompañadas con frases de dulce consuelo. Y como era enemiga de la ostentacion, sus bellas obras quedaban envueltas en el misterio.

El lujo, el afan por lucir y por brillar, y las frivolidades de todas las demás mujeres, no hacian mella en su invariable regla de conducta. No perdia jamás el tiempo en visitas inoficiosas y cuotidianas. Cumplia con sus relaciones sociales de vez en cuando. Y para satisfaccion íntima de su alma, profesaba grande afecto á una ó dos amigas, de esas que, alejadas del mundo y su ruido, viven como las violetas, esparciendo siempre y por doquier el codiciado perfume de sus virtudes. En una palabra: la señora del ministro era la virtud en accion.

El esposo envidiable, al penetrar en su casa, veia por todas partes los reflejos de su adorable y abnegada compañera; porque estando ella siempre presente, difundia en torno su calor, la benéfica influencia de su persona, y palpitaba la vida en toda aquella feliz y honrada vivienda.

Mas estos cuadros de la vida social y privada, que debilmente te bosquejo, Rosalia, son rarísimos entre las gentes de alto coturno, y esto acontece por desgracia en todas partes salvo honrosas excepciones.

Verás palacios que deslumbran por su asiático lujo, y, al penetrar en ellos, experimentarás sensacion de frio en el alma. La estrecha y amorosa union de la familia, es alli palabra perdida. Muchos de sus miembros se ven tan solo á la hora obligada de la comida. Muy tarde abandonan el lecho, y, desganados, unos comen en hora distinta de la de los otros. El desórden es alli moneda corriente. Todo se resuelve á merced de la voluntad de los criados.

El esposo, no encontrando disponible el almuerzo á su hora, y cansado de ver á su mujer entregada en cuerpo y alma á la confeccion de sus trajes y á la modista, se va á comer fuera de casa, aburrido de su suerte. Los domésticos charlan descansadamente en la cocina, miéntras las señoritas pasan dos ó tres horas mirándose al espejo, y se engalanan para pasar el dia de visita en visita, llamando la atencion pública por su descoco y sus costosisimos trajes y prendidos.

Las habitaciones quedan como nido asaltado por ave de rapiña. Y asi, todo trastornado, pasa el dia, y los sirvientes, mano sobre mano: miéntras las señoras pasean públicamente sus ligerezas, murmuran á sus ánchas, ó se divierten á su manera, que *á rio revuelto*....

Que los jarrones se rompen á cada paso; que las cortinas se desgarran; que las alfombras se manchan, y los espejos se quiebran, y la vajilla va desapareciendo, y la despensa se va agotando.... No importa.

El amo es opulento señor y todo se renovará. La señora no gusta de pararse en futilezas, pequeñeces.

Esta pintura que acabo de hacerte, es el reflejo fiel, el espectáculo diario, de lo que acontece en la esfera social que los franceses han dado en la flor de llamar *crême de la crême*, y que, por desgracia, sucede en todas partes del orbe, donde la pasion por el lujo se posesiona del corazon de las mujeres, obligándolas á olvidarse de la familia y de los sentimientos más santos, para entregarse al afan desmedido de brillar y de ser citadas como modelo de elegancia, y de belleza y de buen gusto.

Don Roque se detuvo, y Rosalia exhaló profundísimo suspiro que revelaba bien á las claras su disgusto por la oposicion del sacerdote á sus inclinaciones peligrosas.

—Mire V., señor don Roque—exclamó con cierta timidez.—A mi me parece que si yo fuera á las ciudades, á pesar de gustarme tanto las galas y el lujo, seria buena, tan buena como la esposa del mi-

nistro, de quien V. me ha hecho relacion.

—¿Querrias, acaso, que Bernardo fuera secretario de Estado?—repuso, sonriendo don Roque.

—¡Oh! no, señor; pero...

—Tu esposo ha nacido y se ha criado en el campo y para el campo. El se aleja de aquellos sitios peligrosos por educacion, por principios y por sentimientos.

En cuanto á tí, tampoco podrías correr pareja con la señora del ministro, no porque te faltase tacto y delicadeza, sinó porque, habiendo nacido y vivido sosegadamente en Marvel, la vida agitadísima de las ciudades tendría por término, por único resultado práctico, la incurable enfermedad de tu alma. Eres una margarita de los campos, que perdería su lozanía al ser trasplantada á los limitados jardines de un palacio.

Allí solo hallarías oropeles, frivolidades, afanes por disputarse el cetro del lujo y de la belleza. Y si te detienes á buscar la sinceridad, la ingénua franqueza, la

verdadera dicha, te cansarías buscando estérilmente. Lo que anhelas, irás á encontrarlo allá, muy escondido, muy apartado; porque has de saber, hija mia, que la felicidad necesita de armonías suaves, de retiro, de misterio, y sobre todo de la paz de la conciencia; y es imposible vivir en medio del estruendo del mundo, allí donde se vive al vapor, en donde no se tiene tiempo para pensar, ni aún para amarse; porque, ya lo verías, el lujo lo absorbe todo, absolutamente todo, hasta el amor de las madres, que, fatigadas con los cuidados que los tiernos hijos requieren, los confian al celo de las criadas, á manos mercenarias, y con un beso por la mañana, á veces, y otro por la noche en sus tiernas cabecitas, creen haber cumplido con un deber sagrado, después de enterarse indolentemente de si el pequeñuelo se ha alimentado como es debido, y creen á pié juntillo la aseveracion de la doméstica, que siempre asegura lo que más cuenta le tiene.

¡Pero ya hemos charlado bastante, querida mia! Te dejo, pues, porque los deberes de mi ministerio me reclaman en otra parte.

Rosalía besó humilde y llorosa la mano del bondadoso sacerdote, acompañándole hasta donde estaba su hermana.

—¡Dios mio!—pensó Rosalía, miéntras don Roque se alejaba á buen paso.—¡Tengo un mundo dentro de mi cabeza! Pero... Yo necesito ver todo eso para convencerme por mis propios ojos de lo que me ha contado el señor cura. Imposible me parece que tanta grandeza oculte tanto cieno!

Y abstraida en sus pensamientos, se despidió de su hermana, emprendiendo el camino de su casa.

¡Y olvidó de ver ántes á su esposo, que trabajaba en el molino, pensando en ella!

¡Cuánta habría sido la ventura de Bernardo, si Rosalía hubiera llegado hasta él en pos de amoroso anhelo!

III.

Ya caía la tarde con sus medias tintas suaves y el silencio del reposo.

Los labradores tornaban á sus hogares en alegre plática, miéntras alguno que otro, rezagado, caminaba tras sus compañeros, entonando alegres canciones populares.

El ganado, haciendo sonar sus cencerros, con paso lento encaminábase al redil; y alguno que otro rebaño, saltando por entre las breñas del camino, descendiendo luego por las laderas, y después de apagar su sed en el remanso del cris-

talino rio, encaminábase igualmente á sus guaridas.

Oíanse los ladridos de los perros, que, saltando de gozo y agitando la cola, salían al encuentro de sus amos, lamiéndoles las manos, en señal de cariño y sumision.

Humeaban las chimeneas; y las mujeres, afanosas, preparando la cena, asomábanse á cada instante para ver llegar sus amados compañeros. Los chicuelos, hartos de jugar todo el día, y no pudiendo ya sus estómagos con la espera de la hora de la merienda, comían con verdadera fruicion un pedazo de pan, charlando, en un rinconcito de la casa, con su jerga encantadora.

Madre les había dicho que estuvieran quietos, porque, de lo contrario, no habría rosquillas, ni nueces á los postres, y á más, á la hora en que las sombras se extendían por entre los sembrados, andaban por esos contornos unos pájaros grandes, que picaban á los niños malos, que no hacían caso á sus madrecitas.

La calma relativa de la naturaleza en aquellos instantese ra encantadora. La fresca juguetona brisa movia blandamente las hojas de los árboles y las acácias y los naranjales; aquellas con sus racimos de florecillas blancas, fuertemente olorosas, y éstos con sus azahares, cual nevados copos, despidiendo esencias embriagadoras.

Las campanas de la pequeña iglesia del pueblo, tocaban *Angelus*, y sus écos melancólicos parecían decir á los laboriosos habitantes de Marvel:

"¡Vivid y gozad en el santo amor de Dios!„

Algo apartada del pueblo, destacábase la blanca casita de doña Amparo, siempre con su huerta á un costado, y el corral, hoy reformado por las hábiles manos d Bernardo, y bien provisto de aves domésticas de todas clases..

La casita de doña Amparo, componíase solamente de la planta baja. La puerta de entrada, era la del comedor, y á éste es-

guíanle á la izquierda, dos habitaciones. La primera, era el aposento de Rosalía y Bernardo, y la segunda, la que habitaba Catalina cuando soltera; hoy, ocupada por las huéspedas. A la derecha, estaba situado el aposento de doña Amparo; seguíale la cocina, y después el cuarto de la criada; pues, desde su casamiento, Rosalía quiso tener una doméstica, para evitarse las molestias de la casa, y ahorrárselas á su madre.

Todas las habitaciones estaban modestísimamente amuebladas, á excepcion del aposento de Rosalía, que, como dijo á don Roque, Bernardo había tratado de proveerlo de todo lo que más pudiera halagar los gustos de su mujercita.

Así, pues, la habitacion de Rosalía, era hasta elegante. Sus muebles, de nogal, de gusto moderno.... Un espejo grande en su tocador, en el que veíanse mil chucherías encantadoras. Algunas butacas de suavísimos muelles y tapizadas de tela de lana encarnada.

Las puertas lucían cortinas blancas de

muselina bordada, y el pavimento cubríalo una estera de bonitos y variados colores.

Vários de aquellos muebles, Rosalía habíalos pasado á la pieza contigua, para proporcionar alguna comodidad á las huéspedas.

Era ya entrada la noche.

Rosalía, en la habitacion de las señoras de Monviel, parece sostener con estas animado diálogo.

Beatriz, llamábase la viuda. Tendria á lo sumo treinta años de edad. Alta, esbeltísima, de cabellos castaño claro; ojos de un tinte verdoso, de mirada acariciadora; su boca fresca y pequeña, en la que jugaba de continuo una sonrisa maliciosa, y casi casi provocativa.

Laura, era una morena gentil, graciosísima. Contaba cinco años ménos que su hermana. Era tan alta como ésta, é igualmente hermosa; pero su hermosura era más fuerte, por decirlo así, acentuada por sus cabellos oscuros y sus ojos negros, húmedos, de mirada dulcísima. Los labios

encarnados, juguetones, con los giros movibles de la risa loca, que dejaban ver á cada instante sus dientes blanquísimos, menudos y hermosos como perlas. Tenía un lunar junto á su boca, y como al reir proyectábanse dos hoyuelos en sus mejillas, no podia darse nada más delicioso que aquella cara expresiva, insinuante, en la que reflejábase el placer irreflexivo que vive y revolotea con alas de mariposa.

—Sí, sí, querida Rosalía—exclamó Beatriz, reanudando el diálogo.—Tú verás como te va á las mil maravillas.

Bien se ve que mediaba ya gran intimidad entre la esposa de Bernardo y sus nuevas amigas.

Al terminar aquellas palabras, la viuda y su hermana corrieron hácia un gran cofre, de donde sacaron un preciosísimo traje de gasa, color de rosa, y, agitándolo, se aproximaron á Rosalía, dejándole caer sobre sus faldas. Estremecida y con el pecho henchido de placer, imaginóse la

infeliz soñadora verse envuelta por nacarada nube, á través de la cual ¡Dios nos perdone! creyó distinguir el cielo.

Si Rosalía hubiese sido más lista, ó hubiese estado al corriente de ciertas cosillas, que aún ignoraba, hubiérale extrañado sobremanera, que las señoras de Monviel—que tan solo habian venido al pueblo por quince dias, *á ventilar un asunto propio* (suponemos que no sería la compra de otras vacas), hubiérale extrañado, repetimos, que aquellas señoras llevaran en sus baules trajes de baile tan elegantes y costosos.

Porque era de baile el regio vestido color de rosa, de cuerpo escotado, y prendido de preciosas florecillas blancas; la flotante falda ostentaba ámplia cola, que se extendia sobre la alfombra, proyectando graciosos pliegues.

—¡Ven, ven!—decia Laura, apoderándose de la aturdida Rosalía, miéntras la viuda aseguraba la puerta por dentro para no verse sorprendidas.

Y en un vuelo, Rosalía se vió despojada de su humilde vestidura, sintiéndose aprisionada por aquella nube de gasa sonrosada, que exhalaba suavísimas esencias embriagadoras.

El traje era de Laura, y se adaptaba admirablemente al cuerpo de Rosalía.

La cintura justa y breve, el seno alto, los hombros redondos, los brazos torneados, hermosísimos, y las caderas ámplias y graciosamente sueltas en el andar; todo este conjunto de atractivos, modelados por la gasa sutil, semejábanla á una Venus surgiendo del alba deslumbrante de bellezas.

Y Beatriz y Laura, entre exclamaciones de admiracion y de alabanzas, prendieron un collar de oro y perlas á la desnuda garganta de Rosalía, miéntras enroscaban en sus brazos brazaletes valiosísimos. Y soltando parte de su abundosa cabellera, que cayó en rizos sobre la espalda, colocáron en su cabeza una rosa encendida, que parecia ruborosa en presencia de tantos encantos.

Y agitando la falda, que perezosa deslizábase sobre el pavimento, Rosalía conducida por las de Monviel, vióse ante el espejo, que reprodujo su imagen con reflejos de luz y de vida.

Rosalía ahogó un grito y retrocedió un paso, llevándose instintivamente sus manos al seno, como para cubrir su desnudez, miéntras un subido carmin teñía sus mejillas.

"El pudor es el colorido de la virtud ".

El espejo retratábala radiante de hermosura. Su cuerpo, apenas velado, mostraba sus carnes frescas, sonrosadas y palpitantes; las joyas que la cubrian arrojaban reflejos ardientes, miéntras sus cabellos negros destacábanse sobre aquel fondo, claro, luciente y risueño, como el beso de la aurora y las flores de la primavera.

Y así, encantadora, turbada, y sin cansarse de contemplar su imagen en el espejo, Rosalía creíase la mujer más feliz de la tierra, arrobada por su propia extraordinaria hermosura.

Aquellas galas acariciaban sus sentidos: creíase otra, y veíase tal cual ella lo soñara en los arrebatos de su mente fantaseadora.

¡Ay! ¡Pobre Rosalia! No echaba de ver la infeliz cuánto más bello era el pudoroso atavío de sus vestidos humildes, cubriendo sus naturales encantos á igual de la violeta, símbolo de la modestia, que se cubre con sus propias verdes hojas.

¡La honestidad no ofrece nunca el vergonzoso espectáculo de sus bellezas despojadas!

¡Bendito sea el sentimiento del pudor, que corona la frente de los amantes y de los esposos! Sin él no existiria el amor, esencia purísima del espíritu de Dios. El pudor y el recato constituyen la base en que reposa la moralidad y el bienestar de la familia. Y ¡ay! de aquellas en cuyo seno no anide esa blanquísima flor de pétalos dulcísimos, que derrama y prodiga la miel de su cáliz, copa de placeres castos y puros!

Beatriz y Laura, á modo de la tradicional serpiente tentadora, de que nos habla la Sagrada Escritura, dejaban caer en los incautos oidos de Rosalia frases de equívoco sentido. Pintábanle las pomposas fastuosidades del lujo y su cohorte de futilezas, con los colores más deslumbrantes. . Con engañoso acento trataron de ahuyentar los escrúpulos instintivos de la novicia.

—Puedes ser admirada, porque eres bella, y, á favor de tus encantos, serás rica, poderosa, sin dejar de ser buena....

Rosalía tenía el alma pura. Solo la inquietaba el afán del lujo, degenerado en pasion.

Criada en aquellos lugares, sin malicia, en sus lecturas, su alma no habia absorbido el veneno que, amargando la conciencia, hácele perder la pureza al pensamiento. Así, pues, aquellas riquezas de que le hablaban y que habia de adquirir á favor de sus atractivos naturales, era para ella cosa poco ménos que enigmá-

tica. Y por esto, en medio de sus trasportes halagüeños, decia con la sencillez é ingenuidad del niño:

—¡Qué dicha! ¡Dios mio! Vivir en la ciudad! ¡Tener lujo y comodidades, producto del dinero de mi esposo, adquirido con su trabajo!

Las dos hermanas cambiaron una mirada de recíproca inteligencia, y añadieron:

—Si tú quieres, puedes ver cómo es aquello. Mañana te llevaremos nosotras al rayar el alba. Estarás en nuestra compañía quince dias, y miéntras tanto buscaremos el modo de que Bernardo pueda ir á ganar mucho, mucho dinero en la capital.

—¡Oh! Entónces sí que estaré siempre contenta. Ya no se quejará Bernardo de verme triste, y seremos muy dichosos.

—Sí, sí; descuida, que todo se arreglará. Confia en nosotras.

—Pero....—dijo Rosalia, cubriéndole el rostro repentina tristeza.—¿Querrá Bernardo que yo me aleje de su lado? ¡Me quiere tanto! Mi madre y mi her-

mana sufrirán tambien en mi ausencia....

—¡Pero, tonta! Si Bernardo ha de ir despues.... Mas de esto nada le digas. Déjanos á nosotras, que lo conciliaremos todo. ¡Ya verás!

—¡Oh! ¡El no querrá ir! Está ya habituado á esto, y no tiene ni remota idea de lo que es aquello....

Dejóse oir en aquel momento el penetrante ladrido de un perro y el rumor de voces conocidas.

—¡Dios mio!—exclamó Rosalía, desprendiéndose precipitadamente las joyas que la engalanaban.—¡Es Bernardo...! Pronto! pronto!

Las dos hermanas se apresuraron á despojarla del rico traje que ostentaba, vistiéndola seguidamente con su modesta ropa.

Rosalía exhaló contrariado suspiro, y echando una mirada ávida al espejo, hallóse tan sin gracia, segun ella, tan desgarbada, con su pobre trajecillo de lana, que tuvo ganas de llorar.

Su conciencia parecia hallarse adormedida.

Las galas que acababa de quitarse eran un ultraje hecho á su esposo y un agravio á sus propios sentimientos buenos.

La amante esposa del humilde jornalero no debe usar más joyas que las de su propia virtud, ni más galas que el amor acendrado de su marido. El limpio y sencillo vestido de percal realza más sus encantos naturales, sanos y frescos, que todos los ringorrangos de la hueca vanidad. Y su honestidad, su andar mesurado y gracioso, su hermosura recatada, serán el recreo más puro de cuantos la miren. Y su hogar, santificado por el trabajo, será el recinto de la dicha más serena; porque la esposa, contenta de su suerte, derramará en torno sus gracias, iluminándolo todo como el sol, é imprimiendo en todo el sello santo de la tranquilidad doméstica y de la paz del espíritu.

Sonó la hora de la cena, y la mesa estaba dispuesta.

Bernardo ocupaba la cabecera, y, á su derecha, sentábase la anciana madre, doña Amparo, y, á la izquierda, hallábase colocada Rosalía, y, á su lado, Beatriz, y luego Laura.

El aspecto de Bernardo presentaba inequívocos signos de reprimido sufrimiento. Á su cabello, aceleradamente encanecido, y á la palidez de su semblante, uníase la tristeza de su mirada, á veces, abstraida.

Doña Amparo, grave, circunspecta y silenciosa, apenas cambiaba uno que otro monosílabo.

Catalina habia dicho que las señoras de Monviel no eran santas de la devocion de su madre.

Rosalía casi no probó bocado. Ansiaba y temia á la vez el instante en que las de Monviel pidiéran su vénia á Bernardo, para llevársela á la ciudad, y poner en práctica todos sus preconcebidos planes de peligrosa ostentacion.

Y ese temido instante llegó. Habíase terminado la comida, cuando Beatriz, con

desenfado, abordó la cuestion, diciendo:

—Tengo que suplicar á V. un favor, amigo Bernardo.

Este miró á sus huéspedas, y luego fijóse en la actitud de Rosalía, y, sin saber por qué, su corazon latió con fuerza desusada.

Doña Amparo no levantó los ojos de mantel.

—Puede V. empezar, señora,—dijo Bernardo con su lenguaje rudo, franco, pero sincero, desprovisto de adulacion y de falsa cortesía.

—Mañana, al romper el alba, partiremos para Montevideo, y de allí pasaremos luego á Buenos Aires.

Desearíamos que V. nos permitiese llevar á Rosalía, por veinte dias, para que pasee y conozca las dos ciudades.

Rosalía levantó tímidamente los ojos para fijarlos en su esposo, y encontráronse con su mirada, mirada que ella hubiera deseado que fuese de enojo, para no agrandar su culpa. Pero los ojos de Bernardo

solo expresaban tristeza, mal comprimida pesadumbre, por la vénia que se le solicitaba.

Doña Amparo, al oir las palabras de Beatriz, habíase estremecido, y sus ojos, anublados por las lágrimas, fijáronse en su hija.

Hubo un instante de embarazoso silencio.

Hubiérase creido que Bernardo necesitaba tiempo para reponerse é impedir que su pena se vislumbrase.

Por fin, con acento suave y sin apartar sus ojos de su esposa, respondió:

—Si ella desea irse...! yo ¡no me opongo.... Sus deseos son siempre los mios.

Rosalía no pudo reprimir un movimiento de alegría; pero bien pronto trocóse en dolor, al contemplar á su madre con la faz bañada en llanto. Y mayor habria sido su amargura, si hubiera mirado en aquel momento á Bernardo, que, para ocultar dos lágrimas, que resbalaban por sus mejillas, habíase levantado, so pretexto de ir á fumar un cigarro.

Bernardo salió de la casa, y fuése hasta la huerta, y allí, apoyado contra las tápias y envuelto en la oscuridad de la noche, ocultó su rostro entre las manos, y hondos y amarguísimos sollozos hincharon su pecho con las convulsiones del dolor más íntimo

Miéntras tanto, doña Amparo habíase refugiado en su aposento, y de hinojos antes la imágen dulcísima de Nuestra Señora de los Dolores, lloraba la infeliz madre, pidiendo proteccion y amparo para la hija ingrata y querida.

Rosalía no se atrevió á seguir ni á su esposo, ni á su madre. Y muda, profundamente apenada, apenas oía los risueños proyectos de las señoras de Monviel, proyectos, que, en aquellos instantes, sonaban en los oidos de Rosalía como alegre música, mezclada con el tétrico tañido de la campana al toque de agonía.

Más tarde, cuando Rosalía y Bernardo se reunieron en el aposento nupcial, la esposa, con la conciencia turbada, intentó

decir algo en descargo de su culpa; mas él, indulgente, amantísimo, después de haber llorado en secreto su hondo dolor, besóla en los ojos, y con ternura y delicadeza infinitas, díjole:

—¡Mi Rosalía! ¡Te amo muchísimo para no desear más que alegrías en torno tuyo.... Vé, que yo te espero!

Nada más se dijeron los dos esposos.

Rosalía pasó la noche en incesante lloro; porque en lo íntimo de su conciencia gritábale una voz:

—"¡No te vayas! Tu puesto está junto á tu esposo! ¡Solo en él puedes hallar la segura y santa felicidad de la vida! ¡Ay! de la mujer que no se identifica con su suerte, y con su propia mano no cultiva la flor bendita de sus amores!„

Mas otro acento, con presagios venturosos, decíale:

— "¡Tonta! ¡Acalla tus escrúpulos! Tan solo por veinte dias, que trascurren pronto, vivirás alejada de tu esposo, y en ese tiempo podrás gozar, viendo y palpando ese

lujo voluptuoso, que tanto te fascina!„

“Serás feliz en esos veinte dias; pero de una manera desconocida, dulcísima. Y no dejarás de ser buena. ¡Te lo aseguro!„

En esta penosa alternativa pasó la noche, y llegó el amanecer esperado para partir.

Rosalía habíase quedado dormida, fatigada por la lucha tenaz de sus pensamientos; pero, despertóse sobresaltada al sentir amoroso beso sobre su frente.

Doña Amparo hallábase junto á su lecho, y el beso habíaselo dado su buena madre. Rosalía, acongojada, echóle los brazos al cuello, y rompió á llorar, mezclando sus lágrimas con el llanto de la desconsolada anciana.

Nada se dijeron madre é hija.

Rosalía comenzó á vestirse, y al cabo de cortos momentos, logró rehacerse y serenar susemblante.

Al despertar, habia notado la desaparicion de su marido, y no se atrevia á proferir palabra alguna en averiguacion de su paradero.

No tardaron en presentarse las señoras de Monviel, ya preparadas para el viaje, trayendo Beatriz en sus manos un largo abrigo, que colocó sobre los hombros de Rosalía. Esta se estremeció; parecióle que habia caido sobre ella enorme peso que no la dejaba moverse.

—¡Vamos! —exclamó Laura alegremente—Ánimo, que no nos marchamos para el otro mundo!

—¿Y.... Bernardo?—preguntó, por fin, tímidamente la conturbada esposa, volviéndose hácia su madre, que, silenciosa, habia saludado á sus huéspedas.

—En la puerta espera—respondióle doña Amparo, con visibles señales de su emocion profunda.

Las dos hermanas abrieron la marcha. Siguiéronlas Rosalía y su anciana madre, y al pisar el umbral de la puerta de salida, vieron á Bernardo aproximarse y saludar y despedir á las de Monviel.

Rosalía hizo un movimiento de sorpresa. La palidez del semblante de su esposo

cansaba la existencia de un malestar profundísimo.

Pasaron las de Monviel, dirigiéndose á un coche, que á pocos pasos las esperaba, y en el que ya habian dispuesto que colocáran los baules á la parte delantera. Debian ir así hasta el pueblo cercano, distante dos leguas de Marvel, donde las señoras tenian una finca rústica, y allí tomarían la diligencia.

Elviaje era largo; pero estaban previstas todas las molestias: descansarían en las postas, para lo cual llevaban excelentes provisiones.

Rosalía llegó hasta su esposo, y este la estrechó cariñosamente contra su pecho, miéntras besaba sus cabellos. Su palidez habíase aumentado; pero sus ojos permanecían secos.

Desde el coche, las señoras de Monviel presenciaban tan tierna despedida.

Abundoso llanto inundó el rostro de Rosalía, y agitada y convulsa, abandonó los brazos de su marido, y refugióse en

los de su madre, que formaron en torno de su cuerpo apretadísimo lazo de amor.

—A Catalina....!—balbuceo Rosalía.

—Sí, sí, ya sé....!—repuso sollozante la anciana.

Y ámbas se acercaron al coche, donde las de Monviel ayudaron á subir á la cuitada, no sin ántes expresar á su madre sus agradecimientos por la generosa hospitalidad que habían recibido en su casa.

Rosalía buscó á su marido con amoroso afán en la mirada; pero... ya era tarde!

Bernardo había desaparecido, presa de mortal angustia.

IV.

En una de las más céntricas calles de Buenos Aires, hállase situado un edificio suntuoso, de arquitectura moderna, que llama la atencion del transeunte por la magnificencia de su aspecto exterior.

Da acceso á la regia morada, anchuroso vestíbulo, artísticamente decorado, ostentando cuatro arrogantes estátuas de mármol de Carrara, que representan otras tantas mujeres mitológicas, delicioso grupo de belleza plástica.

Tras los mármoles, destácanse cuatro

columnas de ónix, en las que descansa el techo, con capiteles dorados, y á los que se enlazan soberbios brazos de luciente bronce, para mecheros de gas. Cubre el pavimento de mosáico, rica alfombra chinesca, sujeta con pasadores, tambien de bronce.

Subiendo la ámplia escalinata se encuentra una gran puerta, primorosamente tallada, que ostenta cristales de un mérito sobresaliente.

Esta puerta da entrada á un patio inmenso, convertido en magnífico jardin, con arriates anchurosos de mármol, donde el capricho artístico y la fantasía han colocado laberínticos surtidores de agua, y de trecho en trecho, y entre las flores del parterre, súrgen ninfas de alabastro, que parecen naturales guardianas de aquel encantado eden.

Las habitaciones hállanse asiáticamente amuebladas. Deslumbra el lujo inusitado de los divanes, de las porcelanas de Sajonia, Sevres y Japon, de los espejos,

que cubren y decoran las paredes de arriba á abajo, y de los pesados cortinajes de raso.

Y aquellas cornucopias, y aquellos tallados primorosísimos, aquellos techos artísticamente dorados, y aquellas alfombras en donde muellemente se hunden los piés; aquel mobiliario, en fin, severo y elegante, parece decir á gritos á todos los que allí penetran:

Despues de admirar todo esto ¿concíbese que haya pobres que carezcan de pan y de albergue, que les coloque al amparo de las inclemencias del tiempo?„

Una de las habitaciones de tan principal morada, en donde fijaremos nuestra atencion más detenidamente, está alhaajda con verdadera elegancia y gusto artístico. En las paredes, entapizadas con tela de seda celeste pálido, salpicada de pequeños ramitos de rosas, lucen su indisputable mérito cuadros al óleo, de asuntos históricos contemporáneos. Cubre el piso costosísima alfombra de Bruselas,

blanca, con grupos de vistosas flores. Un lecho de palo santo, primorosamente esculpido, y envuelto entre sutilísimas cortinas de gasa, ocupa un ángulo de la habitacion. Un tocador de igual madera, obra de arte, con un bruñido espejo veneciano, hállase frente al lecho. Y más allá, en el extremo opuesto, un divan, dos butacas, tapizadas de raso celeste, bordado, y un escritorio, verdadero juguete de fantasía, para el uso de las damas, delicadamente incrustado en bronce, marfil y nácar. Y por último, un piano novísimo, de Pléyel, sobre el que se ven desparramados papeles de música y flores frescas, en gracioso desórden, para luego colocarlas en los jarrones.

En este gabinete, saturado del suavísimo perfume que emana siempre la mujer elegante, hay una esbelta jóven, que, sentada á la mesa-escritorio, escribe, poniendo, al parecer, todo su conato en la epístola que redacta.

Es Rosalía.

Cubre su cuerpo riquísima bata de espumilla, de luenga falda, blanca, como la espuma del mar, y costosísimos encajes adornan su traje de mañana. Su cabello parece más negro, así como sus ojos, y su tez, sonrosada y tersa, irradia destellos de vida primaveral, acentuados en su boca, verdadero nido de gracias juveniles.

Pero sepamos ya á quién escribe.

"Querida Catalina:

"Pretender bosquejarte, aunque no sea más que pálidamente, las delicias de este mundo nuevo, que tanto anhelaba conocer, es tarea más que difícil, es imposible. Son tantas y tan distintas las emociones que esperimento, que me parece que no voy á poder expresártelas con toda la vida y el ardor con que las siento bullir dentro de mí misma, á modo de torbellinos, que me hubiesen trasportado á un eden de venturas y de encantamientos.

"Si me es posible, intentaré trasmitírtelas metódicamente.

"Recordarás que hoy hace mes y medio que permanezco lejos de Marvel, gracias á la condescendencia bondadosa de mi esposo, y al reiterado empeño de mis amigas, Beatriz y Laura, que se complacen en verme contenta y feliz.

"Nos hallamos en Buenos Aires, después de haber estado cerca de un mes en Montevideo.

"No puedes imaginarte lo buenas y amables que son las de Monviel. Aunque aquí, para entre nosotras, te diré, que la bondad excesiva parece cualidad innata en la gente de gran tono. Trato á muchísimas personas, y todas son á cuales más afables y galantes. ¡Qué elogios, y qué alabanzas, hechas en mi obsequio! Mis vestidos y mis sombreros, y cada uno de mis adornos, son motivos de entusiastas encomios y de mil seductoras lisonjas, sin contar mi pobre físico, (permíteme este rasgo de inmodestia, en gra-

cia á la exactitud de mi relato) pues mis ojos y mis cabellos, y mi boca y mi persona toda, reciben los homenajes más rendidos y halagadores.

"¿Te dije que Beatriz es natural de Buenos Aires?

"Las bonaerenses y las uruguayas corren parejas en hermosura, si bien mis paisanas tienen el cabello más abundoso, y los colores más frescos. Esto obedece á la riqueza del clima, á los jugos saludables de nuestros frutos y á las aguas del mar, que tanta vida y tanta lozanía prestan á cuanto nace, crece y se desarrolla acariciado por sus brisas bienhechoras.

"Las bonaerenses, en el trato social, son amabilísimas, muy cariñosas, y muy elegantes en el vestir. Su carácter, comunicativo, franco y risueño.

"Las orientales difieren en esto último: son más retraidas, más sérias, no intiman tan fácilmente.

"Empero, la constancia, la firmeza de

carácter y la sinceridad de sus sentimientos atan los corazones con lazos inquebrantables.

"Tiene la mujer oriental la gracia y el donaire de la mujer culta andaluza, que la aromatiza, como el perfume á la flor.

"Si me dieran á elegir, no sabría con cual quedarme, si con la mujer argentina, ó con la mujer oriental. Y eso que, respecto de esta última, debería hablar en mí el amor por lo propio. Pero te lo digo tal cual es: hay cada porteña que deslumbra.

"Algo me quedó por decirte en mi anterior respecto de Montevideo. Ya te conté su aseo, y su ornato púbico admirable, su belleza topográfica, que, en detalle y en conjunto, es una verdadera gala de la naturaleza. !Y si vieras el cementerio con espáciosos jardines, cuajados de ricas y vistosísimas flores! ¡Y qué lujo de arte, qué monumentos y qué estilos arquitectónicos tan correctos en la mansion del no sér, que hacen á el alma experi-

tar los trasportes del éxtasis por lo bello y por lo grande!

"¿Y el Hospital de Caridad? ¡Dios santo! No puede darse nada más hermoso, ni más benéfico, ni mejor dispuesto. Es un edificio soberbio, de tres pisos, de inmensa capacidad, adornado de estátuas alegóricas. Hace honor á la piedad de los montevideanos.

"No debo olvidarme decirte dos palabras respecto del prado de Montevideo! Es un paseo público deliciosísimo, sin artificio ninguno; allí está la naturaleza con todas sus galas propias, frescas y sonrientes: árboles seculares, de todas clases, forman elevadísimos pabellones de verdura, entretegidas sus copas y confundidas sus ramas. Hay eminencias pintorescas. ¡Y, ascendiendo por la cuesta suave del terreno, descúbrese un edificio modesto, sencillo y blanco, lugar en donde se expenden refrescos á los concurrentes al prado. Seméjase á una paloma casi escondida en el verde follaje de la cumbre.

No puede darse, querida Catalina, nada más poético, ni más sencillo en su grandiosidad, que aquel panorama de naturales bellezas, en donde la mano del hombre nada tuvo que hacer.

"Esta ya se va haciendo muy larga, y como he de contarte muchas otras cosas, dejaré la descripcion de lo demás, relativo á esa artística ciudad para otro momento más oportuno.

"Pero antes te referiré una costumbre popular, que háse arraigado alli de algunos años á esta parte, y que me alegró sobremanera, porque me recuerda lo que he leido respecto de los usos y costumbres tradicionales de la heróica España.

"Me refiero á la *feria*.

"Todos los domingos y dias de fiesta, como por ensalmo, se ve invadida la calle 18 de Julio, en el trayecto que se recorre desde la Plaza Independencia á la de Cagancha, por una multitud inquieta apiñada y bulliciosa, y por un hervidero de tiendecillas, que, colocadas á orillas de

las anchurosas aceras, pueblan toda la larga calle, ofreciendo al transeunte el espectáculo más abigarrado y más risueño, por lo múltiple y vário de los colores, de las formas, y de la diversidad de los objetos, que se expenden al público, entre pregones y griteria y murmullos de muchedumbre feliz.

"Junto á un puesto, en donde se exhiben ricas joyas, se ve otro, que vende trozos de incitante cerdo, y confúndense las voces de los expendedores: uno encomiando sus ricos chorizos, y el otro pregonando la bondad de sus alhajas. Y más allá la quincalleria, los bazares de curiosidades de todos los paises, y los primores artísticos, al lado de los tendejones con sus baratijas y sus mercaderes trasnochados.

"Y de este disparatado conjunto, surje la belleza del contraste, no interrumpido en las mil y mil cosas distintas que se ofrecen á la ávida mirada del *feriante*, que, aturdido y contento, discurre de acá

para allá sin saber por qué cosa decidirse, mientras los chiquillos, como gatitos golosos, forman corro ante las tiendas de juguetes y chucherias.

"La feria, con su aspecto típico y su sabor popular, tan solo dura dos horas. A mitad del dia ya ha desaparecido, dejando la calle sucia, cubierta de residuos y desperdicios—único lado feo de la alegre fiesta.

"Pero, ¿dónde voy á parar con tanto minucioso detalle?

"¡Y aún me parece poco cuanto te digo!

"Ya te conté en mi anterior el fastuoso mobiliario de esta casa, el lujo deslumbrante de mis amigas; pero me olvidé decirte que es un ejército de criados el que tenemos á nuestro servicio; porque los hay de puertas afuera y de puertas adentro. En fin, con decirte que las amas somos tres—porque me han concedido todas las atribuciones de tal—y los cria-

y mujeres, al respetable número de doce. dos ascienden ¡asómbrate! entre hombres

"¡Vete haciendo cargo!

"No tenemos tiempo disponible para nada. Las visitas nos absorben todo el dia.

"Tengo algunos libros en mi aposento, y bien puede decirse que son libros decorativos. En vano he intentado varias veces entregarme á la lectura. Apenas cojo un libro cualquiera, ya me están llamando para esta diversion, aquella visita, ó para ir de paseo.

"¡Imagínate!

"Nos sirven el desayuno á las ocho en la cama. Nos levantamos á las once, y á las doce el almuerzo.

"Luego, á que la modista nos arregle para salir, si no es dia de recibo en casa.

"Volvemos muy tarde, y nos cambiamos precipitadamente los trajes. El coche, tirado por soberbio tronco, nos espera, para conducirnos á Palermo, el paseo más aristocrático, hoy en moda, donde solo concurre la gente mimada de la fortuna.

"Después de tres ó cuatro vueltas, para dejarnos ver y lucir nuestros atavios, tornamos á casa, en donde nos aguarda la mesa puesta.

"Comemos, y después de la comida, mudamos nuevamente los trajes, por los de la ópera, y, vueltas del teatro, renovamos nuestros adornos para asistir al baile que da esta ó aquella encumbrada familia, y en donde acude lo más selecto de la alta sociedad.

"Las de Monviel son tan generosas como ricas.

"Mi guardaropa está perfectamente bien provisto. No pasa una semana sin que uno ó dos vestidos nuevos vengan á aumentar mi coleccion de lujosos trajes, de visita, de mañana, de paseo, de comida, de saraos, de teatro, de iglesia, de baile, de campo, de playa, etc., etc.

"¡Cuándo llegará el momento en que yo pueda gastar lujo propio!

"Mi marido me manda, de vez en cuando, pequeña cantidad de dinero.

"La vida aqui es muy costosa. Con lo que Bernardo me remite apénas me alcanzaria para comprar modestísimas botitas.

"Si me vieras, me desconocerias. Estoy mucho más gruesa que cuando te dejé. Y, al decir de todos, he mejorado notablemente. Ya te mandaré mi retrato.

"Pero, en medio de tanta satisfaccion y tanto placer, me apena el no tener á todos vosotros cerca de mí, para que juntos gozáramos de todas estas delicias. Abrigo, sin embargo, la esperanza de lograr la realizacion de mi afan más vehemente: traer á todos vosotros á mi lado.

"Tengo ya bastante intimidad con un señor ministro, que frecuenta mucho la casa de mis queridas amigas, las de Monviél, y á la menor insinuacion mia — te lo digo con evidencia plena — dará un buen destino á mi marido.

"El ministro es hombre muy fino y muy galante y obsequioso. Su trato me encanta, y se desvive por complacerme.

"Por el correo de hoy le escribo á mi Bernardo respecto del destino.

"¡Allá veremos!

"Dime algo de ahí.

"Supongo que todo eso estará siempre igualmente triste y aburrido. ¡Ah!... Yo no sé cómo te avienes tú á esa vida ignorada, monótona y sedentaria. Será porque ni te imaginas que existan otros mundos, radiantes de luz, de vida y de placeres infinitos.

"¡Qué hermoso es Buenos Aires! Á juzgar por lo que yo he leído del viejo mundo, la Capital de la República Argentina parece una ciudad europea. ¡Qué bullicio, qué animacion! ¡Qué edificios espléndidos, qué lujosísimas tiendas! ¡Y qué iglesias, y qué teatros! Ya te hablaré de todo esto más detenidamente.

"Hemos asistido á un baile suntuoso, dado en obsequio de un ministro extranjero.

"¡Óyeme! Te hablaré de esa noche.

"Ayudada de mi modista y de dos

camareras, daba la última mano á mi tocado. Después de cubrirme con finísimas ropas interiores, verdadera espuma de primores, formada por encajes y batistas, y después de calzarme unos zapatitos de raso blanco, y médias de seda de igual color, que parecen un sueño por lo sutiles, y todo esto saturado de un perfume suave y embriagador, la modista engalanóme con un elegantísimo traje de un tejido nuevo, que se llama *grain de foudre,* color celeste pálido, de larga falda, guarnecido con preciosos ramos de florecillas blancas, y una guirnalda de idénticas flores, adornaban los bordes del escote y de las mangas,—éstas casi no existen, porque apenas cubren los hombros dos dedos de tela — y el cuerpo se usa extremadamente escotado. Las señoras casadas llevan los escotes exajeradamente bajos. Yo no he adoptado del todo esa moda, á pesar de los reiterados consejos de mis amigas, porque... me causa rubor, y he quedado verdadera-

mente asombrada de la despreocupacion ó impavidés,—no sé cómo llamarlo—con que las señoras del gran mundo se presentan en los bailes, con el seno apénas velado, ostentando formas salientes, sin importarles, al parecer, que la mirada asaz atrevida de los hombres profane encantos, que, cuanto más ocultos y más recatados, tanto más bellos deben parecer á aquellos mismos, que se complacerán luego en vociferar su desnudez.

"¡Oh! la moda!

"En ese mismo baile tocóme bailar con un jóven muy fino y muy galante; pero, no sé por qué, y sabiendo que yo era casada, dirigióme algunas frases, que, ó yo veía visiones, ó él me dijo muy claramente que estaba enamorado de mí! Yo he debido mirarlo con profundísimo asombro, y no recuerdo qué fué lo que le contesté; pero es el caso, que yo sentí un desconsuelo grande en mi alma, y repentinamente me acordé de mi marido, y me pareció verlo aún como cuando nos

despedimos al abandonar á Marvel, que me estrechó contra su pecho, silencioso y afligido, sintiendo caer sus lagrimás sobre mi frente. Este recuerdo me entristeció y sentí ganas de llorar.

"¡Ah! yo conseguiré que Bernardo se venga.

"Debió de expresar algo de todo esto mi rostro, porque el joven aquel se retiró de mí contrariado y cabizbajo.

"Pero más tarde le ví en compañía de Beatriz. Sin duda, hablaban de mí, porque me miraban con equívoca sonrisa.

"Mi amiga, no sé por qué, me pareció que me acriminaba con la mirada. Sin embargo, yo no había hecho, en mí sentir, nada malo.

"En cuanto al joven—á quien no he vuelto á ver más—tenía en sus lábios una sonrisa, que si no me equivoco, era más de burla que de admiracion apasionada.

"¿Se creería desairado?

"Ya ves que nada te oculto de cuanto me acontece.

"Pero, aparte de este lijero incidente, todo lo demás es de color de rosa.

"¡Ah!... Me olvidaba decirte, que en mi aposento tengo un piano; pues mis amigas se han empeñado en que debo aprender, y yo he preferido que lo coloquen en mi propia alcoba, aunque ellas dicen que esto no es usual.

"No me importa. Así me gusta más.

"Quizá esto sea alguno de mis resábios de pueblo, donde todo lo tiene una á la mano, y mucho más cuando una es pobre.

"Pero ya iré adquiriendo hábitos y costumbres elegantes y de buen tono. Aunque, con gran admiracion de mis amigas, yo he penetrado en el gran mundo, sin vacilaciones, ni turbacion, ni torpezas, propias en una novicia, y mucho más en una novicia que ve por primera vez sitios para ella desconocidos.

"¡Ah!... ¡Qué cabeza la mia!

"Tengo otra cosilla que contarte, mi adorada Cata.

"Y dime tú despues si no soy buena para contigo!

"El otro dia, Beatriz recibió una carta. Estabamos en el comedor. La leyó en silencio, y luego, con un gesto despreciativo, se la dió á su hermana. Esta la leyó á su vez, y después, la echó á un lado, tambien con desprecio, no ocupándose más de ella.

"La curiosidad, que es nuestro enemigo malo, se apoderó de mí.

"¿Qué diría aquella carta, que había tenido tan despreciativa acogida?

"Yo sé que la curiosidad es un defecto muy feo; pero era tal la impaciencia que en mí se despertó de saber el contenido de la dichosa epístola, que no vacilé en apoderarme de ella y leerla, luego que mis amigas salieron del comedor.

"Yo pensé que nada importante sería cuando de tal suerte la abandonaban á la curiosidad casi siempre dañina, de los criados.

"La carta decía así:

" Señora doña Beatriz.

"Muy noble señora:

" ¡ Tengo á mi anciana madre postrada en cama! Somos tan pobres, que... hay noches sin luz en nuestra mísera vivienda, y dias sin pan para mi pobrecita enferma.

" Tengo una traduccion del francés terminada, y desearía darla á la publicidad, para facilitarnos recursos, que libren á mi madre querida de los horrores de la miseria...!

" Pero, tropiezo con tantas dificultades...!

" V. es rica, señora, y, como mujer educada é instruida, ha de tener el alma buena y accesible á todo sentimiento generoso.

" Sea V., pues, mi providencia bendita, y logre yo, por su benéfico intermedio, la realizacion de mis deseos, que el cielo derramará sobre su cabeza sus bendiciones todas!

" ¿Puede haber algo que más nos honre, ni que más nos aflija, que pedir pan para nuestra propia madre, sumida en el lecho del dolor?

" Dígnese Vd. contestar á su afectísima señora, Q. S. M. B.

María G...."

" Casa de Vd., calle de la Armonía, número.... "

" Leer esta carta y arrasárseme los ojos en doloridas lágrimas, fué todo uno.

" Pensé por un momento que mis amigas no tenían buen corazon. Pero luego me arrepentí de este mal concepto. ¿No habían sido tan amable sy generosas para conmigo? Quizá mediaran algunas circunstancias desconocidas para mí, que justificaran la conducta inexplicable de Beatriz y de su hermana.

" Sea de ello lo que fuere, aquella jóven, que imploraba la caridad para su pobre madre, me conmovió hondamente, y pensé en la madre de mi alma, y, mo-

vida por generoso sentimiento de condolencia, y, pretestando que iba al templo, me trasladé en un coche de plaza, á la casa indicada en la carta. Para esto llevé conmigo treinta pesos, los que me había enviado Bernardo en várias ocasiones.

"¡Y yo que pensé que en las grandes ciudades no habría pobres ni menesterosos!

"La pobreza honrada, sufrida y digna de María y de su anciana madre, me impresionó profundamente.

"María, es una joven simpática, instruida y muy juiciosa.

"La anciana se parece mucho á mamá.

"¡Pobrecitas! ¡Y cuánto agradecieron mi dádiva!

"¡Qué satisfactorio es hacer el bien, y qué íntima es la alegría que experimenta el alma al sentir en su seno las lágrimas de la gratitud!

"Yo traté de disculpar á Beatriz, pero María, que debe conocer el corazon humano, contestó á mi disculpa con silencioso lloro.

"Yo no me inclino á creer que mis amigas tengan el corazon inaccesible á todo sentimiento piadoso.

"Ni una palabra de amarga queja brotó de los labios de la infeliz María. Esto me probó la bondad de su alma, resignada con su triste suerte. ¡Pobre muchacha! Tiene la mirada tan triste y tan dulce!

"¿Y la anciana? ¡Qué bondadosa es! Por algunas palabras que hemos cruzado, he comprendido que María no piensa en sí misma. Todos sus afanes y todos los desvelos son por proporcionar bienestar á su pobrecita madre.

"¿Sabes una cosa?...

"He tenido por un momento vergüenza del lujo entre el cual vivo, pensando en la pobreza sufrida y resignada de María y de su pobre madre enferma.

"¿Será esto un aviso del cielo, para que me contente con mi propia suerte?...

"¡Pobre niña! ¡Cuánto esfuerzo habrá

tenido que hacer, y cuánta víolencia para implorar el favor de un rico, y... ¡verse luego desairada! Con lo que éste derrocha en una noche de baile, bastábale á ella para hacer su felicidad y la de su anciana madre.

" Pero veo que me dejo llevar de ideas extrañas.

" ¿Qué es ello? No lo sé.... !

"¡Adiós, Catalina mía! Un fuerte abrazo á Bernardo, á nuestra madre y á nuestro padre queridos, sin olvidar mis cariñosos recuerdos para Antolin y el señor cura.

" Te quiere muchísimo tu hermana

ROSALÍA.„

Después de terminada esta epístola, tan larga como inconexa, Rosalía descansó por breves instantes, y cogiendo nuevamente la pluma, volvió á escribir.

Así decía:

"Mi queridísimo esposo:

"¿Por qué no me escribes tan amenudo y tan extensamente como yo quisiera?

"Tus cartas son tan lacónicas y tan tardías, que me dejan mucho que desear.

"Yo pienso en tí constantemente, y la prueba clara de esta verdad, está en que no descanso hasta lograr un destino, bien rentado, por intermedio de un señor ministro, que es amigo íntimo de las señoras de Monviel, y que tambien lo es mio.

"Cuando te hablo de cosa de tanta importancia para nosotros ¿por qué no me contestas?

"Mediante Dios, pronto estaremos reunidos. ¿No es verdad?

"Tú eres muy bueno, Bernardo querido, que me permites permanecer aquí, aquí donde hay tantas cosas que me gustan!

"¡Ah! Si tú estuvieras, qué feliz sería yo! ¡Pero tú vendrás! ¿No es cierto que tú vendrás algun dia?

"Dime siempre que estás bueno y contento.

"Cuida mucho á nuestra madrecita querida, y piensa en que no te olvida ni un solo instante tu consecuente

Rosalía."

Terminadas las dos cartas, y puestas bajo los sobrescritos, Rosalía las envió al correo, quedándose lúego pensativa.

No habia sido del todo franca para con su hermana. Habíale reservado lo principal; y ello era, que en el fondo bueno de su alma abrigaba secreto resentimiento hácia las de Monviel, si bien procuraba no demostrarlo, obligada por el sentimiento de gratitud que en su pecho despertaran la generosidad y deferencias de sus amigas Beatriz y Laura.

Ambas, en sus intimidades para con Rosalía, habian proferido frases más ó ménos indiscretas, relativas á Bernardo, como ser: "Que no tenía la cultura sufi-

ciente para poder alternar con el mundo elegante; que era poco cariñoso cuando no se desvivia por su linda esposa; que sus costumbres eran vulgares, y, por último, exclamaban: ¡Qué diferencia entre Rosalía y Bernardo! Ella es toda finura, elegancia y delicadeza, que le captan las simpatías de todos! Y él.... él es un infeliz.

Si las de Monviel propusiéronse conquistar el corazon de su huéspeda, poco tacto pusieron en práctica; demostrando así no conocer las condiciones de carácter y las tendencias de los sentimientos de su protegida.

Rosalía amaba muchísimo á su marido, y, por lo tanto, lastimábale todo lo que á su respecto le dijeran que pudiese dañarle.

Las de Monviel, faltas de buen tino, creyeron, que halagando el amor propio de la esposa, podian deprimir al esposo impunemente... ¡Lamentable error!

El hecho de haberse alejado Rosalía del

pueblo de su nacimiento, dábales pábulo á pensar que no le inquietaba el afecto noble y generoso de Bernardo, y que los dictados vejaminosos, proferidos en menoscabo del marido, no harian mella en el corazon de la esposa.

Pero Rosalía era buena. Hallábase envuelta en las redes de la tentacion, y ofuscada, no echaba de ver que alejábase de la verdadera senda de su felicidad, para ir en pos de engañosas promesas de mentidas venturas.

Olvidábase la desgraciada, de que la mujer que pretende salir de su propia esfera, menospreciando los sencillos goces de su vida apacible, para trocarlos por otros que no le pertenecen, está próxima á hundirse en el abismo lóbrego é insondable del desengaño y la desesperacion.

El alma de nuestra heroina guardaba la amargura de las supuestas faltas y defectos que las de Monviel imputaban á su esposo. Y por uno de esos fenómenos sicológicos tan frecuentes en los séres de

alma impresionable y apasionada, Rosalía pensó en su marido mucho más cariñosamente desde aquel instante, y creyó que le amaba como nunca.

Las de Monviel, educadas en la escuela de las frivolidades, donde los afectos puros del alma no arraigan jamás, carecian de cautela y de la instintiva delicadeza, que amordaza todo juicio aventurado, y que reviste nuestras palabras y nuestras obras de prudencia, discrecion y sensatez. La franqueza ilimitada casi siempre degenera en groseria.

A la esposa que se queja del esposo, á la madre que se lamenta de la hija, nunca debe el tercero contestar de conformidad con la cuitada; bien seguro de que, á pesar de no haberle contrariado en sus lamentaciones, á la esposa, ó á la madre, quédale amargura y hasta enfriamiento en el corazon, llevado por la mano de aquel, que, lejos de defender á los queridos séres de su alma, contribuyó poderosamente á enconar su ánimo en perjuicio propio.

La lengua puede moverse á impulso del despecho, de la dignidad ofendida, de la pasion ciega de los celos, ó por otras mil dolencias del alma. Pero, pasado el momento del arrebato, surge nuevamente radiante el sol del cariño, y la que se juzgó ofendida, después de pasada la tormenta, ni siquiera recuerda los rayos que fulminó su cólera. En cambio — cosas del corazon humano — no olvida el hielo con que la mano agena martirizó su pecho, obligándola á sentir en el alma la frialdad del desengaño, que es lo mismo que decir: el frio de la muerte!

La discrecion suma y la esquisita delicadeza nos conquista siempre el amor de los demás.

Nos mortifica el que se hallen defectos en nuestros propios séres queridos, aún cuando nosotros mismos los reconozcamos.

¿Y quién está exento de ellos para atreverse á enrostrar los agenos?

¿Quién se atreveria á arrojar la primera piedra?

¡Nadie, absolutamente nadie!

A Rosalía adornábanle los mejores sentimientos, y su alma era incapaz de abrigar rencores.

Pasaban los dias. Y ya fuese casual, ya premeditado, el que las de Monviel no insistiéran en molestarla con sus pullas y con su lenguaje satírico respecto de Bernardo; fácilmente olvidó Rosalía todo lo acaecido.

El olvido de la ofensa inferida, es atributo exclusivo de las almas generosas.

Quince dias transcurrieron del en que Rosalía escribió á Marvel, sin obtener contestacion alguna.

La joven pensó en ir á visitar nuevamente á María y á su anciana madre, doña Elisa. Sin saber por qué, su alma gozaba en la modesta vivienda de sus recientes conocidas. Habia en aquella morada humilde tanta placidez y tanta sinceridad en sus habitadoras, que, sintiéndose atraida dulcemente, Rosalía no pudo resistir al deseo de volver una y otra y otra vez.

Vivian doña Elisa y su hija en una casa grande de vecindad. Ocupaban un reducido departamento, compuesto tan solo de dos pequeñas habitaciones y una cocinita.

Madre é hija estaban siempre solas, pues no tenian más trato con los vecinos que el obligado saludo de cortesía. Y el motivo de haberse trazado esta regla de conducta, tiene fácil explicacion.

Doña Elisa con sus achaques, y su hija con las traducciones del frances y la costura, no les dejaban tiempo disponible para visitas y distracciones,—no siempre beneficiosas.

Pero, dicho sea en obsequio de la verdad, la causa legítima que impulsaba á madre é hija á ese género de vida, era el terror instintivo que tenian á las murmuraciones. Y ya se sabe que una casa de vecindad, es un mundo en miniatura, con todos sus egoísmos y sus envidias, sus rencores y sus miserias.

Aquí vive un matrimonio de artesanos.

Más allá una viuda sin hijos. Allí un militar retirado. Y enfrente, otra pareja: él es un santo, y ella pasa todo el dia rabiando; lo que quiere decir, que no llegará á ser santa. Acá vive otro matrimonio, que es el reverso de la medalla de aquél. Y acullá se ven otros inquilinos de estofas diversas, poblando así el pequeño mundo.

Entre tantos moradores, sería un fenómeno descomunal, que cada uno viviera en su casa, y Dios en la de todos.

Y como esto es punto ménos que imposible, de ahí que el tema obligado de la chismografía de éste, sea el género de vida que observa aquel.

Todos tienen defectos y todos son virtuosos. Cosa rara, aunque parezca inverosímil.

Allí vive además otro matrimonio con cuatro hijos pequeños.

El esposo es joven, símpático y laborioso, tipo moreno, esbelto.

La esposa dice tener le misma edad de su marido, aunque representa diez años

más, y es blanca, delgada, y de ojos azules y rubia. Ella es negligente, incuriosa, por educacion y por temperamento.

Vive en el mayor desórden; razon por la cual el esposo casi nunca está en casa.

El marido es bueno, noble é incapaz de una mala accion.

La mujer es maldiciente, grosera y muy capaz de accion innoble. Es, en fin, la antítesis del marido.

Á ella nunca se le ve limpia. Los pequeñuelos corren pareja con la madre, y la vivienda es adecuado nido á tales pájaros.

El pavimento cúbrenlo siempre trapos, toda clase de resíduos y desperdicios. Las mesas, blancas por el polvo, y las camas sin hacer, y las sillas tiradas por los suelos, y las tazas, que han servido para el té, ó el café, sin lavar se pasan todo el dia, atrayendo las moscas en torno.

Junto á la cesta del pan, no es extraño ver los peines, el cepillo de la ropa, algun gorrito del pequeñuelo, ó algun calcetin.

Esta *ejemplar señora,* enmarañada todo el dia, y rodeada del mayor desórden y desaseo, tiene el más grande de los placeres en departir íntimamente con su criado, porque nunca goza más que cuando está en contacto de tan *ilustre* compañía.

Es ocioso decir que nadie la visita.

Y para mayor abundamiento, esta mujer, que posee tan censurables hábitos, corona su obra doméstica con su carácter irascible y la ausencia total de todo sentimiento bueno.

¡Lástima grande que mujeres así sean madres! Porque sus hijos serán su repercusion. Y la semilla mala nunca dió buenos frutos.

Á su pobre marido lo recibe siempre con enojo, cuando no con injustas quejas, diciéndole: que ha pasado todo el dia aturdida con los gritos destemplados de sus propios hijos, ó con dolencias imaginarias. En realidad, el dia lo ha pasado riendo y murmurando de los vecinos.

El esposo aparenta creerla, para que la paz doméstica no pierda su equilibrio.

Pero la esposa, siempre ávida de gresca á todo trance, le dice de un tiron:

—¡Es necesario que busques cocinera! Yo no puedo seguir cocinando; porque ya estoy cansada de esta vida!...¡Ay¡ ¡ay!

—¡Pero, mujer!—observa el marido, que, aunque muy bueno, tiene la desgracia de ser débil para con su cónyuge—piensa en que yo no tengo con qué pagar una criada, y ten paciencia por ahora, que Dios vendrá en nuestra ayuda.

Y como á ella le seducen los vestidos de seda y las capotas remononas, exclama:

—Sí, eso es; que tenga paciencia, aquí encerrada entre cuatro paredes, miéntras tú te diviertes y...

¿Por qué no te haces rico? ¿Por qué estamos llenos de trampas?

—Las trampas las haces tú, que no te avienes con la situacion de tu marido.

¡Qué me divierto!... Sí, buena diversion me das tú! Después de trabajar todo

el dia, venga V. luego á oir sermones, y qué sermones !

Y el marido no puede continuar en sus justas quejas, porque la esposa y todas sus *sensiblerías* se han desmayado.

Pero no te asustes, lector impresionable, que la señora no se morirá de síncope aparente.

El esposo, cuando tropezó con esta mujer en su camino, soñaba ¡visionario! con un porvenir halagüeño, junto á una compañera buena, hacendosa y discreta.

Y se horroriza hoy en presencia de su suerte negra.

Aburrido de ver su casa siempre sucia y en completo desórden, y á su mujer no ménos abandonada, falta de bondad, y entregada á los arrebatos de un carácter dominante y fiero, y despiertos siempre los instintos malévolos, no cabe duda, de que, desesperado, buscará fuera de su casa la cariñosa solicitud que en ella no encontró.

La mujer de quien nos ocupamos — tipo copiado del natural — y que á grandes

rasgos describimos, — como todas las de su clase, busca aliadas, para luego evidenciar el antiguo proverbio de: *dime con quién andas y te diré quién eres.*

Habia contraido relaciones de amistad con otra familia, que vivia en la misma casa. Componíanse estos nuevos vecinos, del padre, la madre y dos hijas.

El padre es de edad avanzada, y achacoso, y goza de un reducido sueldo, por lo cual madre é hijas vénse obligadas á coser para fuera.

La madre cuenta cuarenta y seis inviernos, es excesivamente gorda.

De las hijas — hablaremos con preferencia de la menor — hace tres años que siempre cumple dieciocho primaveras. El amor á la verdad no le permite aumentar un solo dia en los años sucesivos.

La madre cuenta á todo el mundo que se casó sin amor (tremenda revelacion para la moral de sus hijas) que era muy niña, y que le dijeron:

" Si te casas serás toda una *señora* ".

Dicho y hecho. Se casó.

Esta respetable mamá, egoísta por naturaleza, solo vive por sí y para sí; le seducen las golosinas, y sobre todo, le gusta guardar abanicos y puntillas del tiempo del rey que rabió, y, cuidadito con que sus hijas se permitan tocar las prehistóricas chucherías, porque se las comeria de rabia (las hijas, no las chucherías) á pesar de su cacareado amor al fruto de sus entrañas.

La señora, de gustos antidiluvianos, tiene ojillos pequeñuelos, y el abultamiento excesivo de sus carnes los hace aparecer aún más pequeños.

La boca ha contraido el hábito del gesto despreciativo. Sobre todo cuando cabalgan los lentes en sus narices.

Juzga cuanto le rodea muy inferior á su *prosapia*...!

¡Ah!... Y habla el gabacho, *chapurreao*; porque, aun cuando no es francesa pura, es genízara, ú originaria de París de Francia,—como ella dice.

La hija menor sería simpática si no hiciera alardes y dengues de chocarreras gracias.

Y de las faltas de la hija — claro está — solo es responsable la mamá. Aquélla podria ser buena, recatada, amante del órden y de la paz doméstica. Pero con el ejemplo nada edificante de la madre, es todo lo contrario. Jamás presenta *síntomas* de doncella educada; pues niega hasta el saludo á las gentes, y da tremendos portazos cuando pasa álguien por frente á su vivienda, que no sea su aliado.

Le amarga siempre el alma el bienestar ageno.

Y todo cuanto se refiere á la pulcritud y compostura de su persona, brilla por su ausencia. Se le ve de ordinario con lamparones en el vestido, un pañolillo al cuello, y una ó dos flores en la cabeza, que hacen risible contraste con su desgarbado atavío.

Y así, y contoneándose, recorre los almacenes del barrio. Y ya se le ve departiendo con el sastre ó con el tapicero, con el

mueblista ó el boticario, y se pasa las horas muertas de acá para allá, sin que la madre, que debe ser celosa guardiana de la honra de su hija, que es su propia honra, se preocupe en lo más mínimo de lo que estará haciendo la hija de sus entrañas.

Pero no creáis que siempre viste con lamparones, no; tambien la veréis por esas calles de Dios, sola, con vestido de muchos *jarambeles* y ringorrangos, y sombrerillo *á la dernière*, — como dice su mamita.

Pero, así y todo, no desmiente la virtualidad del adagio: "La mona, aunque se vista de seda.... " Ni el atavío dominguero disimula el provocativo contoneo de sus andares y lo vulgar de sus maneras, que van diciendo á gritos: "¡Cuánto más llamativa estoy con mi delantal rameado, mis lamparones y mis flores en el cabello! "

Y no creáis que ella es una muchacha así, poco más ó menos. No, señor! Ella habla muy bien, y escribe ¡oh! (doblemos la hoja); y su familia es muy decente, y si ahora está mal, es porque sonó el cuar-

to de hora. Sí, ella es toda una señorita; pero una señorita *cursi.*

Detengámonos en lo más grave.

La hija mayor no vive bajo el techo paterno. Se casó contraviniendo el capricho maternal. La conducta del yerno justificó los temores de la suegra. Y aquí entra lo serio del asunto. La madre, muy lejos de condolerse del infortunio de su propia hija, la repudia y la arroja de sí, cuando la infeliz ya amamantaba el fruto de sus amores desgraciados

Librada á su propia suerte, separada del marido, que la abandonó, y desheredada del amor de sus padres, sin amparo en el mundo, sin apoyo, sin medios de subsistencia, la desdichada rueda, y rueda... hasta caer en el abismo.

La madre, estóica, el padre, indiferente, y la hermana, impasible!!

En presencia de tamaña desventura, borran de su memoria hasta el recuerdo de un sér tan íntimamente vinculado á su sangre.

¡La hermana impasible y hasta sentenciosa!

Ella, que vive con desenfados, que no hace galas del sentimiento del recato, que se permite licencias y palabras equívocas con el sexo fuerte; que campea por su respeto, que rehuye el trato social de señoras y señoritas honestas; que solo busca la compañía de las domésticas de la vecindad, para inquirir el linaje de vida de todo el mundo!...

Ella, repetimos, es la que formula cargos tremendos y fulmina el rayo de su ira sobre la frente de su hermana infeliz, de la que lleva en sus venas su misma sangre, y es, por todos conceptos, más digna de lástima y de compasion, que de acerbas acriminaciones.

¡Pero la madre!... ¿Es creible que la voz de su cariño no hable en favor de su hija desventurada?

Olvidóse de ese pedazo de sus entrañas, y forzosamente debe tener el corazon inaccesible á todo sentimiento tierno y apa-

sionado; porque esa hija desgraciada se formó en su seno y la alimentó en sus pechos, y el amor de madre es inmensamente grande, generoso y abnegado, y solo sabe perdonar los agravios y las faltas de los hijos, aun cuando por ellos viertan sus ojos lágrimas de sangre!

No es buena madre, porque tampoco vela por la reputacion de su hija menor.

¿Qué hombre de juicio recto querrá ser el esposo de la mujer que, falta de recogimiento, trata á los hombres sin recato alguno?

Si algun confiado se aproximó á ella con honrados propósitos, bien pronto desistió de su intento; porque el hombre honesto busca siempre para esposa á la mujer que tiene conciencia de los deberes morales y sociales, y sobre todo de la propia estimacion, y no busca jamás á la que á él se abandona, á la que, sin importarle un bledo la opinion de las gentes honradas, se atreve á salir de paseo con el novio,

sin la indispensable salvaguardia de la madre.

¿Y cuál es la madre que todo esto consiente?

La que carece de educacion moral, seguro guia de la mujer en su delicadísima mision sobre la tierra.

¡Que haya hijos tan dignos de lástima por el criterio estrecho de esas madres y la ausencia total de la enseñanza cristiana!

La mujer de quien nos ocupamos, siendo mala madre, ¿qué tiene de extraño que tambien sea mala esposa?

El pobre marido representa lo que un cero á la izquierda en todos los asuntos domésticos. Á él no se le consulta para nada, si bien se le exige para todo.

La niña hace lo que quiere y lo que no debe hacer, y la mamá hace lo propio.

Si él se atreve á manifestar su voluntad en esto, ó en aquello, ya las teneis hechas unas fúrias.

Enfermo y achacoso, casi siempre, sus

males se agravan por la fria indiferencia y la falta total de cuidados y miramientos de los suyos. Mientras él exhala ayes lastimeros, arrancados por sus dolencias crónicas, incurables, la hija se entrega á los placeres del canto y de la danza, y la esposa rie, hablando de esto y de lo otro y de lo de más alla. Les es insoportable la presencia del jefe de familia, pero la sufren *resignadamente*, porque sufraga los gastos indispensables de la vida.

¡No se concibe tanta perversion moral dentro de la propia familia, santuario de los afectos más puros, que se convierte, á veces, por desgracia, en repugnante albergue de las más ruines miserias humanas!

¡Ah! ¡Cuántos cataclismos sociales se evitarian con la educacion moral y forzosa de la mujer, base segura en que deben reposar la felicidad de la familia y el bienestar de los pueblos!

No pueden ser jamás buenos padres, ni

honrados ciudadanos, los hijos de madres que carecen de nociones, siquiera sean elementales, de moral cristiana.

Madre é hija, como dejamos dicho, habian contraido amistad con la *dama de los síncopes.* Y en amigable consorcio, colócanse todos los dias junto al balcon, y desde allí, atisban á los vecinos, y, á poco, empieza la *sinfonía de la murmuracion.*

La señorita es la que lleva la voz cantante, como que es la más atrevida y *salerosa*, y, sobre todo, la más *filarmónica.*

Y empieza àsí:

"Que si aquella deja los hijos pequeños abandonados y solos todo el dia, por estar de visita en la casa de las de al lado; que si las de más allá no son jóvenes, y aparentan serlo; que si ella se pinta, y él no es pintor; que si aquella recibe la visita de un jóven; que si ese jóven se casará, ó que si no se casará; que si se recogen temprano, ó se levantan tarde; que si salen, que si entran, que si vuelven

á salir, que si rien, que si lloran á destiempo, que si.... ¡la mar! la mar!

"Que si el dueño de la casa es intransigente; que si aquella quiere darse aires de señora, siendo hija de una pobre cocinera; que el militar luce los galones amañosamente; que aquella otra es un tipo ridículo, porque adornó su ventana con flores y macetas, y aquel otro un demente, porque pintó su puerta de oro y azul.

Y á este tenor, desde el propietario de la casa hasta el último inquilino, no escapan á las hirientes burlas de la *perfecta* vecina y *señora.*

Ella, que tiene tejado de vidrio, se atreve á arrojar piedras al tejado del vecino. ¿Habrá osadía semejante?

¡Terrible cosa que el uno no pueda cantar ó hablar, sin que la otra se sobresalte y se disguste, y se rebele contra lo que hace el de más allá!

Si aquella va de visita á casa de sus

vecinas, ¿qué le importa á nadie? ¿Depende de los vecinos, acaso?

Si aquellas tienen más edad que las otras, ¿es tambien una falta?

Que aquella ponga flores en su ventana, ¿molesta con esto á sus convecinos? Le gustarán las flores. ¿Y quién se puede reir de las flores? Solo un insensato ó un loco.

Que aquel se ocupa en pintar todos los rincones de su casa. Mejor para él, así la tendrá muy aseada. ¿No vale más ocuparse en cosas útiles que en murmurar?

Una amiga le decia á otra:

—Mira que dicen tambien que tu marido tiene la manía de pintarlo todo.

—Esas que lo dicen,—contesta la una, justamente indignada,—¿habrán hecho del vilipendio y de la impostura su regla de conducta?

¡Ah! si todas las manías fueren tan inofensivas y provechosas como la de mi marido, nadie tendria motivo de censura.

A buen seguro que los que se ocupan de la vida agena, murmurando si sale, si no

sale, si es viejo ó si es nuevo, si tiene hijos ó si no los tiene, si esto, si aquello, ó si lo de más allá, á buen seguro, repetimos, se creen impecables, y piensan que hablan y visten y se conducen irreprochablemente.

¡Cuánto más humanitario y más noble sería, que, lejos de mirar con prevencion lo que hace el de al lado, ó el de enfrente, se atendieran con recíproca urbanidad, guardando las buenas formas, para que la armonia, la buena inteligencia y la paz domésticas, reinasen siempre.

Porque la insidia, la murmuracion y la torpe impostura, rebajan los propios sentimientos y hacen desmerecer en el concepto ageno, á más de turbar la conciencia.

No puede ser bueno, ni digno de la consideracion de los demás, quien se burla de quien ningun daño le hace, y dedica todo su tiempo en pensar y hablar mal de otros. Es de todo punto imposible que abrigue su alma sentimiento delicado alguno, ni ménos ocupen su mente pensamientos puros y generosos.

Pero, si tuviéramos que seguir bosquejando los defectos morales de los vecinos de doña Elisa, sería el cuento de nunca acabar.

Hagamos ya punto redondo á esta serie de hablillas chismográficas, diciendo con el poeta:

"Á todas y á ninguna
Mis advertencias tocan:
La que se crea aludida,
Con su pan se lo coma".

Fácilmente se comprenderá por qué doña Elisa y su hija vivian siempre aisladas.

Hay séres tan dañinos, que no debería permitírseles la entrada en los hogares donde reina el órden y la tranquilidad; porque son la tea de la discordia, y, como el ángel malo, todo lo infaman.

Rosalía penetró en la vivienda de doña Elisa, y se admiró del cambio en ella operado. La salita había sufrido visible metamorfósis: un confidente, y varias sillas

entapizadas de vistosa cretona, y un costurero, y un escritorio, muy bonitos. En la otra pieza, veíanse dos camas de hierro con lechos muy limpios, y una cómoda, un armario, una pequeña biblioteca, varias sillas de guindo, y una mesa de comedor, muy bien barnizada, y de construccion elegante.

La anciana reposaba en un sillon muy cómodo, y á su lado, en una pequeña silla y entregada á sus labores, sentábase la simpática y angelical Maria.

Al ver entrar á Rosalía, Maria corrió á su encuentro, y ámbas jóvenes se besaron, como si fuesen antiguas amigas. que no se habian visto por mucho tiempo,

La anciana se sonreia con bondadosa expresion, cerrando un libro que tenia entre sus manos.

—¡Oh! ¡Éntre Vd! ¡Éntre Vd!—decia Maria cariñosamente, conduciendo del brazo á la esposa de Bernardo cerca de la enferma.

—¡Cuánta dicha experimenta mi alma

viendo á ustedes contentas! —al parecer— dijo la recien llegada, estrechando las manos de la anciana, é imprimiendo un beso en su arrugada frente.

—¡Sí, hija mia!—repuso—La Providencia es luz bienhechora, que nunca niega sus destellos á los que miran siempre al cielo.

—¡Ah! ¡señora! V. fué el primer reflejo de esa luz bendita, que inundó nuestras almas de íntimo regocijo,—profirió María, con los ojos arrasados en lágrimas, testimonio elocuente de la gratitud de su pecho.

—Óigame V., bondadosa niña,—continuó la anciana con acento conmovido—Hace dos dias vino á sorprendernos agradablemente una carta anónima, dando cubierta á un giro, por valor de cuatrocientos pesos, en la que se nos decía, que, sin escrúpulo, podíamos disponer de aquel dinero, porque era el óbolo espontáneo de la caridad, que abría paso á las justas aspiraciones de mi hija.

¡Vano sería que yo intentara explicarle nuestro gozo en presencia de un recurso tan inesperado cuanto perentoriamente necesario nos era!

¡Pensamos en V.! ¿En quién mejor? Las bendiciones y las preces de nuestra gratitud, al cielo han ido fervorosas, rogando por el bienhechor anónimo!

—¡Oh! bendito sea, quien quiera que fuese! — exclamó Rosalía.

—Aquí está la carta. Véala V.! —dijo María, entregándosela á la esposa de Bernardo. —El sobrescrito tiene una cifra, en forma de membrete.

Rosalía fijó sus ojos en la carta, y exhaló un grito de alegre admiracion.

—¿La reconoce V.?—murmuraron á un tiempo madre é hija.

—¡Oh! ¡sí! ¡Dios mio! ¡Es de mi hermana Catalina!

—¡Catalina!—repitieron las dos mujeres con expresion de infinita ternura. Y nada más pudieron decir. Una emocion

profunda las embargaba hasta el punto de impedir la emision de la palabra.

—Ya me lo explico todo!—repuso Rosalía, besando y estrechando el papel contra su pecho.—Yo le conté á mi hermana mi visita, hecha á Vds., y la impresion dolorosa que me causara la situacion aflictiva en que las hallé. Pero no comprendo cómo tan pronto ha podido Catalina reunir ese dinero, porque ella no es rica, ni tiene ahorros....

—Quizá su alma generosa ha hecho algun sacrificio en favor nuestro. ¡Cuánto le debemos á V., señora! ¡Ah! razon tuvimos al pensar en V. cuando así nos vimos favorecidas! ¡Su hermana debe ser un ángel, como V.!

—¿Como yo?...¡Ah! no, no!...¡Catalina es un ángel, sí. ¡Dios la bendiga!... Sí...! Esta es su misma letra, y este papel se lo regalaron las de Monviel, cuando fueron á visitar el pueblo, por segunda vez, y se hospedaron en nuestra casa.

—Si me lo permite V., ahora mismo

voy á escribirle á su bondadosísima hermana —exclamó María,—y luego prosiguió:

—¡Ah! ¡mi alma está impaciente por manifestarle la inmensidad de nuestra gratitud cariñosa!

Y la jóven dispúsose á escribir, miéntras doña Elisa decía á Rosalía:

—Ya se está imprimiendo la traduccion del francés, que habia terminado mi hija. Nos tiene más cuenta que darla á un editor. ¡Cuánta dicha nos trajo V. con su presencia querida, providencial para nosotras!

Rosalía, enternecida, y agitada su alma por emociones nuevas, no profirió palabra alguna, y con un signo y una sonrisa suplicó silencio á la anciana, indicando á María, que escribia afanosamente.

María, inclinada sobre el papel, dejaba escapar de sus ojos dulcísimas lágrimas de agradecimiento. Y sonreía, á través de su llanto, como sonrie el cielo tras el arco iris de bonanza!

¡Benéfica lluvia sobre las flores puras

del alma! ¡Qué perlas pueden competir con tu riqueza sin par!

Transcurrió toda la tarde en sabrosísima plática.

Pero cual si no fuesen bastantes las encontradas emociones sufridas, pues Rosalía comparaba las distracciones santas de su hermana con las suyas censurables, otro incidente inopinado dió márgen á que la esposa de Bernardo sintiera el alma conturbada y presa de insólita inquietud.

En tanto que María continuaba en sus labores, su anciana madre, á ruegos de Rosalía, reanudó la lectura, interrumpida con su presencia, no sin que ántes dijera doña Elisa:

—Accedo, porque sé que V. gozará. Es un poema de amor delicadísimo.

¡Oiga V.!

Habla una notable escritora española.

"Niña, y muy niña aún, la que esto escribe, amaba los escritos de un autor aleman, sobre todos los placeres de su edad: aquel aleman se llamaba Enrique Berthoud.

"¿Conoceis algo más tierno que las novelas de este hombre ilustre?

"No ha escrito muchas, porque los alemanes son más concienzudos que fecundos; pero, ¡qué bellas, qué tiernas, qué dulces y cristianas! ¡qué natural moralidad se desprende de sus páginas!

"Entre ellas hay una, cuyo título la forma un solo nombre: el santo y hermoso nombre de *María.* No es posible leer nada más suave, más dulce, ni más consolador.

"La protagonista es una pobre huérfana, que se casa con un mercader de paños, y acepta tal enlace con amor sin límites y con profunda gratitud.

"Ya anciana, y el dia en que se ocupa de los preparativos de la boda de una de sus nietas, llegan los más ilustres caballeros de Inglaterra á ofrecerle la corona de aquel reino.

"La que durante sesenta años se creyó una bastarda, fruto desgraciado de algun amor oculto, era hija de una reina, de legítimo enlace, heredera de uno de los tronos

más poderosos del mundo, y aquel reino la llamaba para que lo gobernase.

—“¡No!—responde la anciana María á los embajadores.—Yo soy nada más que la esposa de Juan Pastelot, honrado pañero de la ciudad de Gante.

“Cuando él se casó conmigo, era yo una pobre huérfana, recogida por caridad.

“Hoy no le dejaré ni por una corona.

“La princesa María no existe. Solo está aquí la madre Pastelot.

“¡Id, señores, y elegid otro rey!...Yo no dejaré el gorro blanco de la mujer del pueblo, por la corona del Reino Unido!

“Los embajadores pidieron á la noble anciana que les permitiese besar su mano, endurecida por el trabajo, y ella accedió con la majestad plácida de la virtud.

“Luego se volvió á sus hijos y nietos, y les dijo:

—“¡Cuidado con decir nada de esto á padre! No es menester que me crea más de lo que soy y he sido, desde hace cuarenta años: su esposa, su mejor amiga,

que le obedece y respeta tanto como le ama!

"Y ahora, prosigamos haciendo la torta de boda.

Cerca ya de la muerte de su santa compañera, el viejo Juan Pastelot supo el sacrificio que María habia hecho al amor conyugal, y se arrodilló al lado del vetusto sillon, lecho de la agonía más apacible y más dulce, besándole las manos, que regaba con sus lágrimas.

—"¿Por qué me das las gracias?—preguntó la anciana.—Yo soy la que toda mi vida te ha profesado la más tierna gratitud, y, bendiciéndote, muero, mi noble Juan!

"Héme aquí rodeada de mis hijos, de mis nietos.... ¡Ya llego al fin de mi carrera con tanta paz como he vivido, gracias á tí, mi bueno y tierno compañero.

"¿Puede compararse un trono con las santas alegrías que han embellecido nuestro hogar? No he sido tu igual, Juan, sinó muy inferior a tí: tú has sido el

varon fuerte y prudente, sosten de su casa: yo, la mujer flaca, que solo sabe amar y rezar.

"Como hemos vivido en el mundo, nos colocará Dios á los piés de su trono de gloria: ¡unidos para siempre!

En mi tumba, que yo misma compré é hice preparar, hay dos sitios: el uno es para tí, y en él colocarán tus cenizas nuestros hijos y nuestros nietos: ya está grabado el epitafio, que dice: "*Aquí yacen maese Juan Pastelot y su esposa María.*"

El viejo Juan sobrevivió muy poco á su compañera, y á los dos meses fué á buscarla al cielo.

Ved en esta tierna y sencilla historia poetisado el santo sacramento del matrimonio.

La imaginacion del ilustre aleman la ha revestido de las preciosas galas del ingenio.

Esta historia está impregnada de un perfume más suave y más rico que el

que exhala un frondoso bosque en una mañana de Mayo.

Libros como este son los que la mujer debe leer."

....

Doña Elisa terminó la lectura, y cerrando el libro, exclamó:

—¡Cuánta moral dulce y cristiana, y cuánta belleza encierran estas páginas!

—¿No es verdad, hija mia, que encierran perfume delicadísimo, que inunda por completo al alma de esperanzas consoladoras?

La pregunta iba dirigida á Rosalía; pero ésta no la habia oído.

Aquella lectura, cual si hubiese sido buscada exprofeso para increparle su proceder, encerraba una leccion severísima.

¡Cuán diferentes, ella y la anciana María, que no quiso abandonar á su esposo, prefiriéndole á todos los honores y todas las riquezas del mundo!

Y Rosalía habia dejado á su marido, triste y solo, quizá enfermo! Y todo ¿por

qué?.... ¡Ah! por el lujo que la fascinaba, por halagos de la fortuna agena que la enloquecían, por el torpe afan de vestir el cuerpo, desnudando el alma!

No pudiendo disimular su mortificacion, después de aquella lectura severamente acusadora, se despidió precipitadamente de sus amigas, y huyó á su casa, no sin que á doña Elisa y á su hija dejara de llamarles fuertemente la atencion cambio tan repentino como inopinado.

Llegó al domicilio de las de Monviel, sin que pudiera desechar el profundo disgusto que le causaba su propia conducta para con Bernardo, y corrió á encerrarse en su aposento, avergonzada de sí misma.

Allí había sobre el escritorio carta de Marvel.

Era de Catalina.

¡Su Bernardo no le escribía!

Dejóse caer en una butaca, y leyó con avidez la epístola de Catalina, concebida en los términos siguientes:

"¡Inolvidable hermana mia!

"Ante todo déjame que me asombre de lo mucho que has progresado en la capital.

"Tu carta última contiene palabras tan nuevas para mí, que obligáronme á consultar la sabiduría del señor cura, para estar al cabo del significado de ciertas vocesillas, que me son enteramente desconocidas, y que, por otra parte, atestiguan tu roce continuo con la gente de lustre.

"Todas las bellezas que me pintas con tan vivos colores, no me sacan, ni me sacarán, de mis casillas.

"Mi vida es muy distinta de la tuya, y yo la encuentro deliciosa, á pesar de hallarla tú tan monótona y tan prosaica.

"Me levanto con el alba, cuando los gallos cantan, y se oye el cencerro de las vacas, y la lejana canturia del campesino, que se encamina á las faenas de la labranza.

"En un decir ¡Jesús! me visto y aliso

mis cabellos, y luego preparo el desayuno de mi Antolin, porque no quiero dejar á Marieta esta tarea, tan preciosa para mí.

" Y una vez que mi amante compañero se ha puesto á trabajar en el molino, y como nuestro padre se levanta más tarde, me ocupo, ayudada de Marieta, en asear y arreglar la casa.

" Luego, voy al corral, en donde me rodea mi familia alada, mis gallinitas y mis polluelos, tan hermosos con sus plumas blancas, doradas y negras, y el amoroso cacareo con que llaman á sus hijuelos.

" Te aseguro, que al sentir la brisa olorosa del campo, viendo aparecer el sol tras los elevados picos de los cerros, en donde ya resuenan las campanillas del ganado y el balido de las ovejuelas, y al mirar el blanco y airoso campanario de nuestra santa iglesia, y oir los cantos dulcísimos de los pajarillos, que se bañan en el arroyuelo, y que luego pueblan la arboleda, me siento tan feliz y tan dicho-

sa, que no puedo por ménos de reirme de placer, mirando el cielo con gratitud, por la placidez y por la ventura que derrama pródigo sobre nosotros.

"Y has de saber, querida hermana, que á todos mis íntimos pensamientos va siempre ligado al nombre dulcísimo de mi marido. Cuanto más contenta estoy, en medio de estos campos feraces, tan risueños y tan lozanos, más y más se graba en mi corazon la imágen querida de mi honrado y laborioso Antolin...! ¡Antolin de mi alma! ¡Cuanto me quiere.. !

"¡Ah...! ¡Si tú supieras...!

"Desde que empecé esta carta, estoy por confiarte un secreto preciosísimo; pero me lo he guardado para saborearlo á mis solas.... ¿No lo adivinas?... ¡Tonta!... Es un algo imponderable, imposible de describírtelo con su color propio, algo que, cuando lo descubrí, pensé enloquecerme de alegría y de placer...!

"¡Qué feliz soy...! ¡Ah! hermana de

mi alma! ¡Me siento madre!... Sí, ya se han revelado todos los signos del nuevo sér que se agita en mi seno.....!

"¡Cuán grande es mi dicha! ¡Dios mio!...¡Bendito seas!

"Desde ese instante supremo, todo cuánto me rodea me parece más hermoso...!

"Las flores del jardin, pienso que me cuentan infinitas cosas tiernas y dulces cuando las cuido....! Y hasta los pajarillos de mi huerto cantan mi ventura, participando de mis alegrías, y se me figuran más murmurantes las aguas del manso rio y más tierno el arrullo de las palomas...!

Es el himno de gratitud, elevado al cielo por el bien que me depara, y que mi alma traduce en las mil armónicas voces de la naturaleza.

"¡Con cuánto amor miro las madres que llevan en sus brazos los hijos pequeñuelos de sus entrañas, sonrosados y rollizos, y que apenas balbucean el angélico nombre de ¡madre!

"No puedes tener una idea del júbilo de mi Antolin y la satisfaccion inmensa de nuestra madre querida y de nuestro padre amado...! ¿Y Marieta? ¡Oh! Marieta no sabe lo que le pasa, de alegre que está...! Me enternece y me hace reir las más de las veces.

"Por ejemplo: Cuando viene muy sigilosa y me entrega un pequeño envoltorio, conteniendo.... ya un gorrito, tejido habilidosamente; ya una camisilla, bordada con primor.... ¡Pobrecita Marieta...! ¡Qué buena es...! ¡Cuanto la quiero...!

"¡Ah...! Mi querido Antolin no sabe cómo cuidarme; todo le parece poco para evitarme la más lijera molestia, ó el desagrado más pueril. Nuestro placer no tiene límites; pero.... hay, sin embargo, una nube negra en el purísimo cielo azul de nuestros amores, que la constituyen tu ausencia indefinida y el malestar continuo de Bernardo.... ¡Pobrecito!

"Nunca te nombra. Tú bien conoces las

condiciones más salientes de su carácter: pruden te, sufrido y reservado.

"Pero en cuanto, le hablamos de tí, toda su alma se asoma á sus ojos, ansiosos de verte.

"¡Casi siempre le sorprendo secretas lágrimas! Ha encanecido mucho más, y tu ausencia le matará!

"¿Cómo es posible, Rosalía, que tú puedas vivir y gozar lejos del amante compañero de tu vida, y que prefieras los placeres fugitivos y enervantes de ese mundo nuevo, que no es el tuyo, y desprecies las dulzuras apacibles del lugar que te vió nacer y que te brinda con todos sus atractivos de paz y de venturosos dias....?

"¡No lo concibo, ¡ea!

"Perdóname, querida hermana mia, si con mis reflexiones, que considero justas, incurro en tu desagrado. Te amo con toda mi alma para dejar de avisarte lo que, en mi sentir, más te conviene.

"¿Qué provecho práctico recoges tú acostumbrándote á un género de vida,

que forzosamente tendrás que abandonar, tarde ó temprano, porque no te pertenece, y porque la voz del cariño y del deber te llaman allí donde te corresponde estar . . .?

"¡Ah! Piensa bien lo que haces, hermana mia! Y reflexiona y recapacita que sobre tu conciencia pesará mañana terrible responsabilidad, si por tu sola culpa sufren los que te aman!

"Los placeres y los goces, cuando no son legítimos, empañan la pureza del alma.

"Y Jesucristo ha dicho: "*El que me ame tome su cruz y sígame.*"

"¡Por Dios, Rosalía! Piensa que entre llorar penas y llorar culpas, la eleccion no es dudosa.

"Lo primero lleva en sí la dulce esperanza del consuelo bienhechor por el deber cumplido, miéntras que, el segundo caso, ¡ay! tiene todo el sabor amarguísimo del mal obrar!

"Y la virginidad del alma, es como el aroma de la flor, que no vuelve á su corola después de marchita.

" ¡Rosalía! ¡Rosalía! Ven junto á tu honrado esposo, que te espera con los brazos abiertos!

"Nuestro afecto y nuestras solícitas atenciones para con él no son bastantes á mitigar su quebranto. Y temo que enferme... ¡tan cambiado está...!

" Todas las noches vamos, Antolin y yo, á hacer compañía á nuestra madre y á Bernardo... ¡Pobrecita madre mia! No cesa de llorar desde que te fuiste....! Y tu marido rehuye todo trato y toda sociedad. Apenas va á sus trabajos del molino. Diríase que quiere estar á solas con su dolor; pues se va, á veces, fuera de casa, y miéntras en ella estamos, le vemos darpaseos de arriba á abajo por delante de la puerta, envuelto en la oscuridad de la noche, no distinguiéndose más que la lumbre del cigarro, que le acompaña, como mudo confidente de sus pesares!

" No sé lo que pasará por el alma de tu marido; pero se adivina que debe sufrir horriblemente, creyendo que tú, cuando así te alejas, ya no le amas.

"Muchas veces le he sorprendido como abismado en pensamientos profundos ante tu tocador. Diríase que encuentra triste consuelo en la contemplacion de todos los objetos que te pertenecen, por él adquiridos.

"¡No esperes que él te llame nunca! Antes morirá sin exhalar una queja. Su carácter reservado y sufrido, es tan diferente del de mi Antolin! Te lo voy á decir con franqueza....Si yo intentara un dia cometer un desacierto como el tuyo, mi esposo me cojería de una oreja, diciéndome, sin más preámbulos: "¡Señora! ¡Su deber es estar junto á su marido, y con él se queda V.! "

"¡Ay, Dios mio ...!Cada vez que pienso en la vida que llevas ahí, me estremezco de miedo!

"¡Qué hábitos, Virgen Santa! ¡Qué mar de fiestas! ¡Qué locura de lujo! ¡Cuánta hueca vanidad! ¡Jesús! De cuántos trajes me hablas, y cuánto salir y cuánto entrar en un solo dia!

"Yo me hubiera enfermado de tanta fatiga.

"¿Y ese afan de exhibicion, ya en visitas, ya en teatros, ya en bailes, ya en paseos? ¡Cuánto dinero costará todo eso! ¿Y para qué? Será necesario poseer una fortuna inmensa, para tirarla de esa manera, y que nunca se agote....!

"¡No sé, no sé cómo se arreglan ahí! Porque aquí, hija mia, que vivimos con tan poco, á veces, nos falta para lo más imperioso, como nos ha sucedido estos dias, en que el molino no había producido lo bastante, y, necesitando dinero, tuvimos que vender un pequeño campo, para poder seguir viviendo.

"Felizmente ahora todo prospera, sin necesidad de reducir nuestros gastos, como habíamos pensado. Verdad es, que somos económicos y jamás sacrificamos un céntimo á la realizacion de cosas supérfluas.

"Yo no me he hecho vestido este verano. Uso el mismo del año pasado, aquel de muselina, con pequeños ramitos, tan

bien lavado y planchado, que, cuando me lo pongo, mi marido me dice: "¡Estás preciosa! ¡Pareces una flor de manzano!"

"Comprenderás, querida mia, que yo me quedo muy ancha, porque nada me halaga más que un piropo de mi Antolin.

"Y la verdad es, que el vestido de muselina me queda muy bien, y con él voy tan fresca, tan cómoda y tan pulida, que no lo cambiaría por ningun otro, por más rico y más lujoso que fuera.

"Yo no puedo escribirte tan largo como tú; pues bien conoces mis quehaceres domésticos, y sabes que me gusta estar en todo, para que Antolin y nuestro padre siempre tengan, disponible y á su placer, todo cuanto apetezcan. Y además, le ahorro mucho trabajo á mi buena Marieta.

"¡Ah! Se me olvidaba decirte, que el señor cura está cada vez más gordo y más contento. Dice que es debido á la leche de nuestras vacas. Pero yo pienso, que, en realidad, lo que á él le aprovecha

es el gozo de tener pan para socorrer á los pobres. ¡Dios le dé cada vez más!

"¡Adios, querida é inolvidable hermana mia! Y piensa con mucha reflexion en todo cuanto te dice mi cariño, sin querer agraviarte—¡bien lo sabe Dios!—y no olvides nunca que todos suspiramos por verte entre nuestros brazos contenta y dichosa!

"¡Te abraza y te besa con el alma tu

CATALINA."

Rosalía terminó de leer la carta. Sus ojos permanecieron secos, y sus mejillas adquirieron el vivo color de la grana, y su pecho respiraba con visible agitacion.

—¡Dios mío!—murmuró al fin, cruzando las manos sobre el pecho—¿Seré yo mala, sin sospecharlo siquiera? Pero, ¿por qué? ¿por qué me causan tédio aquellos lugares, y éstos me cautivan tanto?.. Catalina nada me dice de María, ni de doña Elisa... Y han vendido un campo...! Indudablemente para enviar dinero á aqué-

llas... Catalina, en vez de merecer lástima, ¿será digna de admiracion? ¿Tendrá razon mi hermana en todo cuanto me dice?...¡Mi marido sufre...! ¡Oh!...Es necesario que se venga, sí. No hay otro remedio. Juntos viviremos felices...Yo no podría ya volver al pueblo, habiendo gustado de estas delicias...¡Ah!... ¡Cómo renunciar á tantos halagos!....Imposible!...Me moriría!...Sonrisas, belleza y luz por donde quiera que fijo la mirada...! Mimada, querida y agasajada de todos..! Pero...¿Y mi madre? ¿Y mi hermana? ¡Ah!...¿Seré yo, sin quererlo, la causa de...?

La presencia repentina é inopinada de Beatriz puso término á este soliloquio incoherente, á este desórden de ideas, que bullían en el cerebro de nuestra heroína.

La jóven viuda, con una rápida mirada, se hizo cargo de la situacion difícil de Rosalía.

La carta que vió sobre sus faldas y la brillantez inusitada de sus ojos, y sus me-

jillas arrebatadas, no le dejaron asomo de duda de que su huéspeda hallábase en aquel momento bajo la influencia dolorosa de fuertes y encontradas sensaciones.

—Quizá el marido la llama —pensó rápidamente, y, sentándose junto á Rosalía, con afabilidad, le dijo:

—Te preparo una sorpresa...!

—¿De veras?

—¿A que no lo adivinas...?

—No, no acierto.... pero indudablemente será alguna nueva fineza tuya. No sé cómo corresponder á todas vuestras atenciones cariñosas. Tanto tú, como Laura me prodigais los más esquisitos obsequios.

—Porque eres muy hermosa,—díjole con volubilidad.—Tú eres una perla, hasta hace poco, escondida entre la maleza, y ya ves cómo todos nuestros amigos, á un tiempo, te tributan sus homenajes de cariñosa admiracion. Cábenos á nosotras la gloria de haberte hallado, y á tí la de imponerte por tu propia hermosura.

—Sí, sí, bien yo sé que todos sois muy amables para conmigo—respondió Rosalía, confusa y feliz, ante aquella descarga de ditirambos.

—A propósito,—exclamó la viuda con especial entonacion.—Esta noche estamos de gran baile. Asistirá nuestro particular amigo, el ministro. Ya sabes cuán afable y bueno es. ¿Le hablarás de tu marido?

Rosalía se ruborizó, y Beatriz clavó en ella una mirada investigadora.

—Sí; estoy decidida: le hablaré,—repuso Rosalía, más bien respondiendo á su propio pensamiento, que á la pregunta de su interlocutora.

—Pues bien. Llegó el momento. Ven. Esta noche estarás arrebatadora.

Se dejó conducir á un pequeño salon, próximo al suyo, en donde Beatriz habia preparado la sorpresa de que le habló.

Rosalía no pudo por ménos que exhalar un grito de alegría y de admiracion en presencia de lo que se le mostraba.

Estendido sobre un sofá, veíase un regio

traje de baile, de *peluche* y *satin duchesse*, color marfil, guarnecido de valiosos encajes, del mismo color. No podia darse nada más distinguido, más artístico, ni más deslumbrante de riqueza. Y junto al brillo de la seda, irradiando vivísimas y centellantes luces, hallábase un soberbio aderezo de perlas y de brillantes.

Rosalía se encaminó hácia el sofá, y sus manos temblorosas resbalaron sobre la rica seda, acariciando los encajes, y sintiendo en todo su sér un estremecimiento voluptuoso, que la mareó dulcemente.

Sus ojos no se apartaban ni un solo instante de los estuches, que guardaban las joyas, como si éstas fuesen portadoras de su felicidad positiva.

Volvió la mirada, al fin, para fijarla en su amiga; pero ya era tarde: habia desaparecido.

¡Pérfida serpiente! ¡Destilaste el veneno ponzoñoso de la tentacion, y huiste para que se filtrara más y más en el seno confiado de la infeliz acechada!

—

Beatriz y Laura habíanse apoderado por completo de la voluntad de Rosalía, y exhibíanla como á una muñeca rara, por su hermosura, que atraía en torno de sí la admiracion de todos, admiracion que crece de una manera imponderable, cuando esa muñeca está, como en el presente caso, animada de un espíritu impresionable y de un corazon ardiente y apasionado.

La mujer hermosa, por lo general, no permite nunca junto á sí mujer alguna que pretenda disputarle el cetro de la belleza.

Pero, tambien existen mujeres, que, como Beatriz y Laura, gústales desempeñar en sociedad el papel nada envidiable de tentadoras. Y su torpe triunfo consiste en la caída de la incauta que se dejó vencer por la seduccion de la perfidia.

Imitan á los emperadores romanos, que se divertian con los juegos sangrientos que celebraban en sus circos, y que les ofrecian el espectáculo doloroso de víctimas inocentes, inmoladas en holocausto de su efímero poderío.

V.

¡Pobre Rosalía!

Transcurrió mucho tiempo sin acordarse de ninguno de los suyos.

Las de Monviel, aferradas á su presa, enloquecíanla más y más: los halagos no cesaban. Todo era armonías, flores y luces, en torno de la visionaria esposa de Bernardo. Las horas y los dias deslizábanse sin sentir, deslumbrándola por completo.

Rosalía pensaba que solo transcurrian minutos para saborear tantos goces, nunca suficientemente bien gustados; pues cuanto más vivas eran sus sensaciones, mayor

era la avidez que despertábase en su alma por los placeres nuevos.

¡El ángel bueno habia huido lloroso de su presencia!

¡Y el ángel malo habíase posesionado en absoluto del alma de Rosalía!

¡Ah!... ¿Trocar aquellos goces y aquella fastuosa opulencia por la vida sedentaria de su pueblo natal...?

¡Imposible! ¡Fuera locura pensarlo!

El estremecimiento de placer voluptuoso que esperimentaba cuando sobre sus espaldas desnudas rozaba el abrigo de raso y pieles, como dulce caricia, la embriagaba hasta el punto de adormecer por entero los santos recuerdos todos, que residian allá en lo más escondido de su alma.

Habia llegado á tal estremo la supremacía de su natural elegancia y de su buen gusto, que su presencia en los salones era un acontecimiento. Sus prendidos, siempre nuevos y caprichosos, llamaban poderosamente la atencion de las mujeres, y todas se apresuraban á imitarla, y, de-

seosas de saber quién era la modista que la vestia, trataban de inquirir sus señas. Y Rosalía, sonriente y rebosante de placer, complacíalas á todas hallando en ello nuevo estímulo á sus aficiones peligrosas.

Pero, ¡ah! aquellas iban apresuradamente á encargar trajes, y resultaban luego de un gusto dudoso.

El sentimiento de la elegancia y el del arte verdadero en el vestir, eran innatos en Rosalía, y su imperio imponíase á la modista que confeccionaba sus vestidos.

De ahí que los suyos resultasen siempre irreprochables, y defectuosos los de las que pretendian imitarla.

En medio de todos estos triunfos, Rosalía pagaba los favores de sus amigas, con las manifestaciones de la gratitud más ardiente.

Las señoras de Monviel, veíanse rodeadas dia por dia de más y más amigos, convirtiendo su morada en palacio encantado, donde, cual soberanas, predominaban en todo y por todo, y muy especialmente en el

ánimo de su beneficiada, quien, á ellas unida por el fuerte lazo del agradecimiento, no tenía más voluntad que la agena, subyugada por la influencia avasalladora que fatalmente ejercen ciertos séres, y que hace de los espíritus débiles sus eternos vasallos.

Rosalía era el reclamo,—dirémoslo así—de que las dos hermanas valíanse para rodearse de generales consideraciones y de provecho propio.

Y la atolondrada esposa del infeliz Bernardo, á favor de los estímulos y los ejemplos de emulacion nada edificantes, puestos en práctica por sus *bienhechoras,* tornóse muy luego de crisálida en mariposa.

Su belleza deslumbrante adquirió todos los matices de la vida en ebullicion; todo el vigor y la lozanía de una juventud luciente y embalsamada; la vida, en fin, con las rientes galas de su primavera, de su atraccion explendorosa é irresistible, y de su arrebatador influjo.

Lanzada en aquel laberinto, perdida en aquel mar de emociones sucesivas, nues-

tra heroína olvidó involuntariamente á sus amigas, la bondadosa doña Elisa y la virtuosa María.

Y volando los dias ¡ay! como aves de mal presagio, transcurrieron noventa, sin escribir al pueblo, contestando las cartas de su hermana, como si el miedo entorpeciera su brazo. Y parecía haberse olvidado hasta de su buen esposo, y de su misma madre!

¡Ah! tambien enmudecieron las voces queridas que del pueblo venian á confundirse con el bullicio é insano clamor de la ciudad.

¡Eran sonrisas del cielo, que apagáronse por negras nubes que las cubrieron!

....

El ministro prodigaba á Rosalía el incienso de sus lisonjas, y dia tras dia asegurábale á la esposa la promesa de un destino brillante para el esposo.

Y ella, fijo su pensamiento en los devaneos del lujo y su séquito de admiradores, suspiraba por el instante en que Ber-

nardo, protejido por la dádiva oficial, comenzara á recorrer el camino ascendente de la fortuna.

Y el ministro, halagando el amor propio de su amiga y las esperanzas del mañana con frases hechas, si bien dulces é insinuantes, describíale un mundo hechicero, ignoto, algo así como un paraíso delicioso—sin serpiente, por supuesto—pero con una Eva, cual otra Vénus *Urania*, fruto del árbol de la dicha terrenal.

Rosalía, confiada—¡mujer al fin!—escuchó, embebecida, aquellos acentos egoístas, y su alma sin malicia, con remontado vuelo, cernióse en las regiones de lo infinito, miéntras su corazon latía con fuerza abrumadora, y todo su sér se estremecia, como herido por una corriente eléctrica.

El ministro, hombre experto, avezado y ducho en estas lides, y en achaques de la vida social, refractario por instinto al amoroso yugo del matrimonio, que vivia la vida del celibato más recalcitrante, por

conservar incólumes su libertad y sus prerogativas de hombre galante, experimentó placer inmenso al convencerse de la fé ciega que habia despertado en el alma sencilla y buena de Rosalía, con la aparente seriedad de su generosa y espontá nea proteccion.

¡Ah! heresiarca impío!

Contaba el farsante ministro cuarenta y dos otoños, y á su físico atrayente reunia la elegancia de su porte y la distincion de sus maneras. Era más bien grueso que delgado; la frente, muy ancha, con visibles señales de calvicie; el cabello, fino, de color castaño; el cútis, blanco; la mirada, inteligente y acariciadora; y, por último, largo y sedoso bigote, que completaba su varonil conjunto.

Las de Monviel salian á hacer giras campestres, y, en lucida cabalgata, de quince ó veinte ginetes, salian á gozar de los placeres de un dia de campo.

En las últimas excursiones, efectuadas á fines de primavera, Beatriz y Laura,

comenzaron á notar la marcada predilec·cion del ministro por Rosalía. Beatriz alarmóse. Estos no eran sus cálculos. El secretario de Estado habia tenido preferencias para con ella, y su corazon no se habia mostrado sordo á sus galanteos.

¿Cómo, pues, se desviaba hoy de su persona sin causa ostensible?

Ella habia querido servirse de Rosalía. Es decir: la esposa de Bernardo debia ser el anzuelo que atrayera el pez gordo. ¿Y el juego se volvió en su contra?

¡Imposible!

Beatriz tenía confianza ilimitada en la virtud de Rosalía. Sabía que ésta era honrada, y que, aun distante de su esposo, le amaba y le respetaba lo suficiente para no incurrir en una infidelidad conyugal, y para ahuyentar toda sospecha en daño de su marido, no confundiéndose con las desgraciadas, que, olvidando lastimosamente su propia dignidad, y hollando los más sagrados sentimientos, se entregan en brazos de la liviandad, para obtener,

por único fruto, el desprecio de las gentes, el desafecto de los propios y el envilecimiento de sí mismas!

Mas ¡ah! tambien suelen mancharse en el lodo sin quererlo las álas blanquísimas de paloma inocente!

....

Así las cosas, aconteció algo notable en la morada de las de Monviel, y que pasamos á referir.

Rosalía sorprendió entre dos criados el significativo diálogo siguiente:

—Yo no sé cómo acabará esto.

—Vamos mal. Las señoras han perdido ya varias de las fincas que tienen hipotecadas. Y el usurero, que les da dinero á rédito, cada dia las apremia más y más en el cumplimiento de los pagos.

—Yo sé que para comprar un aderezo que la señora Beatriz debía llevar al último baile del banquero X... ha tenido que enajenar la posesion de campo que tenía en D... (pequeño pueblo del Uruguay, próximo á Marvel.)

—Y así irán vendiéndolo todo, para gastarlo en un lujo que no pueden sostener. ¡Buenos tiburones las rodean para poder salvarse del naufragio! Asustan las cuentas de la modista, del joyero, del tapicero... y no digo nada de las principales tiendas, entre ellas, *El Progreso* y *La Ciudad de Lóndres...!*

—¿Y la agregada? ¡Pues no gastan poco en la prójima,—que digamos!

—¡Calla! que sus miras particulares tienen ellas...

—Pues los cálculos van saliendo errados. En vez de ir adelante, van para atras, como el cangrejo.

—¿Qué piensas hacer tú?

—Yo...? Nada. *A rio revuelto...* Ya sabe lo demás.

—Pues me declaro tu aliado.

Y aquí terminó el diálogo.

Rosalía, confusa y llena de sobresaltos, esperó á que los hechos confirmasen la especie propalada, si bien inclinóse á

pensar que todo aquello pudiese ser tan solo cháchara de criados.

Pero no tardó en convencerse de la triste realidad.

Notó con extrañeza, que la semana había transcurrido sin que sus amigas la obsequiasen con alguna alhaja ó vestido nuevo.

Ni los bailes fueron ya tan frecuentes.

Y adivinábase con poco esfuerzo que las de Monviel se sacrificaban locamente por mantener enhiesta la bandera de la hueca ostentacion.

Hallábanse en el declive tenebroso que conduce inevitablemente á las puertas de la pobreza, y ello era fuerza sacrificarlo todo, á todo trance, sin mirar atras, sin pararse en barras, para cubrir las apariencias, y seguir siendo *gente de arraigo*, y elegidas y mimadas de la fortuna veleidosa.

Era menester no faltar en los paseos públicos, ni en los teatros, ni en los bailes; porque sinó... ¿qué se diría?

¡Oh! sobrevendría el ridículo, mucho más espantoso que la misma miseria!

¡El ridículo! Blanco de la mirada burlona y despreciativa de los amigos de ayer!

¡No! ¡Eso jamás!

Y una vez colocadas en este órden de ideas, alterado el sistema nervioso y puesta en prensa la imaginacion para arbitrar medios de combate contra lo inminente de su ruina, las dos hermanas experimentaban mortal angustia, que, oprimiendo sus pechos, las obligaban á delirar.

Por este camino tortuoso, y con afan tan insano, queda siempre malparada la propia dignidad. Porque, para lograr el fin que perseguían, era forzoso desoir el dictámen de la prudencia mesurada, y pasar por encima de todo escrúpulo y de todo sentimiento delicado.

La pendiente es resbaladiza, é irresistible la atraccion del abismo.

Empero, hay un solo punto luminoso en donde tienen fija la mirada: el lujo!

Y para arribar á él, es fuerza arrostrarlo todo, todo, absolutamente todo, hasta lo más caro: el honor!

Y una vez perdida totalmente la conciencia de la propia estimacion, ¿qué puede esperarse ya?

En el inmoderado afan del lujo ¡cuántas y cuántas mujeres irreflexivas han trocado el tesoro invalorable de su honra inmaculada por una joya perecedera!

¡Insensatas!

Y las de Monviel, arrastradas por la torpe mano de la engañosa vanidad, que tantas víctimas ha inmolado á su imperio, no titubearon ni un instante en someterlo y sacrificarlo todo al bien parecer.

Juzgaron que lo principal era seguir llamando la pública atencion con su auge y su boato, aun cuando solo fuese en la apariencia, y continuar despertando envidias.

¡Siempre el mismo insensato afán!

Este no quiere ser ménos que aquel.

El furor de las pasiones torpes viene

siempre aparejado del olvido de todo sentimiento grande y generoso.

El caso es vivir con esplendidez, cubriendo las apariencias brillantemente, aunque esto se haga con el producto vergonzoso del tapete-verde, ó el de la honra mancillada!

¡Ay!... ¡A cuántos desaciertos semejantes conducen las pasiones peligrosas del lujo y de la vana ostentacion!

El pobre hace titánicos esfuerzos por gozar de las mismas prerogativas del poderoso, que, sin menoscabo de su honra, puede gastar á su antojo, miéntras aquél, en su lucha insensata contra los imposibles por salir de su natural esfera, pierde hasta la propia dignidad, y el sosiego irreemplazable de la conciencia!

Y tambien el potentado, cuando ve arrastrarse por los suelos su pompa y su grandeza efímeras—que todo es finito en la tierra—y que creyó imperecederas, pretende correr tras la fortuna loca que se le escapa, y en su carrera acelerada

é irreflexiva, no echa de ver el desdichado, que va en pos de su total ruina, de su propia muerte, cuando pudiera haber salvado al ménos la paz del espíritu, único y envidiable patrimonio de la pobreza sufrida y resignada!

Alguien dijo: " La vanidad es la gloria de las almas pequeñas."

¡El lujo!...¡Ah!...¡El lujo!

¡Cuánto se ha escrito y cuánto se ha declamado en contra de esa *lepra social,* de ese *ídolo de barro*, sin que por ello haya sufrido nunca desprestigio alguno su reinado, que solo acarrea inocentes víctimas y ruinas desastrosas!

Y nuestra América querida, que tan solo debiera ostentar orgullosa las naturales, vírgenes, lozanas y rientes galas de sus propias bellezas privativas, siéntese hoy contaminada por la malévola influencia de ese *flagelo*, importado de las ráncias costumbres de pueblos europeos, en donde el lujo con su cohorte de prosélitos, háse entronizado, de tiempo in-

memorial, como rey déspota y absoluto.

El Nuevo Mundo, en donde la sávia de la vida bulle y se extiende con maravillosa fecundidad, produciendo saludables y hermosos frutos, ¿por qué consiente á sabiendas que esa *filoxera de la moda* devore las raíces del árbol frondoso y exuberante de sus bellezas, de sus costumbres sencillas?

A fuer de narradores imparciales, queríamos con nuestra mal cortada pluma, y sin alardes de moralistas, penetrar hondo, muy hondo en esta materia de palpitante y vitalísimo interés en la vida comun de las sociedades, y sobre todo, de sociedades de pueblos nacientes.

Pero... ¡ay!... son tan débiles nuestras fuerzas y tan escaso nuestro vuelo, que sólo á remontar se atreve allí donde anida la ignorada avecilla torcaz, sin que jamás logre seguir el atrevido y elevado vuelo del cóndor de los Andes, que se cierne sobre las nubes.

Cuando esto decimos, celébrase pompo-

samente en la ruidosa Buenos Aires una fiesta, nueva entre nosotros, y asiáticamente lujosa, con el nombre pintoresco de: "*El Corso de las flores*" y con el más laudable de los fines: el de socorrer al desvalido.

Pero.... si noble y levantado es el objetivo que se persigue, no es ménos lastimoso y deplorable el resultado práctico de los elementos empleados para la consumacion de esta idea santa: ¡caridad!

¿Por qué?

Porque, piadosamente discurriendo, no es caritativo tirar mil para dar uno.

¿Por qué?

Porque el pueblo, las clases trabajadoras, reciben con el novísimo espectáculo una enseñanza asaz perniciosa.

Y porque, aun cuando parezca paradógico, el hecho en sí mismo y analizado á la luz del criterio más romo y más estrecho, no entraña otra virtualidad decisiva, que.... la exhibicion de la hueca vanidad y su séquito numeroso de

idólatras, á espaldas de la caridad bendita.

"El lujo es la emulacion de la vanidad."

Cítanse las clases pudientes, y acuden presurosas á disputarse el cetro fascinador y engañoso de la supremacia del lujo.

Individuos hay que gastan ingentes sumas de dinero en la adquisicion de troncos y carruajes, soberbiamente ajaezados; trajes maravillosamente confeccionados; de joyas deslumbrantes y valiosísimas. Y cual si todo esto no fuera suficiente en pro de la decantada caridad, disciérnense premios á los que, por sus titánicos esfuerzos de auge y de riqueza, descuellan entre la multitud.

Es decir: se premia á la dama más lujosamente ataviada!

Si fuese nuestra la paternidad del pensamiento inicial en la distribucion de premios, la habríamos aplicado á cosa de resultado más tangible, y más moral—pase la dureza del vocablo.—¡Blason glorioso

para la sociedad en que vivimos habría sido discernir menciones honoríficas á las *toilettes* más modestamente humildes, á la par que artísticas, de las damas opulentamente ricas!

É iguales, ó mejores premios, hubiéramos discernido á los donantes de más cuantiosas sumas, depositadas en las árcas de los menesterosos.

Así, y solo así, no habría jamás razon en decir, como á nosotros nos dijera Santiago Costa:

"*Hagamos un gran banquete, amiga, y con los mendrugos que sobren saciaremos el hambre de los pobres. Esta es la verdad amarga del hecho*,"—concluía diciendo nuestro inteligente amigo.

¡Gastar locamente pingües fortunas, que bastarían por sí solas para asegurar el alimento de mañana á millares de infelices...!

Cuando á las atónitas miradas de todos se exhibía ese lujo de derroches, era precisamente el momento en que la cuestion del pan y la subida de los alquileres opri-

mían ECONÓMICAMENTE á la clase obrera, aumentando su aflictiva situacion este pensamiento amarguísimo:

" Nuestro casero va á la fiesta de caridad, á hacer acto de presencia y de sentimientos benéficos, mientras nos amenaza y apremia al pago de un alquiler que no podemos humanamente pagar! "

¡ Ah! irrision sarcástica del destino de los pueblos!

Conviene á nuestro propósito la transcripcion siguiente.

" *Fígaro* " en su número 1611, textualmente, dice:

" Sabemos de personas que han invertido sumas considerables en flores, arneses y mil detalles necesarios, para obtener la prioridad en el gran corso. Tambien las modistas, no solo del país sinó del extranjero, se ganan muy buenos pesos; pues la empresa Villalonga ha recibido por la aduana cuarenta cajones con vestidos, para distinguidas damas de esta Capital, los que se ostentarán hoy y mañana.

"Hasta aquí todo muy bueno: numeroso concurso del pueblo, aristocracia de la sangre, de la industria y del dinero: todos se hallarán confundidos en un gran festival, que asumirá proporciones colosales, por el lujo y esplendidez nunca vistos hasta hoy en Buenos Aires, y por las horas agradabilísimas que allí se pasarán insensiblemente, en medio de aquellos jardines de rico ambiente, doblemente perfumado, por flores y mujeres.

"Pero séanos permitida una observacion: La *Sociedad de Beneficencia*, al iniciar este festival, se há propuesto arbitrar recursos para los menesterosos; la idea en sí es buena: el público contribuye gustoso siempre que se trata de favorecer la desgracia; pero, en este caso, se fomenta un lujo inusitado, un lujo que es corruptor, y se inicia precisamente de una manera dañosa para la sociedad y poco productiva para el indigente.

"Hay muchísimas personas que invierten miles de pesos para satisfacer su vanidad,

su gloria efímera, para aparecer como los primeros; y de este gasto, ¿cuánto saca la beneficencia? ni siquiera la milésima parte.

"Muchos medios hay de favorecer á los que sufren, sin infiltrar en las gentes ese sentimiento de grandeza, que verdaderamente puede llamarse: *pequeñez humana.*

"El contraste es feo, realmente feo; miéntras se discute un problema defícil como es la suba del pan y la casi imposibilidad de vivir de la clase proletaria, por la carestía de la casa y la alimentacíon, una sociedad, fundada con propósitos benéficos, fomenta el lujo, que ha sido y será siempre la única y primordial causa de la decadencia de los pueblos."

....

....

"*Fígaro*" está en lo cierto.

¡Cuán verdaderamente desconsolador es el resultado moral y material de la improvisada fiesta!

Los hombres de gobierno, los titulados *padres de la patria*, tienen el deber ine-

ludible de velar sin reposo por los intereses comunales de sus gobernados, combatiendo hasta extirparlo todo cuanto les afecta y conmueve profundamente.

Entónces nada más equitativo que parar mientes en estas cosas, y verlas por el único lado que se deben ver, por su lado feo, y aplicarles el correctivo más eficaz: la supresion.

La caridad bien entendida no gusta de públicos alardes.

....

Y prosigamos nuestro cuento.

Rosalía, al penetrarse de la situacion anormal de sus *benefactoras*, su primer sentimiento fué de angustiosa pena. No por sí misma sinó por Beatriz y Laura.

Pero muy luego, este sentimiento noble trocóse en egoísta. Pensó en su difícil situacion; veía desvanecidos sus rosados ensueños de ventura, y un estremecimiento de frio heló todo su cuerpo.

Con más ahinco que nunca, creyó entónces conseguir para su esposo el bien rentado

destino, que, de tiempo atrás, le ofreciera el ministro, quien, como casi todos los hombres encumbrados por el favoritismo y no por sus méritos reales, por su valer intrínseco, tenía el deliberado propósito e q ue el ofrecimiento de sus favores no traspasaría nunca la esfera de los hechos virtuales.

La situacion hacíase cada vez más tirante y aflictiva.

Rosalía y las de Monviel apenas se veían á las horas de comer, y las dos hermanas manteníanse, en presencia de aquélla, reservadas y adustas.

Nuestra heroína había notado ya la desaparicion de algunos muebles, entre ellos, el piano riquísimo que decoraba su aposento.

El arte de Rosalía en la confeccion de vestidos y adornos, tuvo oportunidad entónces de mostrar su habilidad indiscutible.

Hizo sufrir á sus trajes lucidas transformaciones, cambiando de aquí y quitando de allá. Hubiera querido metamor-

fosear tambien — si humanamente le hubiera sido posible — las alhajas; pero como estas solo las usaba de prestado, volvieron á manos de sus dueñas, quienes enajenáronlas á su antojo.

Entre las infinitas y banales relaciones que Rosalía habia adquirido por intermedio de sus amigas, sobresalía una, á quien profesaba espontáneo y verdadero afecto, por el cariñoso interes, que, al parecer, Rosalía le inspiraba.

Componíase de madre é hija, y el padre, que era riquísimo capitalista, vivía entregado por completo á sus operaciones de bolsa,—fecundo semillero de escandalosas fortunas!

La madre tendría cuarenta años de edad á lo sumo, y diecinueve la hija.

Ambas eran hermosas, y gastaban asiático lujo.

Siempre habían prodigado elogios á manos llenas á Rosalía.

Y á ésta, así halagada y festejada, no le chocó nunca el continente altanero de

la señora y el airecillo algo impertinente de la hija; pero entrambas, á pesar de estos defectos, mostrábanse siempre amables en el trato social, aunque frívolas, y con ese barniz, que, las más de las veces, es mal corrido velo que pone al descubierto sentimientos vulgarísimos.

Rosalía, por un resto de delicadeza respecto del lujo que usaba y que no le correspondía, ménos que nunca en aquellos atribulados momentos, en aquel fárrago inevitable, eligió para visitar á sus nuevas amigas, un modestísimo vestido oscuro, de indiana, que había traído de su pueblo.

Y así, ansiosa de afectos sinceros, que tanto la halagaban, dispúsose á satisfacer los deseos de su pecho, siempre igualmente noble, si bien irreflexivo.

Penetró en la suntuosa morada donde vivian madre é hija. Encontrólas reunidas. La hija bordaba junto al balcon, en tanto que la madre hojeaba un periódico de modas.

Rosalía adelantóse hasta ellas, con in-

genua sonrisa y franca palabra; pero bien pronto desapareció aquella de sus lábios para dar lugar á un gesto de sorpresa dolorosa, que cubrió sus mejillas de intensa palidez.

Madre é hija habían erguido la cabeza ante la presencia de Rosalía, y contestaron su saludo con un movimiento afirmativo, y de una rápida ojeada se dieron cuenta de la transformacion sufrida en los vestidos de la visita. Ya tenían ellas noticias de la ruina de las de Monviel.

La hija continuó sus labores, miéntras la madre, después de agregar cuatro frases insustanciales al diálogo de modas que sostenía con su hija, volvió los ojos á Rosalia, y con sonrisa extemporánea, y como cosa ya convenida de antemano, exclamó:

—¡Ah! ¡Notables cantantes tendremos este año cómico!

¿Sabe usted el nombre de la *prima donna*?

La esposa de Bernardo, que aun perma-

necía en pié, porque ninguna galante invitacion habíale ofrecido asiento, sintióse humillada en presencia de un desprecio tan descarado, y rebeláronse todos sus sentimientos nobles. Pero bien pronto su ofendida dignidad trocóse en profunda angustia, y parecióle que iba á caer al suelo, presa de mortales congojas, y sus lábios permanecieron mudos, porque su garganta, fuertemente oprimida por los sollozos, que pugnaban por salir del pecho, negábale el uso de la palabra.

¡La infeliz esposa de Bernardo, sin sospecharlo ni remotamente, había asistido á su propio ludibrio, allí, donde creyó hallar las manifestaciones cariñosas de la verdadera amistad!

En situacion tan dolorosa, anuncióse una nueva visita, y madre é hija pusiéronse simultáneamente de pié, como movidas por un resorte eléctrico, adelantándose con la sonrisa obligada en los lábios, á recibir una encopetada dama, que, deslumbrante de belleza y de elegancia

pasó por junto á Rosalía, sin tomarse el trabajo de mirarla siquiera.

¡Ya comenzaba á recojer el amargo fruto de sus desaciertos!

Ella habíase imaginado que todo cuanto relucía era oro puro, y tocó su desengaño con las lágrimas doloridas de la desesperacion y el desencanto!

Rosalía hubiera deseado en aquel instante abandonar aquella casa para siempre, pero sus piernas se negaban á obedecer su voluntad, y sin fuerzas, desfalleciente, dejóse caer en una silla, en tanto que las otras señoras departían alegremente mezclándose en el murmullo de la conversacion la risa bulliciosa de la hija y el comentario mordaz de la madre y de la nueva visita, respecto de chismes sociales, no sin que tambien echáran una que otra mirada burlona y humillante sobre la abatida esposa de Bernardo, y sin que más de una sátira punzante llegara á zaherir su pecho.

¡Ah! ¡Cuán necesaria es la forzosa

educacion moral é intelectual de la mujer, para que se mantenga siempre en la esfera de su elevada mision en la tierra, y para que jamás deje de ser noble y adorablemente simpática y amada de todos!

Hay mujeres que saben mucho, muchísimo, que poseen profundos conocimientos en materias diversas, y que hacen asombrosa gala de su vasta erudicion y de su capacidad para el estudio instructivo y analítico, y que luego deleitan por la claridad de sus raciocinios, por lo brillante de sus concepciones, por su dialéctica, y la altura, la ilustracion y la elocuencia, con que tratan las más complejas cuestiones, ora sociales, ora filosóficas.

Mas ¡ay! más les valiera ser ignorantes; porque cultivaron tan solo su inteligencia, sin curarse del corazon, cuyo único saludable alimento es la moral cristiana, base inconmovible del arte verdadero de la vida y de la humana felicidad!

¡Bendita seas, educacion moral, la que hemos recibido de los lábios de nuestra santa madre! ¡Cuán bella y consoladora eres!

La mujer que ha nutrido su corazon con la sávia bendecida de la moral de Cristo, ajusta todas sus palabras y sus acciones todas á la prudencia y á la discrecion más mesurada, sea cual fuere su posicion social, ya se agite en artesonado palacio, ya viva humilde en ignorada aldea.

El rico y el pobre, todos reciben de ella paz y ventura, y, como la flor que exhala su fragancia, va derramando sus bondades, para luego recojer gratitudes y amores, que es el premio de las almas buenas.

Jamás á su lábio asoma una frase hiriente. Respeta el sentimiento del amor propio de todos, y exponiendo sencillamente sus gustos, jamás pretende imponerlos á nadie. Y en la discusion, en el choque de ideas encontradas, fácil-

mente cede, pero sin gesto de despecho, ni de secreto enojo, aún cuando vea claramente que su antagonista le arguye destituido de razon, por no agriar su ánimo, y porque entiende que la porfía obsecada y tenaz, es agena á los sentimientos delicados, de los que ella es la representacion más genuina.

Adivina los dolores, prevé las desgracias, y pone todo su conato en ser útil á los que sufren, á los desdichados. Y todo lo hace con tal acierto y con tan esquisito tacto, que se le presiente allí donde va á practicar el bien.

Lejos de su mente está la burla mordaz y la sátira incisiva; porque su alma, que es muy grande y muy abnegada, generosamente perdona siempre las injurias.

¡Infeliz de la mujer que no posee la educacion del sentimiento!

Aun cuando se agite en modestísima posicion social, la ausencia de ese inestimable bien del alma, la obliga á ser orgullosa y ultrajante, altanera y agresi-

va, cualidades que le captan el desprecio de las gentes.

Y si, por el contrario, el abandono de la educacion moral adviértese en la mujer de elevada esfera social, el mal entónces es de peores consecuencias; porque afecta á muchos, perjudicando á todos, y muy especialmente á la clase pobre; que nada hay más mortificante que la negacion total de ese atributo de la mujer en las prácticas de sentimientos nobles y levantados.

Y entiéndase que éstos se traducen hasta en el simple saludo de cortesía, porque la mujer debe ser atenta y fina en todos los momentos de la vida, y al hallar un sér nuevo, que no conoce, en casa de sus amigas, no ha de esperar la presentacion obligada, y debe al cruzar ante aquél, inclinarse lijera y graciosamente, como corresponde á la verdadera educacion.

Nada decimos del hombre, que, en todos los casos, debe ser siempre el pri-

mero en apresurarse á saludar á las damas, séanle ó no conocidas, que el exceso de cortesía jamás ofende.

La mujer olvidada de las máximas cristianas, y rodeada de los halagos y de los esplendores de la fortuna loca, imagínase dispensada de poner en juego todos esos atributos de las almas creyentes é inspiradas en la fe de Cristo, y se juzga autorizada á despreciar y humillar á cuantos se le acerquen, y olvídase, en casos dados, hasta de su propia pretendida dignidad, sobre todo, cuando moteja y escarnece al infeliz que tuvo la osadía de llegar hasta su altura en actitud suplicante.

Á una dama, bastante jóven, que carecía en absoluto de todas esas bellezas inmortales del alma, que tantas simpatías llevan en pos de sí, la hemos visto, asombrados, proferir palabras incultas y agresivas, cuando se montaba en cólera, y fulminaba los rayos de su ira cuando el enojo y el despecho se enseñoreaban de su persona.

El vergonzoso incidente, ó la escena repulsiva, que vamos á narrar, tuvo su orígen en una comida de familia, á la que asistían varios comensales de la relacion íntima y amistosa de la dueña de casa.

Esta señora, en cuyo honrado domicilio tenía lugar la comida, es bondadosa por excelencia, y es, por aberracion de natura, madre de la *dama jóven*, protagonista de nuestro cuento verídico.

Entre los asistentes á la mesa, habia un matrimonio, á quien la dueña de casa profesaba deferente aprecio; porque, aún cuando el mencionado matrimonio era de muy modesta posicion social, sabía hacer gala de su honradez y de la cultura de una educacion jamás desmentida.

Surgió un pequeño desagradable incidente, motivado por la manera harto despreciativa con que la *dama jóven* en cuestion trataba á los esposos pobres mencionados.

El marido no pudo contener el arran-

que de su indignacion, é hizo atinadas reconvenciones á la *jóven dama*; por su proceder asaz inconveniente, máxime habiendo ésta, hasta entónces, demostrado á la esposa, aparentemente, especial cariño y deferencia. A éstas observaciones, formuladas con frases cultas y comedidas, la *protagonista*, con risa irónica é insolente expresion, contestó:

—¡Aaah! ¡Es que entónces yo no conocía con qué gente trataba!

La esposa ofendida, que no podia articular palabra, agobiada por aquella injustísima prevencion é injurioso lenguaje, tan solo tuvo lágrimas por todo reproche.

Pero el marido, ménos sufrido, asumió la actitud que el caso requeria, y sin faltar ni un ápice á las leyes de la cortesia, con modales cultos y frase respetuosa, demostró á la *dama jóven*, en términos dignos, todas sus inconveniencias, tanto más reprensibles cuanto que la señora madre de ella, en medio de esta profunda desinteligencia, continuaba mostrándose afable y obsequiosa

para con el matrimonio, blanco de las íras inmotivadas de la *jóven dama.* La actitud de la madre, á todas luces sensata, desató en el pecho de la hija todos los rayos de su cólera, y profirió palabras que sonrojaron á los circunstantes, y que nosotros estimamos indignas de ser repetidas, ni en este, ni en ningun otro lugar.

La rebeldía de sus sentimientos mezquinos dejóse ver con todos sus estragos; pues ni respetó á su propia madre, ni le guardó el cariño y las consideraciones á que era acreedora, no solamente por el hecho de ser la autora de sus dias, si que tambien por lo prudente, generosa y noble que se mostró en tan enfadosa emergencia.

Pero, como queremos demostrar hasta dónde conduce la falta de la educacion moral y los arrebatos del carácter, consecuencia lógica de aquélla, que no tienen por dique la delicadeza del alma, diremos, que, subiendo de punto el encono, la descompuesta *jóven dama*, con toda la ordinariez de una mujer vulgarísima, vociferó:

—" ¡Esto pasa siempre que se trata con chusma! "—Y pareciéndole poco, y dirigiéndose al marido, agregó: " ¡V. es un borracho! "

Hemos sido testigos oculares de este *edificante episodio*, y podemos responder de su autenticidad.

¡Oh! ¡lectora querida! ¡Cuán necesario es, tanto en la vida íntima como en la vida social, no perder nunca la conciencia de la estimacion propia, haciéndonos respetar por nuestra compostura y nuestro comedimiento!

....

Pero prosigamos nuestra narracion.

Rosalía abandonó por fin la casa de las que creyó sus leales amigas, llevando la agonía de la muerte en el alma.

No quedaba duda de que habíase divulgado la voz de la *bancarota* de las de Monviel.

—¡Dios mio!—decíase la esposa de Bernardo, miéntras caminaba confundida entre la multitud.—¡Y yo que me ima-

giné sinceros todos los halagos y las solicitudes todas con que mi alma se extasiaba...!

¡Ah!... Hoy me desprecian, porque mi traje no deslumbra ya!

¡Pero no! ¡Dios mio! ¡no puede ser tan malo el mundo!

¡Yo habré tenido la desgraoia de tropezar con séres aparentemente buenos, y fieramente egoístas en realidad!

Aún habré de hallar afectos dulces y verdaderos, que me indemnicen de mis sufridos desengaños.

Y alentada por esta esperanza halagüeña, encaminóse aceleradamente hácia la casa de sus pretendidas bienhechoras, y una vez allí encerróse en su habitacion.

Allá le esperaba otra decepcion amarga.

Halló su guardaropa casi desprovisto de todo cuanto contenia. Solo guardaba el modestísimo equipaje que trajera de Marvel, y del cual no había querido deshacerse.

Aquel dia le sirvieron la comida en su

aposento, diciéndole el sirviente, que las señoras así lo habían ordenado.

¡Cuán caro pagaba Rosalía su delirio por las grandezas!

—¡Oh! ¡Ya es fuerza definir esta situacion anormal—pensó Rosalía, sobreponiéndose al doloroso efecto de este nuevo desencanto.—Ellas nada quieren saber de mí, porque...no me profesan cariño! ¡Bien claro lo veo...!

Hoy mismo veré al señor ministro, y él vendrá en mi ayuda, y me salvará de este naufragio. Y todas mis desdichas terminarán con la venida de mi Bernardo querido!

Y así pensando, echóse un manto sobre los hombros, y, cubriéndose la cabeza con un modesto velo, salió á la calle, en direccion de la regia morada del Secretario de Estado, segura de hallar pronto remedio á su atribulado espíritu.

La casa del encumbrado señor situábase en la calle de la Piedad. Era un edificio suntuoso, montado á la moderna.

El ostentoso personaje oficial tenía numeroso personal á su servicio, como correspondía á su elevada gerarquía.

Algo le costó á la postulante penetrar en la sala de espera del personaje referido, pues los criados hicieron caso omiso de su persona, suponiendo, por el aspecto pobre de Rosalía, que sería alguna de tantas peticionantes, que solo consiguen... ¡molestar á Su Excelencia!

En los tiempos que alcanzamos, y aún en los pasados tiempos, la vulgarísima frase de "*tanto tienes tanto vales,*" ha sido y es todo un aforismo, que Napoleon I se lo explicaba de la manera siguiente: "*No hay puerta que no ceda á una llave de oro*".

Por fin, la casualidad, en forma de ordenanza complaciente, acudió en auxilio de la demandante, y Rosalía logró ser anunciada al famoso presupuestívoro.

Hallábase en su bufete, y al simple aviso de la llegada de una mujer, que solicitaba hablarle,—poco le importaba que ésta se llamase Rosalía ó Antonia; el

nombre baustimal era lo de ménos, —iluminó su semblante una sonrisa equívoca, y restregóse las manos en señal de íntimo regocijo.

El criado, atento, observó aquel trasporte de Su Excelencia, y abandonó la estancia sin chistar, pensando que la prójima debia de ser muy del agrado del ministro.

—¡Buena la habríamos hecho despidiéndola! —se dijo el prudente ordenanza. Y fuése á dar cumplimiento á la órden de su señor, que era, la de conducir á Rosalía á uno de los pabellones del jardin, en cuyo centro destacábase aquél, cobijado por flores y enredaderas, dispuestas con verdadero gusto artístico.

Poco tuvo que esperar la esposa de Bernardo, porque su *espontáneo benefactor,* galante por temperamento, acudió en breve á escuchar la palabra pedigüeña de la infeliz.

—¡Mi querida amiga! ¡Cuánto placer me dispensa V. honrando mi casa!

Este fué el exordio del ministro.

Y conduciendo á Rosalía de la mano, hízola sentar en una butaca, junto á una de las ventanas que miraban al jardin, por donde penetraba un ambiente suave y embalsamado por el aroma de las flores.

Rosalía lo aspiró con delicia, y las miradas lánguidas de sus ojos negros, perdiéronse por entre el follaje, recreándose con la belleza y la frescura de aquel cuadro verdaderamente primaveral.

—¡Ah! Temo molestar á V., amigo mio; pues ha llegado el momento decisivo en que V. realice la promesa hecha en favor de mi esposo, — díjole Rosalía, fijando su mirada límpida y suplicante en la mirada egoísta de su interlocutor.

—¡Amiga del alma! V. sabe que yo soy su esclavo, y que sus deseos y sus caprichos son para mí órdenes terminantes.

—¡Oh! ¡Cuánta complacencia! Mi gratitud, por el favor pedido, será inextinguible!

—¡Hija mia! Una mujer hermosa, como lo es V., no tiene nada que agradecer.

Todo lo merecen sus encantos. ¡De qué no sería yo capaz por una cariñosa mirada tan solo de esos ojos hechiceros!

Rosalía sintió en el pecho súbito malestar abrumador; porque las palabras asaz insinuantes y la mirada provocativa del fementido ministro, tenian algo de Mefistófeles.

El secretario de Estado habíase sentado atrevidamente cerca de la jóven, y como nada hubiera contestado ella á sus últimas insidiosas palabras, con creciente entusiasmo, prosiguió:

—En mi mano está, querida niña, el que su esposo ocupe una brillante posicion oficial. En muy corto espacio de tiempo, yo puedo hacer de él todo un hombre de provecho, otorgándole honores, respetabilidad y poder.

¡Y para V... ¡Oh!... ¡V. sería la reina absoluta en los salones de la aristocracia del dinero, y en pos de su auge irían todas las miradas, todos los encomios y todos los latidos!

Con los resplandores deslumbrantes de un lujo inusitado eclipsaria V. á todas esas damas encopetadas, que hoy miran desdeñosamente su persona, porque es V. de humilde esfera, y porque no saben valorar los tesoros que encierra ese corazon, todo ardimiento, juventud y hermosura!

Y al terminar el astuto ministro su discurso tentador, habíase apoderado de la mano de Rosalía, y la estrechaba nerviosamente contra su pecho.

La confiada jóven ni lo advirtió; porque, con la boca entreabierta, el rostro encendido y la mirada chispeante, fija en un solo punto, continuaba, embebecida, oyendo las palabras del apuesto seductor, que caían en su oido como música celestial.

La brisa que penetraba por la abierta ventana del pabellon, teatro de esta escena, sobrecargada de los perfumes del jardin, la enardecía más y más, sumergiéndola en un éxtasis peligroso. Pensaba en los triunfos del mañana, que

trastornaban su razon, y su mente fantaseadora, meciéndose en regiones de luz, de aromas y de armonías, forjábase mil delicias, que envolvian sus sentidos en un adormecimiento voluptuoso, arrobador...

De repente exhaló un grito de espanto, y, lívido el rostro, miró asombrada al ministro, como quien vuelve de un sueño, mezcla de placer y de dolor.

Y era, que el amante audaz, habia osado besarla, é intentaba aprisionar su cintura breve con sus férreos brazos. Y Rosalía, presa de un vértigo espantoso, estuvo á punto de desfallecer.

¡Pero su ángel custodio la salvó!

Vilipendiada en su sentimiento más caro — el pudor — vió horrorizada el abismo que se abria á sus piés.

Y la conciencia de su deber, momentánea é involuntariamente olvidada, y el recuerdo de su esposo, hiciéronla erguirse como casta Susana, digna, enérgica y resuelta, escudada por la protesta y la rebeldía de su propia dignidad, ante ta-

maño ultraje, inferido á su confiada virtud.

Alzóse altiva y fuerte, y, silenciosa, y arrojando miradas de soberano desprecio á su pérfido protector, encaminóse hácia la puerta de salida de la regia morada.

Siguióla suplicante el malvado ministro, y la detuvo, y puesto de hinojos á los piés de la dolorida jóven, con amoroso ruego, exclamó:

—¡Por piedad, mujer divina! Yo te idolatro ciego, y quiero alfombrar tu camino con oro y con piedras preciosas! ¡Ten confianza en mí, celestial criatura!

—¡Ah! señor ministro! ¡Pretende V. poner precio á mi honra, después de burlar mi peticion en obsequio de mi marido con promesas falaces!

¡Cuánta iniquidad, Dios mio!

¡Quién creyera que sentimientos tan ruines cupiesen en el pecho de un hombre tan ilustrado!

Y Rosalía, sin volver la mirada al hombre indigno, que habia pretendido deshonrarla, salió de la estancia, como

quien huye de inminente peligro, y al verse libre de las garras de su astuto seductor, exclamó:

—¡Bernardo! ¡esposo mio! Todo el oro y todos los placeres del mundo entero no valen lo que una sola lágrima tuya, vertida sobre la frente de tu esposa desventurada!

Pero aún restábale á la infeliz Rosalía llegar á la cima del calvario de su martirio.

Apénas acababa de abandonar el pabellon, y encontróse con una mujer, que caminaba en sentido contrario, y, al reconocerla, detúvose sorprendida.

Era Beatriz.

En su presencia, Rosalía experimentó profunda congoja, y sus encendidas mejillas tornáronse súbitamente pálidas, al recibir sobre sí la mirada glacial é indiferente que le dirigiese la viuda, y sintió la angustia precursora de la muerte, cuando, con risa burlona y despreciativo gesto, díjole:

—¡Ah! Ya sabía yo que era V. la favorita del señor ministro.

¡La mujer honrada gestionando en obsequio de su marido. Ja! ja! ja!

Rosalía lanzó un grito ahogado, y al querer protestar contra impostura semejante, la pena anudaba su garganta, no permitiéndole proferir palabra alguna.

Estendió los brazos buscando apoyo, pues le abandonaban las fuerzas, y, al asirse de un rosal, que era lo primero que halló á su alcance, las espinas hiriéronle las manos, ensangrentándolas.

¡Diríase que hasta las flores la castigaban!

Y así, delirante, con el pecho desgarrado por los dardos del dolor más acerbo, y con la vista casi extraviada, vió á Beatriz alejarse y penetrar en el pabellon de donde ella acababa de salir, cerrando tras de sí la puerta.

—¡Desgraciada! — gimió la infeliz — ¡Desgraciada! ¿Qué vas á hacer?... ¡Ay...! ¡ay...! ¡Estás en el abismo, y te burlas de la que á él se asomó horrorizada...!

Rosalía abandonó, por fin, aquel teatro sombrío de los sufrimientos más agudos de su alma, y traspasó el dintel de la regia estancia, sirviendo de blanco á la mirada curiosa del transeunte, acompañada de alguna que otra equívoca palabra.

Llegó á su domicilio con el alma rebosante de gélida amargura.

¡Cuánta diferencia de pocos dias atrás! ¡Qué transformacion tan radical habíase operado precisamente allí, donde, por más de un mérito, que le éran peculiares, discerniósele á nuestra heroína el premio en los torneos del lujo, de la hermosura y de la elegancia!

Una fiebre nerviosa apoderóse de todo su sér.

Y ello era fuerza abandonar para siempre aquella casa funesta, y evitar á todo trance la presencia de sus malhadadas protectoras.

De su ropa hizo un lío, y guardóse el último dinero que su esposo habíale remitido.

Abandonó luego la casa de las de Monviel, dejando en ella enterradas para siempre todas sus ilusiones de color de rosa, y, al recordar nuevamente sus amarguras, abundoso llanto nubló sus pupilas.

¡Ay! dejaba tras de sí todas sus esperanzas muertas, y perseguíale todo un mundo de recuerdos dolorosos, que conturbaban su espíritu.

Caminó al acaso en busca de alojamiento.

A poco andar, encontró un pequeño cuarto, y pagó por adelantado un mes de alquiler y manutencion.

Compróse luego un catre, una mesa y una silla.

La casa, á donde habia ido á vivir, era pobre, humildísima, y sus habitadores eran honrados y laboriosos.

Sola ya en su aposento, dióle al llanto rienda suelta, hasta que su pecho sintióse aliviado de su pena profunda.

Entónces acudieron á su memoria, más vivos que nunca, los punzantes recuerdos de su desventura, y por espacio de dos

horas mantúvose en la abstraccion más completa, como queriendo sustraerse á todas las manifestaciones del mundo externo.

¡Nada sabía de los suyos, ni se atrevia á escribirles!

Todos los sufrimientos atormentadores de su corazon eran condigno castigo de sus faltas cometidas.

El desamparo y la soledad la rodeaban por do quiera.

Pensó entónces en doña Elisa y en su hija María; pero la sola idea de verlas, la hizo estremecer.

El sonrojo de la vergüenza por su conducta irreflexiva, constantemente pintado en su abatido rostro, alejábala instintivamente de todo contacto social, y hubiera querido verse desterrada por siempre en los confines del mundo, allí donde nadie hubiese podido sorprenderla, para llorar eternamente sus desaciertos, que habian labrado su desgracia y la de su familia.

¡Insensata! ¡Cuán caro pagaba su prio-

ridad en el mundo elegante y el mágico imperio de su hermosura!

¡Ah!...

Pero, tras estas reflexiones amarguísimas, Rosalía reaccionaba, y á su mirada retrospectiva ofrecíasele el cuadro consolador de las ternuras de su esposo, de la bondad infinita de su madre, y de la cariñosa solicitud de su hermana y de sus leales amigos todos.

Ese cuadro íntimo representaba para su corazon lacerado, delicioso oásis, panorama encantador de dichas sin ocasos.

Pensaba con fruicion en su olvidado albergue, en aquella calma relativa y apacible, y en todos aquellos rostros satisfechos por el deber cumplido.

¡Ah! Su buena anciana madre y cariñosa hermana Catalina ¡cuán felices eran hasta el instante en que concibió la descabellada idea de abandonarlas, perdiendo de vista tambien el refugio santo de los recuerdos queridos de su infancia!

Aquella madre, en sus años seniles,

¡cuánto no ha llorado por la ausencia de la hija querida de sus entrañas!

Y la oracion fervorosa de entrambas para impetrar del Altísimo la vuelta al hogar de la visionaria Rosalía, indudablemente obtendria de Dios la gracia pedida, viéndola restituida al seno amoroso de su honrada familia.

Veinte dias postrada en cama, presa de fiebre intermitente y de letal angustia, pasó nuestra heroína.

Y hubiera estado abandonada de todo auxilio humano si la anciana dueña de casa, condolida de su triste soledad, no le hubiera atendido en su dolencia hasta que dejara el lecho.

Cuando Rosalía vióse restablecida, pensó en la necesidad forzosa de coser á jornal, para acudir á su propia manutencion.

Era este el único recurso salvador que le quedaba, para poder espantar la miseria, que, con sus brazos descarnados, codiciaba hacerla su presa.

¡Ah! Si su familia conociera la situacion precaria en que se hallaba!...

Pero no debía ser así: debía ignorarlo forzosamente, para que pudiera la ingrata purgar todas sus culpas, llorando amargamente el recuerdo del bienestar tranquilo y de los afectos dulces qne abandonó allá en el pueblo en que vió la luz primera.

Comenzó á trabajar con el ahinco que le permitian sus perdidas fuerzas, y ¡cuántos dias pasó llorando sobre su costura! ¡Ay! dias negros, tenebrosos; noches solitarias, interminables, testigos mudos de la pesadumbre de un alma enferma y huérfana de sus más caras afecciones.

¡A qué precio tan fabuloso pagaba Rosalía sus devaneos, sus anhelos peligrosos y el oropel que la fascinaba, á modo de serpiente astuta, que atrae y subyuga la tímida paloma hasta devorarla!

¡Ella, incauta, que se creyó amada de todos, porque de todos recibía festejos, halagos y ofrendas, tributadas á su persona en holocausto de su helénica hermosura!

¡Ella, infeliz, que creyó que jamás se

extinguiría el astro refulgente de sus victorias y de sus triunfos, en el diamantino alcazar del lujo y de los placeres banales!

¡Oh! instabilidad de las cosas mundanas...!

Pero no nos detengamos en trilladas disertaciones filosóficas, que, por lo vulgarizadas, debieron arraigar enseñanzas saludables en el pecho de nuestra heroina.

¡Mas no! Ella vivía ignorante allá en su pueblo de los mentidos goces y acechanzas alevosas que el mundo guarda!

Ella vió, á través del mágico cristal de leyendas románticas, un mundo de imponderables delicias, un paraíso de terrenales venturas.

Mas ¡ay! no vió en su optimismo el genio del mal, oculto amañosamente entre la fronda de ese florido edén, dispuesto siempre á devorar la presa, que, incauta, se pusiera al alcance de sus garras!

Bien pronto se dió cuenta, á pesar suyo, de que el cariño, las alabanzas y el va-

sallaje rendidos á su belleza, era todo falso de toda falsedad.

Cuando vióse despojada de todos los oropeles con que la engalanáron, y vestida con las humildes ropas de su clase pobre, sus tituladas amigas diéronle las espaldas, gozándose pérfidamente en su quebranto inconsolable.

Y ellas, las de Monviel, las que, sin vacilaciones, creyó sus amigas, las que despiadadamente la arrancaron de los brazos de su esposo y del seno adorable de su anciana madre y su buena hermana, fueron las primeras en arrebatarle la venda que cubría sus ojos, y derribarla del pedestal engañoso de sus triunfos, á la defeccion más fría y desconsoladora.

Rosalía había amado hasta el delirio las joyas, las telas preciosas y la fastuosidad.

¡Y pensar que con toda esa barahunda de futilezas pretendíase guarnecer el camino que inevitablemente la habría conducido á la deshonra...!

¡Ah! ¡Cuánto tenía que agradecer á la Divina Providencia que le había hecho comprender á tiempo, que la joya, el atavio, la gala más preciosa de la mujer, es... ¡la pureza del alma en íntimo maridaje con la paz de la conciencia!

La infeliz esposa de Bernardo, cuando iba á hacer entrega de sus costuras, solía tropezar con sus antiguos admiradores del gran mundo, y las mujeres volvían la cara con visibles señales de desprecio, y se apartaban de su lado al pasar, y los hombres la miraban con lástima insultante, y algunos con falta absoluta de respeto.

Y era, que la calumnia vil habíase cebado en la honra indefensa de la visionaria esposa de Bernardo.

Beatriz, al caer, había querido arrastrar á su víctima en su caída, y pronunciaba su nombre envuelto en el vilipendio y la vulneracion.

Y la triste fama de Rosalía corría de boca en boca, sin que á nadie se le ocurriera defenderla de la impostura cobarde.

Antes por el contrario, abultaban más y más la bola de nieve, que rodaba, rodaba, miéntras la infeliz comía el desabrido pan de la miseria, amasado con las lágrimas del dolor y de la virtud escarnecida!

¡Ah! ¡Cuán inexorable mostrábase el destino para con ella!

Miéntras las voces del placer torpe y de la alegre algazara resonaron en torno suyo, Rosalía habíase olvidado hasta de elevar á Dios su pensamiento!

Y esto tiene fácil explicacion.

Cuando vivimos de prisa, huye el tiempo de nosotros, como avergonzado del mal uso que de él hacemos.

El pasado jamás trae á la memoria un recuerdo que nos detenga.

El presente absorbe en absoluto toda nuestra atencion.

Y el porvenir no ofrece nunca ni la más mínima inquietud.

Sucédense los dias con pasmosa rapidez, y no nos damos punto de reposo, ni ménos cuenta clara de que el camino recor-

rido en la senda de una vida anticristiana, termina siempre en declive, que, fatal y prematuramente, nos conduce á los dominios de la muerte.

Rosalía, cuando agitábase engolfada en el mar de sus placeres frívolos, olvídose hasta de Dios!

Y cuando los acicates del desengaño cebáronse en su corazon, elevó al cielo la mirada suplicante, envuelta en el llanto del arrepentimiento y en la oracion que implora el perdon de la culpa!

¡Oh! ¡Inagotable fuente de la religion cristiana! ¡Benditas sean tus aguas que redimen y purifican el alma del pe cado!

¡Cuán infinita, dulce y consoladora es la bondad de Dios!

¡Y que haya quien pretenda redimir invocando la ira del Todopoderoso...!

¿Y es el creyente el que así discurre en libros sagrados, destinados á la salvacion de los pecadores...?

Dios es todo bondad inagotable, es la

esencia purísima de todo lo más grande, más noble y más santo

Vosotros, los que profesais la incomparable religion cristiana, y que habeis pecado, y quereis volver los ojos al Divino Redentor, que no os arrédren, ni os intimiden los castigos horrorosos y la cólera celeste; porque el Padre amantísimo de los cielos, el humilde y tierno Jesús, solo tiene miel en los lábios para sus hijos, los pecadores arrepentidos, y piedad y conmiseracion para el que, perverso, camina á ciegas, sin ver la luz de la verdad, ni descubrir el camino de la virtud.

Hay séres muy malos, que viven constantemente en el pecado, y que guardan allá en el fondo de su alma el pensamiento deliberado de pecar siempre, y arrepentirse en la hora suprema de la muerte.

Pero ignoran, míseros, que el alma pierde hasta la conciencia de sus propias culpas, en fuerza de tanto pecar, y encenagada y endurecida en el vicio, sorpréndela la muerte, sin que brote ni una sola

lágrima, ni un solo acento, ni una débil queja; porque, despreciando sus deberes cristianos, apoderóse de ella el espíritu del mal.

Entónces, perdida para siempre aquella alma, que no supo hacer buen uso del libre albedrío que Dios le diera, como Padre Amantísimo, llora el Todopoderoso por tanta ingratitud y torna sus ojos profundamente angustiados.

¡Ah! Esto es lo que debe temer el hombre: apenar á Dios con sus ingratitudes, que el que dió vida é inteligencia á millones de séres, y vela siempre hasta por la existencia del ignorado gusanillo, merece que se le ame, se le venere y se le adore de rodillas, sin que á esto nos lleve el temor de penas terroríficas.

Siempre que hemos visto en libros devotos, el inmoderado afan de arraigar la creencia de que existen los rayos que Dios fulmina sobre los pecadores, lamentamos con el alma que no surja un nuevo libro de oraciones místicas de entre tantos sábios varones de la Iglesia, que en-

señe á la humanidad el camino del cielo, alentando al mísero pecador, para que, en vez de seguir ciego hácia el abismo, se detenga, atraido por las bellezas que descubriera en el seno de la religion cristiana, que debe ser toda dulzura y mansedumbre, toda pureza y perdon, dejando oir en sus altares himnos celestes, en vez de voces destempladas de ira y de exterminio, que, si se imponen, es por el temor y no por la conviccion razonada, que convierte las puras aguas de la Eucaristía en manantial purísimo y perenne de eternos é inefables consuelos!

. . . .

Rosalía penetraba en la iglesia, é iba siempre á arrodillarse junto al altar donde se venera la Imágen Augusta del Redentor de la Humanidad.

Y allí, su alma, aquietada por la dulzura del silencio de la casa de Dios, aspiraba con deleite el aroma de las flores, que besaban los benditos pies de Maria, y sus ojos clavábanse en la mirada dul-

cisima de la Virgen de los Dolores, acariciando su corazon con esperanzas lejanas, en tanto que su espíritu se elevaba á regiones serenas é ignotas, y entonaba al Todopoderoso el himno de su gratitud, cual ofrenda humilde de su arrepentimiento sincero.

Y fortalecida con la oracion santa, abandonaba el templo, y presurosa encaminábase á la casa de correos, esperanzada en hallar noticias de los queridos séres de su alma.

Mas ¡ay! sus deseos veíanse siempre burlados.

Y llegó un dia en que un nuevo golpe le hiriera con saña cruel.

De la casa en donde le daban costuras despidióla el jefe, diciéndole:

—¡Váyase usted á otra parte! ¡Aqui solo tenemos trabajo para mujeres honradas!

En vano protestó de tamaña afrenta! Todos sus esfuerzos inauditos por llevar al ánimo de su difamador el convencimiento de su honradez, fueron estériles.

Solo lográron dar pábulo á que la motejaran con risas y burlas hirientes.

¡Aún debia recorrer de rodillas su calvario, para ver su alma libre del peso de la culpa!

Cayó repentinamente enferma. Y el fantasma execrable de la miseria llamó á sus puertas.

¡Ay! miseria horrible, sin pan y sin luz! Hambre, tinieblas y soledad, desesperacion y lágrimas!

Suplicio de muerte, en que el alma desfallece, y sumergida en negro insondable abismo, imagínase perdida para siempre!

¡Pobre mujer!

Llegó á sentir frio en el rigor del verano: la debilidad la hacía temblar, y el dolor prestábale ánsias de muerte!

Casi una niña, apenas contaba veintidos primaveras, y ya apuraba hasta las heces el amarguísimo cáliz de la desgracia!

El ave celeste de la caridad cernió, al

fin, sus álas benéficas sobre la mísera vivienda.

¡ Dios Misericordioso envió sus consuelos, como siempre, á la desventurada Rosalía!

Y transcurrieron quince dias.

No buena del todo, la esposa de Bernardo, abandonó el lecho.

Su aspecto movia á compasion.

Sin dejar de ser bella, habia perdido casi todas sus carnes, y la palidez de su rostro y su tristeza profunda hacian resaltar más y más las ojeras que circuian sus rasgados ojos negros, hoy mústios y arrasados continuamente en secretas lágrimas.

El mismo dia en que dejaba el lecho, presentóse en su habitacion una respetable dama.

Rosalía sobrecojióse; pues miraba con instintivo temor todo lo que se relacionase con el mundo ostentoso en que ella habia efímeramente vivido.

La esperiencia dolorosa le habia hecho ver, con ojos espantados, el egoismo fiero

que se enseñorea de las gentes con quienes tuvo trato social, y, aunque casi niño su corazon, ya habia llorado amarguísimas lágrimas, arrancadas por el hielo del desengaño.

Aquella señora, que se presentaba en su mísera morada ¿qué pretendía?

Era magníficamente hermosa, y su semblante acusaba los rasgos de las bondades de su alma.

¡Ay! ¿No sería esta dama de engañosa apariencia, como los afectos mentidos en el mundo dorado, donde Rosalía habíase revuelto, y al que parecia pertenecer la desconocida señora...?

Pero ésta no se desdeñaba en descender hasta el pobrísimo albergue de la infortunada esposa de Bernardo.

¿Sería alguna enviada de la Providencia?

Todo esto lo pensó Rosalía con la velocidad del rayo, y, con afan creciente, se dispuso á oir á su interlocutora, quien, sentándose á su lado y estrechándole una de sus manos, díjole:

—¡Hija mia! He sabido que V. sufre. Y aunque no he tenido el placer de tratarla, la conozco por referencias, y, desde luego, he querido tomar una parte activa en sus desventuras.

¿Quiere V. perdonarme mi atrevimiento?

Rosalía pensó en aquellos instantes que la embargaba un sueño delicioso.

¡Cómo! Aquella señora, tan ricamente ataviada, que parecia pertenecer á la más alta clase social, ¿no se burlaba cínicamente de su pobreza, después de haber dado oidos á la especie calumniosa, propalada en su daño?

—¡Señora! ¿Es ilusion de mis sentidos, ó realidad bienhechora lo que óigo?

¿Desciende V. hasta mí con el deliberado propósito de ampararme en mi soledad?

¿Es cierto que V. no me repudia, creyendo en mi inocencia?

¡Ay, Dios de las misericordias!

¿Por qué no hallé yo en mi camino, ántes de ahora, séres tan buenos como V.,

que me hubiesen precavido del mal que me acechaba?

Y Rosalía, bañada en lágrimas, queria besar las manos de la providencial amiga que el cielo le deparaba; pero ésta, condolida y vertiendo, á su vez, abundoso llanto, la estrechó contra su pecho efusivamente, permaneciendo entrambas así largo rato, en que solo oíanse los sollozos de la cuitada y los estremecidos suspiros de su generosa, noble y espontánea protectora.

—¡Cálmese V., hija mia!—exclamó.

É hizo ademan de que se sentara Rosalía junto á ella.

—Puede serle perjudicial—prosiguió—tanta emocion dolorosa. V. está muy débil, muy delicada, y es menester cuidarse mucho, hija mia!

Olvide V. todo cuanto ha podido dañarle, y dé V. paso en su alma al sentimiento santo del perdon.

Muéstrese V. superior á las miserias de este mundo.

¡Ojalá todos los extraviados pudieran

regocijarse de haberse detenido, como V., al borde del precipicio!

¡Vamos...! Reaccione V. contra ese cúmulo de malestares del alma!

Haga V. supremo esfuerzo, y trate de alegrar su corazon, poniendo término á sus lágrimas, y pensando en que aún existen séres allá en el pueblo de su nacimiento, que la esperan con ánsia grande, y con el tesoro inextinguible de los afectos puros y abnegados.

—¡Cómo, señora! ¿V. sabe...?—interrogó Rosalia, sorprendida.

—¡Sí, todo lo sé!

Interesada por la suerte de V., á poco inquirir, no faltó quien se ofreciese para ponerme al corriente de su pasado.

Y como aún no está todo perdido, debe V. alentar la esperanza, hija mia, de verse pronto restituida al seno amoroso de su honrada familia...!

Su esposo—es bien seguro—la perdonará con lágrimas de regocijo al verla, y en cuanto á su anciana madre y su cariñosa

hermana, no hay ni remota duda de que suspiran y lloran por estrecharla entre sus amantes brazos.

—¡Ah! ¡No! no...!

¡Yo no debo ir, señora! La vergüenza de mi conducta para con mis parientes me aleja de ellos cada vez más.

¡Mi culpa es inmensa, por haber abandonado aquella sosegada vida para entrar en un infierno de tormentos sin fin!

¡Oh! ¡Cuánto, cuánto ha sufrido y sufre por mi sola causa toda mi familia!

¡Yo no merezco ya ni conmiseracion siquiera de los mios!

—El amor, hija mia, que es el sentimiento más alto en la escala de los humanos afectos, solo sabe ser indulgente, generoso y abnegado: mucho más cuando se inspira en los inmutables, eternos principios de la religion cristiana, que transforma el enojo, la animosidad y la ira, en impulsos generosos de olvido y de perdon para el delincuente!

Y V. es mucho más desgraciada, que culpable.

—¡Dios justiciero!—balbuceó Rosalía, fijando sus rasgados ojos negros con gratitud inmensa en el rostro angelical de su interlocutora.

—Esta señora, extraordinariamente bondadosa,—pensó Rosalia,—es el prototipo de la mujer descrita por el señor cura, cuando en su conferencia para conmigo trataba de inculcarme las ideas más santas para con mis deberes de esposa.

¡Y yo, ingrata...! ¿Cómo pude desoir sus paternales consejos?

Pocos momentos más permaneció la desconocida y buena dama en presencia de Rosalia, prodigándole á manos llenas todo linaje de consuelos á su atribulado espíritu.

Y, al abandonarla, la esposa de Bernardo, con el llanto dulcísimo de la gratitud, balbuceó:

—¡Ah, señora! Yo deseo con toda mi alma saber el nombre del ángel que acaba

de derramar en mi pecho el divino bálsamo consolador de todas mis penas.

—Me llamo Amparo,—contestó la dama, sonriendo cariñosamente.

—¡Ay! lleva V. el dulce nombre de mi santa madre!

—¡Casualidad feliz! ¡Cuánto placer me origina esta coincidencia!

Y abrazando á Rosalía, que no cesaba de llorar, abandonó la estancia, sin querer darle otro nombre que el bautismal, pero prometiéndole volver á visitarla en breve.

Así que se vió sola Rosalía, cayó de hinojos, y, elevando al cielo su triste mirada, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! Tú me haces ver que en ese mundo, donde he vivido, existen almas grandes y generosas!

¡Dicha inmensa seria, si la tierra estuviese toda poblada de séres, como esa mujer incomparablemente buena, que acaba de grabar su imágen en mi pecho!

La desconocida, que en buen hora acu-

dió en auxilio de Rosalia, era distinguidísima esposa de un opulento banquero.

La impaciencia devoraba á la esposa de Bernando por ir al correo en busca de noticias de su familia.

No tenía á quien suplicar que fuese; pues, debiendo el alquiler del cuarto y la manutencion, la vergüenza por estas cosas le impedía solicitar ningun servicio de la casera, á pesar de que hasta entónces se manifestara complaciente para con ella.

Por otro lado, acostumbrada á ir todos los dias, no pensó nunca en dejar en el correo las señas de su domicilio.

Pero, ¿cómo ir...?

Sus piés se negaban á obedecer su voluntad. Hallábase tan débil y tan abatida por las últimas encontradas emociones...!

Empero, disponíase á salir, haciendo esfuerzos supremos, y, al aproximarse á la cama á cojer su manton, vió, con agradable sorpresa y alegría inmensa, un precioso bolsillo de malla, de seda azul, á

través de cuyo tejido brillaban monedas de oro. Estaba acompañado de una tarjeta, en donde leíase: "Para Rosalía."

—¡Ella! ¡Mi ángel bueno!—exclamó la esposa de Bernardo, cojiendo, trémula, la generosa dádiva, que la noble dama discreta y caritativamente dejó sobre el lecho.

—¡Ah! ¡Que el cielo pródigo derrame sus bendiciones todas sobre su cabeza, de igual modo que ella derramó sobre mi pecho el alivio á mis dolores!

Pensó, sin duda, que pudiera haberme ofendido con su dádiva, y el sentimiento de su delicadeza exquisita le dictó la manera conducente á que yo aceptara su obsequio, sin la retribucion embarazosa del sonrojo.

¡Dios bendito! ¡Gracias á tí, que velas por mi alma desconsolada!

Y la jóven, con paso vacilante, deteniéndose á cada momento, como para recobrar sus perdidas fuerzas, encaminóse pausada y trabajosamente á la casa de

correos, con el ánsia igual de siempre; pero... ¡todo en vano fué!

Cuando le anunciaron que no había carta alguna á su nombre, sus escasas fuerzas le abandonaron.

Y triste, y desalentada, y haciendo sobrehumanos esfuerzos, regresó á su vivienda, en donde permaneció por espacio de dos horas en el más profundo abatimiento, hasta que la reaccion operóse al fin.

Transcurrió el dia sin otro accidente digno de mencion; pero silencioso é interminable para la cuitada.

A la mañana del dia siguiente, y ya rehabilitadas sus fuerzas de un modo relativo, tornó á salir.

Proveyóse de algunas cosas indispensables — ya había abonado el alquiler del cuarto y la manutencion—y se dirigió seguidamente al correo.

Era su paseo habitual, su camino obligado de todos los momentos.

¡Ah! Tras aquellas ventanillas, por

donde los empleados iban y venian, pretendía con ojos ávidos hallar la carta portadora de su dicha positiva.

Las semanas pasaban sin novedad alguna, y sus esperanzas, sin embargo, jamás se desvanecían.

Aquel dia, uno de los empleados, que la miró con insistente curiosidad—la hermosura de la jóven atraía la atencion de quien la miraba una sola vez—en tono de complacencia, díjole:

—¡Esta vez no ha venido V. en vano, señora!—Y le entregó una carta.

Rosalía dió un grito de alegría, que obligó á todos los allí presentes á que la mirasen con asombro.

Luego que hubo reconocido la letra de su hermana Catalina, dió al empleado las más sentidas gracias, y, desatentada, y estrechando la carta contra su corazon, con el semblante risueño por la alegría que inundaba su alma, corría más que caminaba, tropezando aquí y allá con los transeuntes, que se detenían á observarla,

y no pocos creyeron que la fugitiva era una demente.

Rosalía deseaba llegar á su casa como por ensalmo, y como si en ella pretendiera encerrar todas las emociónes dulcísimas de su pecho, alejándolas de las miradas profanas de los viandantes.

Llegó al fin. Y, rompiendo el sobrescrito atolondradamente, con ojos absortos, leyó:

"¡Rosalía, hermana de mi alma!

"¡Ven pronto, ven! ¡Bernardo está muy enfermo! Tu presencia quizá obre un milagro.—¡Dios lo quiera!

Catalina."

Rosalía lanzó un gemido doloroso, y, besando el papel como se besa la imágen de un sér querido, cayó pesadamente en tierra, en el paroxismo de un dolor sin nombre.

Mucho tiempo habría permanecido así, á no haber acudido en su socorro la an-

ciana dueña de la casa, que había visto penetrar á la jóven con visibles muestras de excitacion, y que, movida por alarmante sospecha, siguióla cautelosamente, observando á Rosalía sin ser vista por ella.

—¡Pobre muchacha!—exclamó la buena mujer, viéndola exánime sobre el pavimento.

Y, á duras penas, consiguió levantarla y colocarla en su lecho.

Rocióle el rostro con agua fresca é hizole aspirar éter, y como no volviese en sí, salió de la habitacion en busca de álguien, y rogó á uno de sus inquilinos á que fuese en busca de un facultativo.

No tardó en llegar. Y, después de haber observado á la enferma, dictaminó:

—Esta señora está muy débil y tiene muy excitado el sistema nervioso.

Y como dedujera la pobreza de la paciente por el aspecto humilde de su habitacion, en lastimoso tono, prosiguió:

—Es menester que se alimente mucho

y bien; que salga á respirar los aires puros del campo, beber buenos vinos, y, sobre todo, no ocuparse de nada.

La anciana hizo un gesto significativo, que quería decir:

—"Este galeno receta con pasmosa facilidad."

—Por el momento,—agregó el médico, en tanto recetaba en una hoja de su cartera—que le propinen este antiespasmódico.

É insistiendo en sus prescripciones, se alejó.

Cuando la dueña de la casa vióse libre de la atencion que reclamaba la presencia del facultativo, dispúsose para ir á la botica en busca del remedio.

Fué entónces que Rosalía empezó á dar señales de vida.

Sus primeras articulaciones fueron penosas acompañadas de gemidos, y luego abundante llanto inundó sus pálidas mejillas.

¡Ah! ¡Infeliz!

La anciana, hondamente enternecida,

ni acertaba á moverse: parecía enclavada en el suelo.

De corazon sensible, habíase encariñado de Rosalía hasta quererla con cariño casi maternal.

La esposa de Bernardo incorpórose en el lecho, y buscando con la mirada la funesta misiva, la encontró junto á la ventana, donde cayó sin sentido.

Echóse trabajosamente fuera de la cama, y, vacilante, ñejóse caer en una silla.

—¡Señora!—murmuró, por fin, dirigiéndose á la anciana, que, en silencio y con la receta en la mano, no acertaba á proferir palabra alguna.—¡Deseo suplicar á V. un favor!

—Todo cuanto V. quiera. Mi mayor gusto es serle útil. Pero tengo precision ahora de ir á la botica por los remedios que el médico recetó.

A mi vuelta haré todo lo que V. me pida.

—¡Gracias, señora, gracias por sus bondades!

Pero pienso que ya no hay necesidad de nada.

Me siento relativamente bien.

—Sin embargo...No conviene desatender lo que ordena el facultativo!

—Sea lo que V. quiera.

Pero ántes le suplico que me oiga.

—Diga V. cuanto se le antoje.

—Hoy mismo debo marchar, y ruego á V., señora...!

—¡Cómo! ¿Se va V. así, tan débil y tan delicada? —preguntó la buena mujer con demostraciones de pena y de sorpresa.

—¡Si señora! Me llaman de mi pueblo. Una persona de mi familia está muy enferma. Quiero irme á todo trance en el vapor de esta tarde, que sale para Montevideo.

Pero ántes deseo rogar á V. que se encargue de dos cartas para personas que yo le indicaré.

—¡Con muchísimo gusto!

—¿Y es de cuidado la enfermedad de su pariente?

—¡Sí, por desgracia!—murmuró Rosalía, con temblorosa voz.

La anciana, sin replicar ni un monosílabo más, salió de la estancia en busca del remedio, miéntras que Rosalía, apresuradamente, escribió dos cartas breves; pero que revelaban todo un poema de ternura infinita.

Luego se vistió con su modestísimo traje negro, se envolvió en un manto, y, cogiendo la carta de su hermana Catalina, la guardó en el pecho, y esperó la vuelta de la anciana.

Sus mejillas estaban ardorosas, y todo su cuerpo tembloroso.

¡Ella, la esposa, erigida inconcientemente en verdugo de la dicha de su marido, acabaría por matarlo, hoy, que daría gustosa su vida entera, en cambio de la del hombre noble, generoso y sufrido, que no supo comprender, y que por su sola causa, moría, sin exhalar una queja!

Su marido, el amantísimo compañero de

sus dias, moríase por momentos, y ella... ¡hallábase lejos de su lecho de dolor!

¡Ay! ¡Pobre Bernardo!

—¡Piedad, piedad de mí, Señor!—exclamaba la infeliz, desesperada.—¡No te lo lleves, que es mi única ventura!

¡Ah! perdon! perdon! Dios Misericordioso!—y cayó de rodillas, en actitud suplicante.

La anciana penetró en la estancia, y, al ver el estado anormal de Rosalía, se apresuró á propinarle la medicina de que era portadora, creyendo, en su sencilla ignorancia, que las dolencias del alma pudieran curarse con drogas.

—¡Gracias!—murmuró Rosalía. Y enjugando el llanto, y dócil como una niña, apuró de una sola vez el antiespasmódico.

—Ahora,—observó la enferma—tendrá V. la bondad de hacerme el último servicio, que Dios se lo pagará!

—¡No diga V. eso; que ¡yo desearía serle útil toda mi vida!—agregó la buena mujer.

—Mi alma se lo agradece muchísimo! Tome V., pues, estas dos cartas: una es para doña Elisa y su hija, y la otra, para la señora que estuvo ayer á visitarme, y que debe volver luego, ó mañana.

En cuanto á mis pocos muebles y utensílios, que hay aquí, y que bastante míseros son, me hará V. la gracia de aceptarlos y disponer de ellos á su gusto.

—¡Mucho se lo agradezco, señora!—añadió la anciana, con benévola sonrisa. —Los acepto para mí, que buena falta me hacen!

Seguidamente, Rosalía regaló á la buena mujer una preciosa pequeña cruz de oro, en prenda de gratitud, y que aún conservaba, como recuerdo querido de su hermana.

Así que se vió sola, cayó de rodillas, y oró por largo rato con fervoroso anhelo. Su pensamiento, que volaba en torno de sn marido, la acongojó nuevamente, arrancándole profundísimos sollozos.

Y en medio de su quebranto, pensó que se alejaba de sus buenas amigas, doña Elisa y su hija Maria, y de aquella hermosa dama, que, cual mensajera celeste, vino á derramar en su alma el dulcísimo rocío del consuelo.

¡Ah! Imposible hubiera sido pretender retardar un instante más su resuelta marcha.

Hubiese querido tener alas para volar en direccion de su pueblo querido!

¡Con qué irresistible fuerza atraíanla aquellos parajes, ayer relegados al olvido, y que abandonara un dia, dejando en ellos la ventura y la tranquilidad del alma!

¡Ay...! ¡Dejólos llenos de luz, de aromas y de vida, y tornaba á verlos ya mústios y macilentos!

Por estas razones dolorosas, para ella, la naturaleza toda vestia negros crespones.

¡Esposo, madre, hermana, amigos y hogar, tristes y olvidados...!

¡Abrid vuestros cariñosos brazos á la in-

feliz esposa arrepentida y desventurada; pero sin mancha! A la tortolilla errante, que á vuestro seno vuelve en busca de abrigo, de amor y de sosiego, para su atribulado espiritu, y su corazon, lacerado por las saetas que el mundo le arrojara desde que abandonó su nido!

¡Ah! ¡Quiera el cielo que no encuentre su hogar frio por el soplo helado de la muerte!

....

....

....

VI.

DECLINABA el dia.

El sol había ocultado ya su disco tras las altas cimas de los montes, y el vespertino crepúsculo iba envolviéndolo todo en su indecisa luz y en su velo misterioso.

Caían las sombras de la noche.

La fresca, perezosa brisa, perfumada por las mil hierbecillas del campo, vagaba por entre la arboleda, imprimiendo amoroso beso á cuanto hallaba á su paso.

Oíanse las murmurantes aguas del manso rio...el lejano, triste balido de la ovejilla descarriada...el arrullo melancó-

lico de la paloma torcaz...y el cielo iba ya poblándose de estrellas...y, por entre los árboles, que circuyen el pueblo, destacábanse las lucecillas de las casitas rústicas, cual otros tantos faros para guía del caminante...

La noche tendió al fin se manto, y la plateada luna se asomó por entre los altos cerros, bañando con su luz melancólica la silenciosa campiña.

Por una de las laderas de la montaña, desciende pausadamente una mujer, enlutada y cariacontecida, y, á cada paso, se detiene, apoyada en un grueso báculo, cual si la fatiga del camino la rindiera.

Es Rosalía!

Agobiada por el cansancio, dejóse caer sobre una piedra, y, apoyada la mejilla en su mano, hondos sollozos escapan de su cansado pecho.

Bulle en su mente la idea de propiciarse el afecto olvidado de sus deudos, de verse restituida al concepto que ántes les mereciera, y arde en deseos de volar á los

brazos de su marido, y...¡el miedo á su repulsion, la detiene!

O no conoce á fondo el alma de Bernardo, ó el remordimiento ata su voluntad.

¡Cuán apresuradamente late su corazon en presencia de aquellos lugares queridos, en donde trascurriera su niñez, entre pueriles, inocentes juegos!

Allí, en el cercano recodo del camino, ¡cuántas veces Bernardo dióla flores miéntras sus ojos enamorados buscaban la mirada pudorosa de Rosalía...!

¡Y más allá, recordando á la madre querida de su alma, forjábasela su filial cariño, y la veía aparecer por el sendero, cual otras tantas veces, amante y solícita, con sus cabellos blancos, y sus lábios siempre movidos por angelical sonrisa, y siempre dispuestos á la bendicion...!

¿Y cuando, en union de su hermana, discurría por la campiña y su llanura, entregada á los alegres, bulliciosos juegos de la edad primera?

¡Recordó entónces á Catalina, flor in-

culta, pero fragante y hermosa, é imaginábasela cerca de sí, rozando sus frescas mejillas de adolescente con las mejillas sonrosadas de su hermana, cuajándola de besos hasta enfadarla con sus íntimas y porfiadas caricias!

¡Adorables recuerdos de la niñez!

¡Adolescencia bendita, manojo de pintadas flores, que deshoja la mano helada del tiempo!

¡Ay! ¡cuán grata es tu existencia fugaz!

¡Rosalía tornó sus nublados ojos, y percibió la casa, bajo cuyo honrado techo cobijábanse los amados séres de su alma!

¡Ah! Allí estaba su hogar tranquilo, con su jardincito y su corral.

¡Cuánto se afanaba entónces Bernardo. por rodearla de dulces placeres!

Su aposento hallábase siempre invadido de tiernas pruebas de exquisita delicadeza.

En la ventana de su cuarto, lucían sus pétalos la rosa, y su enredadera la madre-selva, que brindaban siempre fragancia suave y enbriagadora.

Y, en medio de todo ese inocente recreo del alma, palpita el amor puro, santo y abnegado, del hombre que la iglesia le otorgó por esposo, y el cielo le había deparado por compañero eterno de su existencia!

Breves instantes Rosalía permaneció ensimismada, y luego, haciendo heróico esfuerzo, púsose al fin de pié, y al contemplar arrobada el humilde albergue de los suyos, sus lábios trémulos, movidos por el iman del recuerdo, murmuraron:

"Casa rústica entre encinas
"Y ornada por un rosal,
"Con su abundante corral
"De palomas y gallinas;
"Casa apartada en el monte,
"Bañada por los reflejos
"Del sol, que enciende á lo lejos
"El dilatado horizonte;
"Lejos de la sociedad,
"Casa en el monte escondida...
"¡Qué dulce es en tí la vida!
"¡Qué hermosa es tu soledad!"

La arrepentida esposa giró una mirada en derredor.

La luna lucía su pálida luz en el anchuroso firmamento, y su claridad, impresa en la tierra, difundía en la montaña y en el caserío, escondido en la fronda, esa poesía muda y misteriosa, que el alma traduce en lágrimas dulcísimas!

La noche, pues, imperaba en torno, y el valle, los cerros y el pueblo, con su arboleda y sus alados pobladores, descansaban sosegadamente, esperando el nuevo dia, para despertar con su ropáje de luz, de animacion y de vida.

Rosalía resolvióse, al fin, y, con paso vacilante, se internó por el costado opuesto de la montaña, y bien pronto hallóse á las puertas de la morada de su anciana madre y de su amante esposo.

Sintióse desfallecer, y llevóse las manos al pecho, como para sofocar el intenso dolor que producíanle los violentos latidos de su corazon.

La casa estaba silenciosa, y parecía

como envuelta en negra atmósfera de duelo.

Por la puerta de entrada, que era la del modesto comedor, escapábase el débil reflejo de una luz mortecina.

Rosalía cayó de rodillas, y ahogados sollozos estremecieron todo su cuerpo.

Intentó ponerse de pié, y tuvo que apoyarse contra las tapias del corral, pues la emocion, que acababa de experimentar, ahuyentábale sus fuerzas.

Llegó, por fin, á la entrada, y allí la detuvo el espanto.

En un extremo del comedor, vió á la autora de sus dias y á Antolin, profundamente abatidos, con el rostro oculto entre las manos.

Y por la puerta, que daba paso al dormitorio, débilmente alumbrado, pudo distinguir á su esposo, que yacía en el lecho matrimonial, con la huella de la muerte, impresa en su rostro, y, junto á él, á Catalina, cual ángel de dulce consuelo.

Todo este cuadro de tristezas lo abarcó Rosalía de una sola mirada.

Y exhaló un gemido doloroso, y, en un ¡ay! agudísimo del alma, escapáronse de sus lábios estos dos queridos nombres, que resonáron íntimamente en todos los pechos:

—¡Bernardo!...¡Madre...!

Y la desdichada cayó pesadamente al suelo.

Doña Amparo y Antolin, desalados, corrieron á levantar á la mísera esposa, en tanto que de sus lábios partía un grito lastimero.

Y el enfermo, sumido en mortal letargo, sacudióse, cual si una fuerza misteriosa é irresistible hubiera estremecido todo su sér.

—¡Rosalía...! ¡Rosalía...! — gimió, y, haciendo un supremo esfuerzo, logró incorporarse instantáneamente, para caer en seguida.

Y la acongojada Catalina, con el alma en los ojos, temiendo por la vida de aquel noble sér, que tanto había sufrido en la ausencia de su esposa, con ternura inimitable, murmuró:

¡Ya está ahí!...¡Vive, Bernardo, vive para ella...!

—¡Rosalía de mi alma!—volvió á balbucear el esposo—¡Ay...!

Un fuerte desmayo aniquiló sus últimas débiles fuerzas, al pronunciar frase tan querida.

Catalina, asustada, gritó:

—¡Madre! ¡madre!—Y al correr hácia el comedor en su busca de Rosalía, ya penetraba en el cuarto del paciente querido, apoyada en el brazo de doña Amparo.

—¡No! no!—exclamó muy quedo Catalina, abrazando amorosamente á su hermana.—¡No entres! Espera aún, que la emocion puede matarle...! ¡Ay...! ¡Está mal, muy mal... ¡Dios mio!... ¡sálvale!

—¡Bernardo!... ¡Bernardo, mio...!—clama la esposa desfalleciente.

Y cual si el eco querido de aquella voz fuese hálito de vida para el enfermo, vuelve en sí, fija ansiosa mirada en el grupo, que se destaca en la puerta, formado por doña Amparo, Catalina y Ro-

salía, y queriendo tender los brazos hácia su mujer, penosamente, murmuró:

—¡Ven...! ¡Ven, esposa del alma mia!

Ella, desprendiéndose de los brazos de su madre y de su hermana, corre desolada á los de su esposo, que la llama.

—¡Bernardo...! ¡Esposo querido de mi corazon!...—solloza la infeliz.—¡Vive para tu Rosalía, que sin tí morirá de dolor! ¡Aquí estoy ya, junto á tí, para no separarme más de tu lado! ¡Mírame, Bernardo mio!

Y enlaza sus brazos en torno de la cabeza de su marido, miéntras sus lágrimas y sus besos inúndanle el rostro.

¡Dulcísimo lazo! Intima vinculacion de dos almas, que, amándose mútuamente, habian vivido lejos una de la otra, por mandato caprichoso del destino.

¡Ay! Dios mio!... ¡Ay!... No le arrebates á esa pobre mujer el amor que así la redime! ¡Ve tú como llora!

Es que borra su culpa con el rocío del llanto benéfico de su alma arrepentida!

¡Bendice á la esposa desventurada!

Ya es la mujer juiciosa, que, cargada de carísima experiencia, vuelve al seno de su familia, con propósito firme de resarcirle de los dolores sufridos por su sola culpa!

¡Ya es la mujer amantísima, que alienta, rie y llora, con el aliento, la risa y las lágrimas de los suyos!

¡Ah! ¡Bendícela, Dios mio!

EPÍLOGO.

Marvel, Setiembre de 18. .

Mi querida é inolvidable María:

¡Cuánto es mi contento al saber, por su carta, que V. y su bondadosísima madre se han decidido á vivir en este bendito pueblo, entre las misteriosas armonías de la naturaleza y con el espíritu henchido de dulcísima paz!

¡Querida María! Tres meses han transcurrido, desde que plugo al cielo verme entre los mios!

Con la más profunda conviccion, pienso ahora, que nunca debiera haberme separado de ellos!

¡Dios misericordioso!

¡Qué vida tan sosegada y tan agradable, la que me rodea, llena de regocijos y de santas costumbres!

Sí, vida nueva, porque, ántes de ahora, yo no supe darme cuenta de todo este bienestar, y lo despreció para ir tras locas alucinaciones, pretendiendo hallar la ventura lejos del puesto que Dios habíame señalado en la tierra.

¡Ah! ¡María! ¡Cuán perjudicial es para el cuerpo y para el alma, para el alma sobre todo, traspasar los límites que nos marca el destino!

¡Feliz V., María, que, sensata y juiciosa, siéntese atraida y se refugia en el seno amoroso de los goces del espíritu!

¡Cuántos dolores se ahorra V. y ahorra tambien á su noble madre, no apartándose de la senda de sus deberes!

Yo ambicionaba ¡mísera de mí! algo que no estaba á mi alcance, y, ufana, me lancé en su busca.

Pero ¡ay! ciega, no ví que me alejaba de mi positivo bienestar, que para siempre habria perdido, si mi ángel bueno no me detiene á tiempo en el borde del abismo!...

¡Ay! ¡Maria querida! Qué torturas tan grandes experimentó mi alma cuando vi á mi Bernardo, casi moribundo, y resignado á abandonar esta vida, insoportable para él sin mi presencia!

Fueron momentos de angustia horrible!

Mi castigo lo recibí en aquel dolor sin nombre.

Enamorada de mi esposo, iba á perderlo por siempre!

¡Bernardo del alma mia! ¡Cuánto has sufrido por mi sola culpa!

Si V., Maria, le hubiera visto entónces..!

Yo crei imposible que el cielo me concediera la gracia de velar por su existencia para dicha de los dos.

La demacracion era espantosa; el cabello habíasele encanecido casi totalmente, y sus lábios, incoloros, ápenas murmuraban mi nombre.

¡Cuán culpable era yo entónces á mis propios ojos!

El perdon de mi marido y el amor infinito que me profesa ¡cuánta gratitud despertaron en mi pecho!

¡Dios piadoso! Tu bondad infinita tuvo por fin, misericordia de mi!

Quince dias consecutivos permanecí junto al lecho de mi esposo.

Gradualmente tornó la vida al quebrantado cuerpo y abatido espíritu de mi Bernardo.

Y, desde entónces, mis dias deslízanse tranquilos y risueños, junto á los queridos séres de mi alma.

Mi madre parece haber rejuvenecido. Y á sus ojos, ayer nublados por el llanto, asoma la alegria más intima de su pecho.

Mi marido, noble, indulgente y generoso,

ni un reproche, ni una queja, sobre el pasado me ha dirigido.

Antes por el contrario, se conduele de mí, y culpa al destino de cuanto me aconteciera.

Todo él es ternura y complacencia.

¡Ah! los sentimientos de mi Bernardo son hijos de un alma privilegiada!

Yo me afano por adivinar sus gustos, y me parece pequeño el corazon para amarle.

Le aseguro, María, que, cuando ausente estuve de este adorable rinconcito, sentí mi alma presa de angustiosísima nostalgia!

Las faenas domésticas me encantan ahora.

Con verdadero placer dejo el lecho al rayar el alba, y, afanosa, preparo el desayuno de mi esposo y de mi madre bendita!

¡Qué dicha tan inmensa experimenta mi alma, cuando mis afanes son pagados por una sonrisa de la autora de mis dias y una mirada apasionadísima de mi marido!

¡Hoy comprendo los santos goces de mi hermana querida!

Recojido el vestido, penetro en la huerta, humedeciéndome los piés con el rocío, y, riendo y cantando, con la alegria de los pájaros que me rodean, recojo en mi delantal las hortalizas, y se las doy á la criada, que me mira sonriente.

Voy en seguida al corral, y, como mi hermana Catalina, me veo rodeada de un enjambre de alados séres, que á mi mano vienen á buscar el grano que les sustenta.

¡Quiero ser la providencia de los mios!

¿Habrá dicha más grande que ser la portadora de la felicidad de los queridos séres de nuestra alma?

A Catalina, mi buena, generosísima hermana, el cielo la ha obsequiado con una hija preciosísima.

Se llama Dolores Enriqueta, y es blanca y sonrosada, y tiene los ojos pardos, dulcísima mirada, y luengas pestañas; el cabello, castaño y fino, como la seda; la boquita, fresca y encendida, como la grana; y cuando mueve sus lábios, dos diente-

cillos, como dos perlitas, asoman entre corales.

Es, en fin, un portento de belleza, es un ángel.

¡Feliz hermana mia! ¡Qué rico es su tesoro!

¡Ah! ¡Si el cielo me deparase ventura igual...!

Entónces la dicha de Bernardo, que es mi propia dicha, tendria su complemento.

Marvel, en estos dias, está deliciosísimo.

La primavera acude cariñosa y risueña á vestir con flores los campos, y á cuajar de frutos nuestros huertos.

Sale el sol más temprano. Y, al ponerse tras los picos de los cerros, Bernardo y yo, cojidos amorosamente del brazo, recorremos la campiña, aspirando su atmósfera embalsamada, entre efluvios dulcísimos de amor infinito...!

Colúmpiase el pajarillo en la movible rama de los sáuces, que besan el rio.

Muy cerca, trisca una cabrilla, y sobre

las tápias de las agrestes casas, aletean los polluelos, corriendo en busca de la madre, que, amorosa, los cobija con sus alas.

No muy lejano, óyese el son de las campanillas del ganado.

Y mil cantos y rumores distintos, mézclanse con la alegría del nuevo, radiante sol, y entre el gorgeo de las áves canoras y la canturia de los labradores, elévase el himno de la vida, que la brisa purísima de los campos lleva hasta el celeste trono del Criador!

Cuando contemplamos tanta grandiosidad y tanta maravilla, y por entre la arboleda vemos la blanca iglesia con su esbelto campanario, y por el sendero que se extiende al pié de la montaña, descubrimos una niña, de tres ó cuatro años, descalcita, con su trajecito de percal, el cabello suelto, la rolliza pierna desnuda, y que, con la alegría pintada en el semblante, y saltando como los pajarillos, canta y rie, y arranca flores silvestres, para

luego formar pequeños ramos, que olvida sobre la yerba...

Cuando, arrobados por todos estos puros y sencillos goces de la sabia naturaleza, que inundan nuestro espíritu de alegría inocente, Bernardo y yo, nos miramos, pretendiendo unir más y más estrechamente nuestras almas, si es posible, y, al fijar mis ojos enamorados en la frente noble de mi esposo, y recibir en cambio la caricia de su mirada, paréceme que la bendicion de Dios desciende sobre nuestras almas!

¡Qué feliz me siento entónces!

En nuestra pequeña iglesia ha comenzado á celebrarse el mes de *María.*

¡Cuánta dulzura se disfruta al pié de los altares, orlados de frescas y aromosas flores!

¡Bendita sea la Vírgen Santísima!

Doy limosnas á los pobres, porque son las flores más preciadas de *María,* y, para efectuarlas, trato de privarme de algo que me es necesario. Así el mérito de la ofrenda —dice siempre el señor cura— es más grato á los ojos de la Madre del Redentor.

Y el que reparte su pan con el pobre, duplica su capital.

En medio de tantos dones con que el cielo me favorece, tengo un malestar, una pena muy grande, que agobia mi alma!

Aquella señora, que fué mi providencia en mis dias más aciagos y luctuosos, aquella que se llamaba Amparo, como mi santa madre, y á quien yo quise con toda mi alma.... ¡ha muerto!

Usted sabe, mi querida María, que, desde mi regreso á este pueblo, esa señora, bondadosa por excelencia, escribíame siempre, profesándonos mútuo y verdadero afecto.

¡Ah!... Despareció por siempre la que fué mi angel tutelar, tras breve y agudísima dolencia!

Era tan buena y tan amante de las prácticas cristianas, que el cielo habrá acojido su alma entre himnos de alegría!

¡Ella rogará á Dios por los que aquí quedamos para llorarla sin consuelo!

Apresuren ustedes su venida; porque así disfrutarán de los favores de la primavera.

Mi hermana está contentísima.

Usted y ella, aún cuando no se han visto, hace ya mucho tiempo que se profesan recíproco cariño, desde el instante en que Catalina nos sorprendiera agradablemente con su dádiva generosísima, en obsequio de usted.

Será V. aquí muy dichosa con su madre querida; porque esta paz del alma ofrece constantemente nuevos placeres y nuevas venturas.

Y cuando se tiene el corazon henchido de sentimientos nobles, como el de V., la dicha de todos, es la propia dicha.

Verá V. á Catalina feliz con su marido, honrado á carta cabal, y con su hijita, pequeño querubin, y Marieta, convertida en hacendosa niñera de la pequeñuela Dolores.

La buena Marieta, me miraba con ojeriza—¡tenía razon!—pero hoy somos las mejores amigas del mundo, é incesantemente me repite, en son de aviso saludable, esta frase proverbial: "*Cada uno*

donde ha nacido: bien está el pájaro en su nido."

Conocerá V. tambien á mi madre y á mi Bernardo, á nuestro anciano padre y al señor cura, tan bueno, tan piadoso y tan digno, cuya ocupacion predilecta es la tarea caritativa de repartir entre los pobres el pan de su mesa.

Y, por último, gozará en vernos á todos contentos y felices, y tendrá el alma siempre alegre, viviendo en este nuevo y chiquito paraíso, guarnecido por peñas, árboles, flores y arroyuelos.

No me extraña lo que, sorprendida, me dice V. de la suerte de las desdichadas señoras de Monviel.

La deshonra es la muerte moral de la mujer.

Á ella las ha conducido inevitablemente su inmoderado afan por el lujo.

¡Qué Dios tenga piedad de esas desgraciadas!

¡Felices las que solo viven para el hogar y sus honestos goces, y no ambicionan

otras riquezas que el amor acendrado de sus esposos y de sus hijos...!

¡Trasunto fiel de la humana ventura!

ROSALÍA.

FIN DE LA NOVELA.